

# DESEO CONFUSO

Amy Meyer



*“Una vuelta de campana...dos...tres...y en la tercera el coche de Hugo tira una señal abajo mientras me parece ver dentro un hombre cuyo cuerpo se vapulea como un muñeco roto...la puerta del coche se abre al chocar contra la señal de tráfico y el auto sigue girando en su loco recorrido dirigiéndose hacia el escaparate de una tienda que exhibe varios maniqués vestidos de novia. Algo me hace levantar la vista, tal vez la asociación demencial de los trajes de novia con el grito desgarrado de Amanda Andrade al final de la calle”*

## CAPÍTULO I

*Su princesita.*

El joven la llamaba así. Ella era una chica de dieciocho y él estaba a punto de llegar a los treinta y cinco.

Los padres de Hugo por primera vez se sintieron intrigados con la vida amorosa de su hijo. Hasta ese momento habían contemplado con hastío la interminable lista de novias que había tenido. Mujeres guapas y jóvenes, cómo no, al fin y al cabo él era un hombre joven y guapo, divertido y con un ingenio capaz de robarle el corazón a cualquiera, y vaya si lo había conseguido. Fueron muchas, muchísimas las que habían pasado intensamente por su cama y ligeramente por su corazón.

Sin embargo, ellos notaban ahora que él estaba diferente, cambiado, con esa extraña serenidad que da el amor cuando te pega fuerte.

Hugo estaba llevando unos horarios normales, dormía y comía a horas decentes, incluso estaba cambiando su forma de vestir, seguía enfundado en sus vaqueros pero se había quitado el impertinente pendiente que ellos tantas veces insistieron en que sacara de su oreja. También sacaba al perro. Los fines de semana no le daban las dos de la tarde en su cama, y cuando volvía los sábados por la noche no iba bebido. Definitivamente, aún sin conocerla esta chica les gustaba.

No la habían visto. Y eso era extraño porque Hugo era de esos treintañeros inmaduros que a los dos días les presentaba a la chica, a los dos meses alquilaba un piso y se la llevaba a vivir con él y a los seis meses volvía de nuevo a casa tras otro fracaso amoroso.

Un día el padre de Hugo paseaba con su esposa por la avenida de la playa cuando escucharon la inconfundible voz de su hijo.

A lo lejos, junto a la silueta de la playa, una joven lo abrazaba y reía a carcajadas. Una larga melena rubia le llegaba hasta la cintura, una figura delgada cruzaba las piernas sobre el cuerpo de Hugo.

El señor Hernán notó de inmediato algo familiar en la joven.

¿Sería la hija de algún conocido? Quisiera Dios que no, otra vez a bajar la cabeza delante de un amigo que deja de serlo porque una joven buena y dulce queda destrozada por los impulsos bohemios de su hijo.

La volvió a mirar...Definitivamente había en ella algo que le resultaba tremendamente familiar. Al escuchar la risa saltarina de la muchacha su corazón viajó a otro lugar, un lugar donde una mujer de cabellos largos y rubios reía con él a carcajadas. ¡Cómo la extrañaba!

La risa de aquella chiquilla era idéntica a la de su última amante, que lo había abandonado sin mediar palabras dejándolo sumido en una cárcel de silencio sin respuestas.

Miró a su esposa. Sonreía viendo la idílica estampa de los dos jóvenes enamorados.

—Hacen una linda pareja.

—Querida, apenas se les ve.

Notó la irritación que iba creciendo en su interior. Echó el primer paso para que salieran de allí. Se fueron del paseo de la playa y Hugo ni siquiera notó que hubieran estado allí pero su

padre no olvidó a la joven de cabellos rubios y risa saltarina.

Y no pudo saber porqué, pero estuvo enfadado toda la tarde.

Hugo miró los ojos de su niña. Nunca se había sentido así. Era virgen. Eso le gustaba. Sería un machista y un idiota pero era la primera vez en su vida que estaba con una mujer que jamás había sido penetrada y el morbo de ser él quien la desflorara le hacía arder de deseo.

Mientras abrazaba el joven cuerpo de la muchacha se preguntó hasta donde llegaría su inocencia.

Ella era muy joven, era verdad, pero era extraordinariamente hermosa, con ese tipo de belleza femenina que mezcla dulzura y voluptuosidad, una mezcla irresistible para cualquier hombre, era lo normal que hubiera salido con otros chicos aunque no hubiera llegado hasta el final.

Amanda se apartó de él apenas notó su erección. Los pechos de ella habían rozado con sus puntas erizadas la piel de él provocando la inevitable rigidez de su miembro. Lo volvía loco de deseo y se preguntó por primera vez en su vida como podía manejar la situación.

—Esta noche vendrás a casa a cenar con mis padres.

Ella arrugó la nariz en un simpático gesto.

—Señor, sí señor. —Él soltó una carcajada—. No, Hugo, quiero quedarme en mi casa y ver una película de amor.

Amanda vivía sola a sus dieciocho años. No tenía familia, sin embargo, no parecía desdichada en su soledad.

—¿No tienes ganas de tener unos padres postizos?

—No, ya te tengo a ti. ¿Para qué arriesgarme a no gustarles a ellos?

Los inmensos ojos azules de la muchacha conmovieron a Hugo.

—Les encantarás, estoy seguro.

—Te dirá que soy muy joven para ti, que necesitas una chica más madura, que soy una niña...

—Me dirán que eres una preciosidad, que les encanta tu dulzura y que no te lastime porque eres muy joven, pero estarán maravillados contigo porque has conseguido que me afeite, que no lleve tejanos rotos, que madrugue y que me quite el pendiente de la oreja y se preguntarán cómo lo conseguiste.

Amanda soltó una risita mientras de un salto se colocaba en su regazo.

—¿Y cómo lo conseguí?

Hugo la estrechó contra sus brazos apretándola como si tuviera miedo a que se escapara.

—Puede que hayan sido estos ojos —dijo mientras acariciaba su rostro —o este cabello larguísimo y rubísimo, o este cuerpo adorable que me enloquece —bajó los labios para besar su cuello, ella levantó la cabeza y gimió. ¡Oh, Dios, cómo la deseaba!—, o puede que sea porque es la primera vez en mi vida que estoy enamorado de verdad.

Ella lo miró a los ojos con seriedad.

—¿Y cómo lo sabes, acaso notas algo distinto a las otras veces?

Él emitió ese sonido ronco que tiene la risa de un hombre cuando está excitado.

—Lo sé porque nunca una mujer había conseguido hacerme esperar —le levantó el mentón para asegurarse de que ella lo entendía —y no sabes cómo deseo que termine esta espera. Quiero que seas mía, Amanda, pero ni siquiera me atrevo a tocarte por si sales corriendo.

—No saldré corriendo si tú me tocas.

Sólo escuchar aquella frase sintió palpitar su miembro. La acercó más a él sin olvidar que estaban en una playa pública.

—Me refiero a tocarte de verdad, tocarte en aquellas partes que te convierten en una mujer. —

Deslizó una mano hacia uno de los pechos, lo acarició con suavidad mientras la besaba. Ella se apretó más contra su cuerpo.

—¿Tienes dudas de que sea una mujer?

Ella sonreía, él no retiró la mano del pecho atrapado.

—No, no tengo dudas de que seas una mujer, pero no quiero que tu las tengas de que yo soy un hombre.

—No tengo ninguna duda de ello —Respondió ella llevando una de sus manos a la entrepierna de él.

Era la primera vez que ella le tocaba íntimamente y Hugo maldijo estar en un lugar público donde aquella caricia no podía llegar a más. Cogió la mano de ella para apretarla contra su dureza mientras que otra mano posesiva cogía la nuca y la besaba con fiereza.

Ella comenzó a retirarse.

—Hugo, no estamos solos, mi amor —él seguía acariciando su pecho mientras la yema de uno de sus dedos jugaba a través de la tela con el pezón erguido —estamos en una playa, hay más gente...

Tomó conciencia de que ella tenía razón. Joder, sí, estaban en una playa y no podía hacerle el amor allí. Si aquello mismo hubiera ocurrido en casa de Amanda no lo hubiera detenido nada hasta poseerla.

—No me hagas esperar mucho más, amor —susurró— porque necesito tenerte ya.

## CAPÍTULO II

Todo había sido deliciosamente dispuesto por la encantadora señora Hernán. Ella estaba feliz, Roberto Hernán lo sabía.

En realidad, todos, su esposa, su hija y él mismo sabían que aquella cena era especial.

No se trataba de una de las conquistas de Hugo, una de aquellas chicas a las que en el fondo compadecían porque, tras unos meses con su inmaduro hijo de treinta y cuatro años, se marcharían derrotadas después de comprobar que no había posibilidad de domesticarlo.

No, esta vez era algo serio.

Hugo se afeitaba y se peinaba, se mostraba colaborador y sensible con su madre y con su hermana, hablaba de política y de fútbol con él, sacaba a pasear al perro y desde hacía meses no traía a una chica a dormir.

El cambio era evidente para todos ellos. Había una cierta ansiedad en el ambiente por conocer a la dueña de aquel milagro.

—¿Es guapa, mamá?

La pequeña de la familia ya se había hecho su película mental, quisiera Dios que no soñara con domar a un libertino como su hermano.

—No la vimos bien, tesoro, estaban lejos, pero da igual que sea guapa o fea si consigue que tu hermano madure.

No hubo que esperar mucho más para comprobarlo.

Roberto Hernán se quedó sin aliento.

No andaba, caminaba de puntillas como una ninfa enamorada. A pesar de la obvia juventud tenía un toque de sensualidad desbordante. La rubia cabellera salpicaba en cada paso que daba los hombros al descubierto. Los pechos redondos, maduros como una fruta perfecta mostrando su altivez sin ninguna vulgaridad. Los ojos dos inmensas ventanas a algún mar exótico y una sonrisa angelical capaz de derretir al corazón más despiadado.

Pero no era aquella llamativa belleza lo que había detenido la respiración de Roberto Hernán.

Lo que le había hecho abrir la boca y mirar con ojos desorbitados a aquella deslumbrante belleza era su increíble parecido con Reyes Alonso, la mujer de la que se había enamorado dos años atrás y que un día desapareció de su vida sin más, dejándolo con el corazón roto.

Esta chica era sensiblemente más joven, se atrevería a decir que veinte años más joven, pero era una réplica exacta de su amante, la mujer que más había amado en su vida. El mismo cabello, los mismos ojos, el mismo cuerpo...

—Estoy encantada de conocerlos.

...Por Dios bendito... ¡Y la misma voz!

No podía apartar los ojos de ella.

Sus movimientos, su sonrisa, la mirada atemorizada que desmentía una seguridad ensayada... todo en ella le resultaba familiar y conocido. Era como contemplar a Reyes veinte años atrás.

En algún momento se dio cuenta que la contemplaba con excesiva fijeza y se controló. Miró a su alrededor para comprobar la impresión que la joven había causado en el resto de su familia.

Su esposa y su hija parecían hipnotizadas, y su hijo, por Dios, ahora lo entendía todo, parecía absolutamente entregado a la excepcional joven.

—¿Eres de aquí, de San Expédito? —le preguntó.

La joven volteó el rostro hacia él respondiéndole.

—No, nací en Santa Gema, pero...

Algo la detuvo al llegar a los ojos de Roberto Hernán y la hizo entornar la mirada en un gesto de desconcierto, hecho que no pasó desapercibido por él.

—...me vine a San Expédito hace ocho meses, en cuanto cumplí los dieciocho.

Ocho meses. Hacía ocho meses que Reyes Alonso se había marchado de su vida sin ninguna explicación.

—¿Y por qué tomaste esa decisión?

—No le sabría decir, hay algo mágico en esta ciudad que me reclama.

—¿Algo mágico? —preguntó recordando que Reyes creía en la magia.

—Sí. Los perfumes de la tierra cuando aún no ha amanecido, el olor que lleva el aire, el sonido de las pisadas por las calles, el mar tibio y tranquilo...Una ciudad así da la sensación de protegerte, de ampararte mientras algún antiguo secreto que germinó años atrás termina de florecer bajo el sol de San Expédito.

Cada palabra que aquella chiquilla pronunciaba le hundía aún más en su asiento. Era ella. Era Reyes. No sabía cómo ni porqué pero aquella niña de dieciocho años era Reyes Alonso disfrazada.

—Amanda, Hugo nos ha contado que no tienes padres, hecho que lamentamos profundamente, pero ¿tampoco ningún familiar...algún pariente lejano...una tía...una prima?

—No, desgraciadamente no, siempre he estado sola.

—Ahora ya no. —Hugo la abrazó y besó su mejilla. Ella pareció salir del encantamiento de los ojos de Roberto Hernán.

—No, ahora ya no. —Le devolvió el abrazo y puso sus manos sobre el rostro joven de Hugo. —Ahora encontré al hombre más maravilloso de la tierra.

Y mientras su esposa y su hija sonreían con deleite ante la encantadora escena, una terrible punzada de celos atravesó el pecho de Roberto Hernán.

“Mentira, mentira, mentira. El hombre más maravilloso de la tierra soy yo. Tú me lo dijiste hace ocho meses”

Le hubiera gustado gritarlo para que Hugo se enterara pero se limitó a contraer la mandíbula mientras miraba a aquella niña que creía en la magia.

### CAPÍTULO III.

Reyes Alonso caminaba por una hermosa calle mirando a todo el mundo con ojos sorprendidos.

Las personas que había a su alrededor eran muy parecidas las unas a las otras. Caminaban juntas y risueñas conversando entre ellas. Al llegar a un muro de piedra cubierto por la hiedra se paraban y empezaban a hablar con otros grupos de personas también muy parecidos entre sí.

Advirtió que en todos los grupos había niños de diferentes edades, desde tiernos bebés hasta llamativos adolescentes. También había ancianos y ancianas en cada grupo.

Cada grupo era de un sexo, es decir, estaban constituidos solo por hombres o por mujeres.

Realmente era muy curioso.

Parecían la misma persona pero en distintas edades.

Se preguntó donde narices estaba, llevaba ocho largos meses vagando de un lugar a otro.

Había acudido a la editorial donde trabajaba, a casa de sus amigas, a los locales y restaurantes que frecuentaba. Nadie la veía. Les había hablado y ni siquiera la habían mirado.

Llena de pánico había acudido al hombre al que amaba, tampoco fue capaz de verla aunque él parecía muy triste.

Su móvil seguía funcionando y leía con regocijo los mensajes que todos sus conocidos le enviaban pero cuando intentaba responderles no podía escribir nada.

El día en que su amante le escribió:

“Amor, llevo un mes entero llamándote y escribiéndote y sigo sin saber de ti, si decidiste alejarte de mí, dímelo y no te molestaré más. Si no me respondes a este mensaje entenderé que decidiste marcharte en silencio y lo único que te pediré será que recuerdes que, a pesar de que no fuera en la mejor de las situaciones, te he amado, te amo y te amaré.”

Ese día arrojó el móvil contra la pared y lo vio hacerse añicos.

Sin embargo, ese momento de desesperación le sirvió para darse cuenta de que podía hacerse notar moviendo objetos.

Con esa certeza fue hasta la editorial y arrojó el marco que contenía su foto al suelo. Funcionó. Todos sus compañeros miraron el cristal del portarretratos roto y se preguntaron de donde había salido la corriente de aire que había arrojado la fotografía al suelo.

Entusiasmada ante la reacción tiró la taza de café vacía que su compañera Iris tenía siempre sobre la mesa.

Eso tuvo menos gracia porque empezó a escuchar comentarios como:

—Oh Dios, donde esté intenta decirnos algo.

Rabiosa, comenzó a gritar:

—Estoy aquí, intento decirnos que estoy aquí. —Miró los ojos grandes y profundos de Iris. — ¿No puedes verme? Por favor, amiga, mírame.

Intentó tocarla pero no pudo.

Iris había cogido la foto y con los ojos húmedos deslizaba los dedos por su imagen.

Reyes sintió la quemazón de dos lágrimas rodando por sus mejillas cuando la escuchó



susurrar:

—Te extraño, amiga.

Con el corazón destrozado caminó hasta la casa de su amante.

Durante dos años se había preguntado cómo sería la vida familiar del hombre que decía amarla.

Entró en aquel hogar, lo vio interactuar con sus hijos, jugar con su perro y conversar con su esposa. Entonces el corazón se le congeló. Era un matrimonio absolutamente normal. Nada de gritos ni de malas caras. No había impertinencias ni malos gestos en su trato.

Ella siempre lo había imaginado profundamente infeliz pero no era así, ofrecían la imagen de un matrimonio perfecto.

Profundamente indignada lo había seguido durante varios días reclamando su falta de ética.

—Claro, como siempre tú te saliste de rositas, embustero, que eres un embustero, crees que no se te puede acusar de mentir pero permitir que una persona viva en una suposición errónea porque a ti te conviene también es mentir.

Desde luego, él no la oía pero su perro sí. El animal ladraba y ladraba mirándola con fiereza mientras su dueño trataba de tranquilizarlo y miraba a su alrededor intentando descubrir qué era lo que lo asustaba.

Casi con diversión pudo observar como su amante cambiaba de recorrido cada par de días para evitar lo que quiera que fuese que atormentaba al animal. Pronto se cansó de aquel pequeño tormento y decidió que no tenía sentido hacerse notar ante el perro cuando el dueño jamás llegaría a la conclusión de que ella estaba ahí.

Sus ideas vengativas cambiaron de perspectiva cuando lo vio comprobar esquelas en los periódicos buscándola a ella, llamar a los hospitales de su zona para ver si estaba ingresada y acudir a las proximidades de su vivienda preguntando por locales y cafeterías.

Entonces lo acompañó en su paseo por última vez. Llamó al perro por su nombre para tranquilizarlo y cuando se le acercó se las arregló para ponerlo fuera de la vista de su amo y mientras éste lo llamaba a las voces, ella se quitó la cadena de platino que engarzaba la pequeña esmeralda que siempre había llevado y la ató a la correa del animal.

—Eso es, bonito, ahora ve y asegúrate de que tu amo sepa que sigo viva en algún lugar.

Observó como él, apenas a dos metros de ella, recogía la cadenita con la esmeralda y miraba a todas partes buscándola.

Fue ese día cuando empezó a caminar sin sentido hasta que llegó a aquel extraño lugar.

Ahora, sentada allí, frente al muro de piedra cubierto de hiedra donde se habían reunido los grupos de personas iguales, se preguntó cuánto tardarían en verla a ella.

## CAPÍTULO IV

Amanda sostenía con firmeza contra su pecho la caja de bombones que la madre de Hugo le había regalado.

—No te los voy a quitar, son tuyos.

Hugo le sonrió con esa sonrisa que a ella la transportaba al país de las nieves rosas.

—Ya sé que son míos, pero como sé que te encantan los bombones los tengo todos controlados para que no sientas el deseo de comerte alguno.

Aquella parte femenina y sensual de ella lo volvía loco de deseo.

—¿A quién no les gustan los bombones? Aunque la verdad en este momento solo deseo comerme uno que no me lo está poniendo nada fácil.

—Será para que no te empaches.

Amanda tenía la mano sobre el pomo de la cerradura de su casa. Hugo apoyaba su mano sobre la de ella.

—¿Tú crees que lo hace para protegerme? Qué bombón tan considerado.

Amanda llenó el aire con su carcajada mientras contenía el ardor que sentía bajo su vientre.

—¿Y no será —empezó a decir Hugo —que mi bombón teme que una vez pruebe su sabor me vaya corriendo a por otros bombones?

—Puede ser, ¿quién le garantiza al bombón que no será de otra manera?

Esta vez fue Hugo el que rió en voz alta. Se acercó a la boca de Amanda y la miró profundamente a los ojos.

—Yo se lo garantizo.

—¿Y cuánto vale tu palabra?

—Toda la credibilidad que el bombón me quiera dar.

Otra vez había ganado él. ¿Qué podía decirle ahora?

—Gracias por acompañarme a casa, Hugo.

La sonrisa se desvaneció de los labios de él.

—Amanda...

Ella ya había abierto la puerta y había entrado. Él la siguió.

—¿Qué haces, Hugo?

—Se llama “entrar en casa de tu novia”.

—No te invité a entrar. —La voz de Amanda sonó fría y ajena.

—Tranquila, no voy a hacer nada que tú no desees.

Ella se mantuvo alejada de él sin evidenciar ningún gesto conciliador.

—Dime porqué me rechazas.

—Yo no te rechazo, Hugo, yo te amo.

—No lo parece en este momento.

Ella empezó a temblar y él se arrepintió al instante de la dureza que había puesto en su voz, pero si la había puesto era porque le dolía que ella no confiara en él. Se acercó y la abrazó.

—Mi amor, te prometo que seré delicado y cuidadoso. No te fallaré, ni antes, ni durante, ni

después. Te amo, Amanda, y quiero que seas mía en la forma en que una mujer y un hombre se pertenecen cuando se aman.

Era muy difícil resistirse a él. Sus ojos estaban llenos de deseo pero también de amor. Sus manos le recorrían la espalda desnuda cada vez con mayor intensidad conforme notaba como ella iba abandonando su resistencia. Sus labios empezaron a deslizarse arriba y debajo de su cuello.

—Dime que sí —susurró él.

Ella no lo escuchaba, estaba perdida en las sensaciones quemantes que sentía en su entrepierna mojada. No pudo evitar llevar sus manos al cabello oscuro de Hugo y ensortijar sus dedos con los mechones suaves. Él gruñó de placer y animado por la pasión que adivinaba en ella bajó una de sus manos al pecho de Amanda y lo masajeó en movimientos circulares. Ella apretó la pelvis a la firmeza masculina y gimió al notarla completamente endurecida.

Hugo la besó más profundamente explorando la carnosidad de la inexperta boca pero no se atrevía a ir más allá por temor a que ella le detuviera. Sus manos subían y bajaban a lo largo de la espalda, tocaba cada vez con más pasión los jóvenes pechos de Amanda y acercaba su cuerpo al de ella sosteniendo con firmeza sus redondas nalgas.

—Dime que sí. —Le volvió a pedir.

—Sí. —Respondió ella en un gemido.

Se sintió profundamente feliz cuando escuchó aquel “sí” donde creía que escucharía un “no”.

Detuvo sus manos y la miró a los ojos. Bajó los finos tirantes de su vestido turquesa. Dos jóvenes senos respiraron aliviados al escapar de la tela que llevaba un rato torturando sus pezones.

—Pobrecitos —dijo él con ternura.

Sujetó los pechos con las manos y rozó con delicadeza sus puntas erguidas.

Ella seguía retorciéndose de placer, sintiendo un calor que la abrasaba desde los pechos hasta el pubis, que sentía completamente mojado.

Él siguió bajando el vestido hasta dejarla completamente desnuda. Cuando vio asomar los pliegues más íntimos de Amanda sintió el dolor de su erección apretada contra la tela del pantalón.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella preocupada.

—No puedo más, bombón, tienes que ayudarme a liberarla.

Amanda permaneció inmóvil sin saber lo que hacer. Él se enterneció ante su inocencia. Desabrochó sus pantalones y llevó una de las manos de ella hacia su erección. Amanda tembló de deseo al pensar que aquel miembro duro y mojado estaría en su interior. Quería sentirlo, quería saber que se sentía al albergar el cuerpo de un hombre en su propio cuerpo.

—Está muy mojado. —Dijo la joven contemplando el pene con fascinación.

—¿Tu no lo estás?

Ella se tocó y sonrió. Sí, estaba totalmente cremosa y resbaladiza. Asintió con la cabeza.

—Quiero comprobarlo. —Dijo él con voz grave.

Abrió con dedos delicados los labios íntimos del pubis femenino y deslizó la yema de uno de sus dedos por aquel manantial jugoso y caliente. La miró a la cara para ver su reacción, la imagen del rostro de Amanda con los labios entreabiertos y los ojos cerrados fue todo lo que necesitó para arrodillarse y lamer con su lengua aquellos líquidos cremosos.

Ella agarró su pelo con los dedos para sentir con más presión la lengua hábil de Hugo sobre su sexo. Era la primera vez que Amanda sentía aquello y no era consciente de cómo sus caderas se deslizaban hacia delante y hacia atrás al ritmo de su propio placer.

Cuando sus caderas tomaron un ritmo frenético Hugo la tumbó sobre la cama, se deshizo totalmente de sus pantalones y penetró con toda la delicadez que pudo el interior carnoso y caliente de Amanda.

Se movió lentamente al principio para darle tiempo a acostumbrarse a su invasión y mientras tanto jugueteaba recorriendo con la boca el cuello y los pechos de ella.

Cuando la sintió absolutamente lubricada empezó a empujar con más fuerza buscando el orgasmo de ella pero también para liberar por fin el deseo que lo consumía.

Llegaron a la cumbre del placer a la misma vez y mientras ella sentía convulsionar su vientre en dos espasmos de placer, él se derramó inundando el interior del epicentro femenino.

Cuando todo hubo terminado Hugo se dejó caer de espaldas sobre la cama arrastrando el cuerpo de Amanda a su regazo.

—¿Te lastimé en algún momento, amor? —Le preguntó besando sus cabellos rubios.

—¿Bromeas? —Respondió ella apoyando la barbilla sobre su pecho —Ha sido lo más increíble que me ha pasado nunca.

El se rió en voz alta lleno de satisfacción.

—Te lo daré cada vez que lo desees.

—¿Puedes dármelo otra vez ahora?

—Dame cinco minutos y te voy a amar tanto que no vas a poder vivir sin mí.

Se amaron una y otra vez hasta quedar agotados.

Al fin se quedaron dormidos abrazados el uno al otro, Hugo completamente feliz, Amanda desconcertada y maravillada al sentirse mujer.

## CAPÍTULO V

Las gotas de agua corrían cristalinas sobre las piedras del muro donde los grupos de hombres y mujeres estaban reunidos.

Reyes apartó en un esfuerzo consciente de su mente todos los pensamientos atormentadores que la atenazaban y se dedicó a admirar los rizos de la hiedra sobre el muro y el rocío delicado y oloroso que desprendía.

Hubo algo de revuelo entre las personas allí congregadas y, a continuación, observó cómo se sentaban sobre la hierba.

Un hombre sonriente con el aspecto de un vikingo nórdico les saludó a todos.

—La hiedra rezuma rocío. Es el momento de que cada cual compruebe sus gotas. Si tienen las cinco gotas de rocío podrán volver a sus vidas con la seguridad de que vivirán eternamente felices.

¿Eternamente? Nadie vivía eternamente. ¿Qué era aquello, una secta? Y ese vikingo alto, rubio e impresionante debía ser el gurú.

Unos murmullos de expectación cortaron el hilo de sus pensamientos.

—Sé que todos los que aún no tenéis ninguna de vuestras gotas astrales debéis estar confundidos y desorientados —Reyes juraría que el vikingo la miraba a ella —sin embargo, llegareis a entenderlo todo con el paso del tiempo. No desfallezcáis, tened vuestros corazones abiertos para entender. También llegará vuestro momento.

Reyes miró enloquecida a su alrededor en busca de otras personas que, como ella, estuvieran solas. El vikingo había hablado en plural, tenía que haber más personas como ella en algún sitio de aquel lugar.

Una anciana seguida de su grupo llegó hasta el muro y tomando una de las cristalinas gotas de agua dijo:

—Ancianidad.

A continuación una mujer de unos cincuenta años extendió su mano para coger otra de las gotas que las piedras del muro rezumaban.

—Segunda edad adulta.

Sonrió y dio paso a una tercera mujer unos veinte años más joven que ella pero idéntica en facciones.

—Primera edad adulta.

La cuarta mujer era una deliciosa adolescente de aproximadamente quince años.

—Juventud.

Una niña de no más de ocho años dio pequeños pasos hasta el muro. Alargó su mano, tomó una gota y, ante las sonrisas de todo el mundo, dijo:

—Infancia.

La anciana tomó de nuevo la palabra.

—Aquí están nuestras gotas astrales. Somos afortunadas por haber vivido esta experiencia y aprender de ella. Hemos mirado nuestras vidas con nuevos ojos, hemos sanado aquello que nos

produjo dolor. Ahora volveremos siendo una, la que más pueda influir positivamente sobre las otras.

Unieron sus dedos y formaron una sola gota de agua. Después caminaron por una senda cubierta de hojas secas hasta desaparecer.

Cuando se acercó al muro el siguiente grupo procedió exactamente igual. Detrás de ellos otros tres grupos hicieron lo mismo.

Reyes observaba la cara de las personas que la rodeaban. Todos parecían felices de encontrarse en aquel lugar y hacer ese absurdo rito.

La noche iba cayendo y Amanda empezó a preocuparse cuando todos los congregados fueron desapareciendo por aquella senda.

¿Dónde dormiría? ¿Estaría a salvo en aquel lugar?

Tenía que intentar que alguien le explicara de qué iba todo aquello.

Buscó al vikingo con la mirada. Allí estaba. Sonreía mientras hablaba con una mujer joven y muy guapa. Tenía el cabello largo hasta la cintura, los ojos grandes y llamativamente verdes, una hermosa sonrisa y una figura muy femenina.

El corazón empezó a latirle ferozmente dentro del pecho.

Era Iris, su compañera de trabajo.

## CAPÍTULO VI

—¿A que no sabes lo que me pidió Hugo esta mañana?

La señora Hernán, hermosa en su madurez, se movía con gracia por el salón de su amplia casa poniendo ramos de rosas aquí y allá.

—Que lo llevara a una floristería. —Dijo ella sin aguardar la pregunta de su esposo.

Roberto Hernán no era un hombre de grandes palabras, sobre todo porque era consciente de que una palabra no dicha no puede ser el origen de un problema.

—Parece que esta vez le ha dado fuerte —seguía hablando ella —esta chica tiene algo diferente a las anteriores ¿verdad?

Sí, pensó él, tiene de diferente que es mía, o éso o tiene una madre que la abandonó y que es una réplica exacta a ella.

—¿Y sabes lo que ha hecho cuando hemos comprado las rosas?

—Supongo que se las habrá regalado a la chica diferente.

La señora Hernán captó el tono irritado de su esposo pero lo pasó por alto como siempre había hecho cuando por motivos que ella desconocía se mostraba impertinente.

—No —dijo soltando una carcajada —lo que hizo fue arrancar los pétalos uno a uno hasta tener un buen paquete de pétalos para poderlos esparcir por el dormitorio de Amanda. ¡Es tan romántico!

Las imágenes de su hijo colocando con los labios todos aquellos pétalos rojos sobre el cuerpo suave de la chica le crisparon los nervios.

—¿Y cuánto le ha costado a mi hijo tanto romanticismo?

Su esposa se volvió con los labios contraídos.

—Es imposible que a ti te parezca hermoso un gesto de nuestro hijo ¿verdad?

Ya está, ya había dicho una inconveniencia. El gesto de su hijo le parecía hermoso, efectivamente, y también romántico. Y sí, era verdad que Hugo jamás había tenido semejante gesto con ninguna otra chica, pero no podía decirle a nadie que su mal humor se debía a la joven elegida, no al gesto, y que solo imaginarse a su hijo tocándola sentía celos.

—Es un gesto bonito, querida, lo que pasa es que temo que Hugo se desilusione porque lo veo muy enamorado.

La esposa de Roberto sonrió y se sentó a su lado.

—Pero a ella también se la ve enamorada. Roberto, a mi me gusta esta chica, es bonita, es inteligente y dulce.

—A mí también me gusta. —Respondió él sabiendo que su esposa no sospecharía de aquel comentario.

Ella siguió hablando mientras él daba vueltas al asunto fingiendo escucharla. Anotó mentalmente que su esposa sonreía. Esto era importante. Hacía mucho tiempo que no la veía sonreír y pensó que era lógico que lo hiciera. Amanda tenía esa capacidad para mejorar la vida de los demás.

Su esposa lo miraba con esa cara de expectación que se pone cuando haces una pregunta. Él no

se había enterado al estar perdido en sus propios pensamientos y uno de esos pensamientos era cuál sería la forma de impedir que Hugo llenara de pétalos a Amanda.

La señora Hernán lo seguía mirando y esta vez sus cejas fruncidas empezaban a expresar la irritación de saberse ignorada.

En el preciso momento en que ella abría la boca para decir algo, él se levantó del sofá.

—Tengo un regalo para ti, querida, para que veas que yo también soy romántico.

Mientras iba a su dormitorio escuchó la carcajada risueña de su esposa y de nuevo pensó que hacía mucho tiempo que no la escuchaba reír.

Roberto Hernán abrió con delicadeza una cajita cuadrada de color rojo corinto. Dentro de ella una fina cadena de platino sostenía una esmeralda auténtica.

Respiró profundamente y volvió a cerrar la caja.

Cuando se la entregó a su esposa lucía una atractiva sonrisa en su cara ensayada durante treinta años para apaciguar las iras de cualquier mujer.

Ella abrió la cajita y conteniendo la respiración dijo:

—Es hermosa, Roberto ¿cuándo fue que me compraste esta maravilla?

La cadena de platino se escurría entre sus dedos mientras que miraba hipnotizada la pequeña esmeralda en forma de lágrima.

—Fue un impulso. La vi y pensé en ti.

Había dicho muchas mentiras en su vida pero aquella le hizo sentir especialmente miserable.

Ella se acercó a él con coquetería.

—¿Me ayudas a ponérmela?

Su esposa se levantó el cabello y él aspiró el olor de su nuca mientras le prendía la gargantilla.

—Gracias, querido. —Dijo mientras con un beso ligero le rozaba los labios.

Se alejó de él con un movimiento lleno de sensualidad y Roberto Hernán recordó que su esposa era una mujer hermosa y sensual. En algún momento de su camino juntos ambos lo habían olvidado.



## CAPÍTULO VII

Iris metió la mano en la cerradura.

Durante unos segundos se lo pensó. Aquello casi era profanar un lugar sagrado, no porque su amiga Reyes hubiera sido una santa precisamente, sino porque ella ya no estaba allí, y casi estaba segura de que ya no existía en ningún lugar. Casi estaba segura de que estaba muerta.

Sin embargo, habían sido demasiadas las veces en que su foto se había caído de la mesa de la editorial donde trabajaba, demasiadas las veces en que su taza de café vacía rodaba por su escritorio para recordarle que la pusiera en su sitio y demasiadas las veces en que había mirado a su alrededor porque había creído escucharla.

Seguramente todo era producto de la sugestión pero aún así trataría de averiguar cualquier cosa que pudiera ayudar a saber qué había pasado con Amanda.

Su amiga era feliz. Ella lo sabía. Era feliz porque Reyes siempre había sido una luchadora que sabía extraer de cada momento duro una lección que asimilaba para seguir con su vida.

Era incansable, alegre, soñadora a pesar de que la vida la había golpeado duro alguna vez. Y ella la quería... Oh Dios, la quería tanto que la extrañaba hasta el dolor.

Iris sacudió la cabeza para espantar aquellos pensamientos. Tenía que entrar. Tenía que hacerlo porque había recordado que Reyes tenía una relación de dos años con un hombre casado. Solo sabía de él que era un tipo importante pero al recordar aquello habían saltado todas sus alarmas.

¿Qué tal si aquel tipo le había hecho algo?

Si pudiera entrar en su ordenador y echar un vistazo sabría quién era él y podría interrogarlo. Obviamente no podía acusar al hombre de nada pero por lo menos tendría una noción de en qué estaba moviéndose su amiga.

Sintió un escalofrío al entrar dentro del apartamento. Todo estaba exactamente igual que ocho meses atrás. El salón delicadamente adornado en tonos pastel de color rosa y verde, las blancas y vaporosas cortinas cubriendo las vidrieras, los cuadros de llamativos colores al estilo de Gaugin, los exquisitos adornos florales que tanto gustaban a Amanda sobre las mesas y accesorios derramando sus olores.

Un momento, gritó su cabeza... los arreglos florales...

Se estremeció al posar sus ojos de nuevo sobre ellos. Rosas, a Reyes le chiflaban las rosas y... ¡estaban frescas!

Advirtió como un temblor se apoderaba de su cuerpo. Tenía que ser valiente como lo hubiera sido Reyes.

Se acercó al exquisito jarrón de cristal que sostenía un lozano ramo de rosas. ¿Sería posible que fueran de papel o de plástico?

Alargó una de sus manos temblorosas, tocó el pétalo y sintió la suavidad y la vida bajo la yema de sus dedos.

Con el corazón golpeando con furia su pecho comprobó todos los demás ramos. Todos eran naturales y parecían recién puestos.

—Oh Dios...Oh Dios —dijo con voz asustada —Está bien, puede ser que un amable vecino venga a poner ramos nuevos cada día, debe ser éso, Reyes era muy guapa, seguro, segurísimo que hay algún vecino que se enamoró de ella y ...

Un ruido quebró el hilo de sus frases. El sonido de un cristal roto contra el suelo.

Iris temblaba y sudaba a la vez.

—¿Eres tú, Reyes? —No pudo evitar preguntar.

Un nuevo ruido, unos pasos diminutos que pusieron el corazón de Iris a prueba durante unos segundos que parecieron una eternidad.

Los pasos cada vez estaban más cerca. La muchacha estaba tan aterrorizada que era incapaz de salir corriendo a pesar de que era lo que más deseaba.

Tenía que coger el ordenador de Reyes y salir corriendo de allí. Estaba convenciéndose de ello cuando gritó al ver como unos ojos azules y rasgados la observaban con fijeza desde el sofá.

—Oh —suspiró aliviada —Shopenhauer, qué susto me has dado.

Se acercó al animal que, inmediatamente, acurrucó su cuerpo felino en el regazo de la joven.

—¿Sabes una cosa, Shopy? Estoy acojonada así que vamos a ir muy rapidito al dormitorio de tu mami y nos vamos a llevar el ordenador ¿vale? No hagas ruiditos raros porque si los haces me va a dar un puto infarto.

Con el gatito en sus brazos cogió la computadora de Reyes y salió de aquel apartamento convencida de que, nunca mejor dicho, había gato encerrado en todo aquello.

## CAPÍTULO VIII

La puerta de la casa se abrió y Hugo apareció en el salón con Amanda colgada sobre su espalda como si fuera una niña.

La risa de la joven llenó la casa de musicalidad. La señora Hernán sonrió al ver a su hijo tan feliz.

Amanda tropezó con la mirada seria y concentrada del padre de Hugo.

—Ya, mi amor, ¿qué van a pensar tus padres?

Roberto Hernán no dejó de notar como Hugo la bajaba de su espalda agarrándola por el trasero.

—No vamos a pensar nada malo, cielo —la señora Hernán era encantadora —Llegáis a tiempo para la cena.

Hugo no podía apartar las manos de su chica ni un segundo. Cada vez que Amanda pasaba por su lado acariciaba su pierna, le tocaba el cabello o, directamente, la besaba.

Roberto Hernán no sonreía, solo pensaba en el momento en que Amanda descubriera la esmeralda sobre el pecho de su esposa. ¿La reconocería como suya?

Tal vez aquella joya formaba parte de un patrimonio familiar que la muchacha desconocía. Puede que hubiera otra Amanda en alguna parte intentando encontrar su esmeralda.

La cabeza le había dado muchas vueltas y, racionalmente, era imposible que esta chica fuera su amante. ¡Imposible!

Eran como dos gotas de agua pero no podían ser la misma persona. Solo había que mirarlas para comprender que Amanda era mucho más joven que su chica.

Se había dejado llevar por las fantasías, algo totalmente impropio de él. Seguro que aquella niña no reconocía la joya.

¿Y los tatuajes? Reyes tenía una rosa tatuada en el hombro y unos diminutos labios en el pubis.

¡Tenía que conseguir ver su hombro derecho!

Roberto Hernán se las apañó para que la conversación familiar durante la cena llegara a los tatuajes.

Hugo mostró orgulloso cada parte de su piel tatuada y contó lo que significaba cada dibujo para él.

—¿Y tú, Amanda? —preguntó el señor Hernán con una de esas sonrisas que transmitían honestidad y cercanía.

—Oh, yo no tengo ninguno.

La satisfacción debió de dibujarse en el rostro de Roberto porque su hijo se apresuró a decir:

—Pero yo le voy a regalar uno por su cumpleaños.

Aquella frase quedó suspendida en el aire mientras todos se mordían la lengua para no preguntar algo indiscreto. Sin embargo, Roberto no se pudo contener.

—¿Y en qué has pensado?

—Bueno, no soy tan osada como Hugo así que será algo discreto.

¡Joder, vaya respuesta más inespecífica! Seguía sin saber si su tatuaje sería una maldita rosa

en el hombro. Pues no iba a conseguir que desistiera.

—¿Y qué podría ser discreto para ti?

Esta vez Roberto sintió la mirada de su esposa clavada sobre él. Estaba siendo un impertinente, lo sabía, pero no iba a quedarse con la duda.

Fue Hugo el que respondió:

—Hemos pensado en una rosa roja —Besó el hombro de Amanda.

—¿Dónde? —No pudo evitar preguntarlo incluso sabiendo que su hijo lo miraría de la misma forma que su esposa.

—En el precioso hombre de mi chica. —Respondió Hugo irritado —¿Algo más, papá?

—No nada más, hijo, supongo que si se la fueras a poner en el culo no me lo dirías.

—¡Roberto!

El grito de su mujer casi le perfora los tímpanos. Hugo arrojó su tenedor sobre el plato.

—Vámonos, Amanda. —Dijo cogiéndola del brazo.

—Hugo, mi amor, siéntate. —Pidió ella.

—He dicho que nos vayamos. —Tiró de ella con fuerza hasta que la puso en pie.

Amanda estaba temblorosa y miraba a Hugo horrorizada por la forma airada en que la había tratado. Algo estalló en el corazón de Roberto al verla temblar asustada.

—Suéltala, Hugo, y no vuelvas a tratarla jamás de esa manera.

—Primero le faltas el respeto y luego la defiendes ¿de quién, de mí?

Ambos estaban de pie uno frente a otro.

—Hugo, mi amor, tu padre solo estaba haciendo una broma. —Cogió la cara de Hugo entre sus manos y lo obligó a mirarla. —No me ofendió, te lo prometo.

—A mí sí.

No hubo vuelta atrás. Minutos después Hugo y Amanda se habían marchado de la casa.

—¿Cómo has podido ser tan impertinente? —La señora Hernán daba vueltas en el salón frotando sus manos nerviosamente.

—Tienes razón, querida, no sé que me ha pasado.

Realmente no lo sabía. ¿Cómo había podido perder la prudencia de aquella forma tan grosera? Tenía la respuesta aunque no la quería enfrentar. Estaba celoso, muy celoso.

Reyes Alonso tenía una rosa roja tatuada en la parte de atrás de su hombro y él lo sabía porque había besado, acariciado, mordido y chupado muchas veces aquella flor.

Ahora, de una forma absolutamente extraña e irracional, descubría que aquella rosa tatuada que tantas veces había hecho sus delicias se la había regalado su hijo a la mujer que él amaba.

Hugo besaría esa rosa, mordería esa rosa, se deleitaría con esa rosa mientras Amanda, de espaldas a él, gemiría al ser penetrada. Imaginar aquello era más de lo que podía soportar.

Reconocía su imprudencia, su falta de control al hacer aquel comentario grosero, pero no se arrepentía de haberse enfrentado a Hugo por el trato dispensado a Amanda.

Miró a su esposa que seguía hablando en un tono alterado. Fingía escucharla arrepentido de su comportamiento pero sus pensamientos volaban unos detrás de otros.

Tenía que saber quién era esta chica porque si no se iba a volver loco. Si no fuera porque era el hombre más racional del mundo le hubiera gritado a su hijo que apartara las manos de aquella mujer que era suya, porque Reyes Alonso era suya, total e inequívocamente suya.

—Te disculparás con tu hijo y, sobre todo, te disculparás con su novia.

Su mujer acabó la discusión con esa orden y él pudo ver como la esmeralda centelleaba en su cuello.

¡Qué irónico que se la hubiera dado con el propósito de que Amanda la viera y fuera su propio comportamiento el que lo hubiera impedido!

## CAPÍTULO IX

—Deberías ir más veces —dijo Poe.

Iris miró a su novio con el pánico dibujado en sus ojos. ¿Cómo podía ni tan siquiera sugerirlo cuando acababa de contarle el miedo que había pasado en el apartamento de Reyes?

—Ni aunque me pagaran volvería yo a su casa, Poe, allí había algo raro.

—Me decepcionas. Empezaba a verte como una de esas heroínas de novela que viven fenómenos paranormales por ayudar a su amiga del alma.

A Iris le molestó el comentario lleno de ironía. Seguro que pensaba que estaba exagerando y que era una de esas chicas asustadizas y que inducen al hombre a hacer de macho alfa.

—Está bien, volveremos, como tú eres tan valiente supongo que no te importará acompañarme.

Poe se enderezó en el asiento donde miraba junto a Iris los últimos mensajes de su muro. No había nada sospechoso en todo aquello.

—La verdad, nena, es que estamos perdiendo el tiempo. Si alguien acosaba a tu amiga no lo iba a hacer públicamente y no tenemos acceso a los mensajes privados. He podido burlar la contraseña general pero no la de los privados.

—Pues síguelo intentando.

—Estoy cansado, Iris, llevamos horas aquí.

—Ah pero ¿no era que yo no era una heroína valiente capaz de todo por salvar a una amiga?

Mientras dijo sus últimas palabras no pudo apartar sus ojos de la foto de un hombre de unos cincuenta y pocos años con el cabello plateado y el aspecto de un dandi.

—La verdad, Iris, —empezó a decir Poe —sin que te molestes ni te enfades, yo creo que Reyes Alonso está en algún mar exótico con uno de sus amantes y...

—Es éste —le interrumpió—. Este hombre es el amante de Reyes, recuerdo haber mirado sus fotos y su perfil, es él. —Su dedo índice apuntaba a un hombre maduro y apuesto.

—¿Y qué se supone que vas a hacer?

—Que voy, no, que vamos.

—No pienso llevarte a que molestes a ese señor preguntándole donde está tu amiga.

—Vale, pues muy bien, si no me quieres ayudar lo haré yo sola, y por cierto, mi amiga no era una mujer frívola llena de amantes, no vuelvas a hablar de ella como si fuera una fresca, sé que estaba muy enamorada de él.

Poe miró a su novia enternecido. ¿De verdad era Reyes Alonso una buena chica en el lugar equivocado? Era posible, el mundo estaba lleno de esa clase de situaciones y las buenas chicas corren más peligro incluso que las “malas chicas” porque las segundas saben cómo moverse pero las primeras son como inocentes cisnes en un estanque de patos resabiados.

Poe no conocía a Reyes lo suficiente como para emitir un juicio pero no le hacía ninguna gracia el dolor de Iris ante su ausencia. ¿Iba él a dejar sola a su novia ante aquello? ¿Y si el tipo era peligroso? No lo parecía, en realidad tenía cara de buena persona, pero había muchos lobos con caras de buenas personas.

Acompañaría a Iris a su visita al tipo, el amante de Reyes vivía por allí cerca así que no le llevaría mucho tiempo vigilar un poco al hombre para ver si había algo anormal en él y después, cuando hubiera conseguido hacerla entrar en razón, volverían los dos tranquilamente a su pequeño apartamento en el centro de San Expédito.

Buscó en un servidor de internet la dirección exacta del tipo y sonrió abrazando a Iris.

—Déjame que lo vigile un par de días para asegurarme de que es un tío normal. Sólo si lo es te dejaré acercarte a él para preguntarle por tu amiga.

Iris exhibió aquella sonrisa blanca de triunfo que tanto enloquecía a su novio y lo abrazó.

—Sabía que no me ibas a fallar.

Estaban a punto de besarse cuando los dos contemplaron como Shopenhauer, el gato blanco de Reyes, se retorció por el suelo y emitía maullidos de deleite como si alguien lo estuviera acariciando.

Ellos no podían verlo pero Reyes, que había contemplado toda la escena mientras jugaba con su gato, les sonreía agradecida desde el fondo del salón.

No sabía cómo podía llegar hasta allí mientras su cuerpo se quedaba dormido en ese otro lugar tan extraño pero, a menudo, viajaba a su antiguo apartamento para jugar con Shopenhauer, lo acariciaba, cambiaba las rosas de sus jarrones, regaba las plantas, e incluso, cuando veía algo sucio se ponía a limpiarlo.

No era raro que Iris se hubiera asustado tanto al entrar en su casa, nada parecía indicar que ella se hubiera marchado. Ahora la veía tan decidida a buscarla que la conmovía. ¿Cómo podrían ayudarla a salir de aquel mundo extraño en el que parecía atrapada?

Cayó la noche y ella vagó de casa en casa, de persona en persona extrañando cada sitio, cada café, cada parque, cada playa de su amado San Expédito.

Roberto Hernán dormía junto a su esposa. Un escalofrío le recorrió la espalda desde la nuca hasta la cintura cuando vio brillar su esmeralda en el cuello de Olga Hernán. ¡Maldito cabrón! ¿Cómo había podido regalarle a ella su gargantilla? Ella la había puesto sobre el perro de Roberto aquel día para que él la buscara y en lugar de eso se la daba a su esposa como un obsequio.

No se iba a conformar, la esmeralda era suya. Alargó la mano y sin saber si la iba a poder coger la agarró y tiró de ella. La cadenita de platino cedió ante el tirón y se hizo con la gargantilla. Olga Hernán se sentó en la cama asustada.

—Roberto —dijo despertándolo con las manos —la esmeralda que me regalaste, me la han robado.

Él se sentó en la cama confundido.

—¿Cómo que te la han robado? Si no has salido de casa.

—Soñé que una mujer me daba un tirón y se la llevaba.

Él fingió no hacer caso del comentario, pero Reyes lo conocía tan bien que sabía que había tomado nota mental de las palabras de su esposa. Miró el cuello de ella, estaba irritado por el tirón.

—Ha sido un mal sueño.

—Será, querido, pero no tengo la gargantilla.

Olga Hernán insistió tanto que Roberto no pudo hacer otra cosa que fingir que la buscaba por el suelo del dormitorio. Tras hacer comedia durante un rato se acercó cariñosamente a su esposa y dijo:

—No te preocupes, aparecerá en algún rincón de la casa cuando menos lo esperes. La llevaré

a reforzar para que no vuelva a suceder.

Reyes sintió tanta rabia que golpeó la luz de la mesita olvidando que podía mover objetos. La lamparita aterrizó en el suelo.

Por primera vez vio que Roberto tragaba saliva. Su esposa soñaba que una mujer le robaba la gargantilla y tenía roja la garganta como si realmente hubiera ocurrido. Seguramente ella se habría tocado el cuello intentando proteger el colgante y por eso estaba irritado, pero ahora ese ruido, esa lámpara rota justo cuando él le proponía llevar la joya a reforzar el cierre era estremecedor.

—Parece que esta noche tenemos fenómenos paranormales —dijo quitando hierro al asunto.

Era gracioso, no se podía negar y sin darse cuenta se rió en una carcajada. Miró la gargantilla entre sus dedos. La puerta se abrió y un perro grande de color blanco empezó a gruñirle.

—Puedes ladrar lo que quieras que no pienso dártela.

Roberto Hernán intentó tranquilizar al animal. Reyes rió divertida al darse cuenta del revuelo que se estaba organizando.

La puerta de la habitación volvió a abrirse. Un joven de unos treinta y pocos años, moreno, guapo y muy alto preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—El perro está descontrolado.

—¿Se asustó con algo? —Preguntó mientras intentaba tranquilizarlo en vano.

—Se rompió una lámpara.

¡Qué buena idea acababa de darle! Reyes caminó hacia la otra lamparita que se apoyaba en la mesita contraria mientras el perro la seguía sin dejar de gruñir y ladrar. Alargó su mano de dedos finos y largos y arrojó la lamparita al suelo.

Roberto Hernán y su esposa abrieron los ojos asustados.

Fue el hijo de ambos, Hugo, el que dijo:

—¿Qué es lo que pasa, White, ves algo ahí?

¿White? ¡Qué nombre tan absurdo para un perro! Ella le habría puesto Goya, por el mal carácter y porque el perro tenía pinta de aragonés cabreado. Se arrodilló y dijo con suavidad:

—Ya, White, cálmate o me delatarás, ven aquí, no tengas miedo, no te haré daño.

El animal se fue tranquilizando bajo sus manos que lo acariciaban hasta llegar a tumbarse sobre el suelo mientras el matrimonio Hernán y su hijo contemplaban aquella extraña escena con los ojos como platos porque el perro se regocijaba como si unas manos invisibles le acariciaran.

—Ahora ven aquí, White, vamos a jugar otra vez, yo corro y tú me sigues.

Reyes salió corriendo del dormitorio. Hugo sintió un escalofrío cuando ella pasó por su lado seguido del perro que la perseguía dando saltos de alegría. Consiguió apartarlo de la mirada de los tres y antes de que reaccionaran le puso la cadenita al perro enganchado a su correa:

—Dile a tu dueño que si vuelvo a ver esta joya en el cuello equivocado volveré cada noche a romper lámparas.

No supo como lo hacía pero en el momento en que decidió salir de aquella casa se encontró fuera.

White estaba llorando en el salón mientras olía el último lugar donde había estado aquella mujer tan simpática. Cuando Roberto y su hijo se acercaron a él para consolarlo la diminuta esmeralda centelleó en la correa de White ante el estupor de Roberto Hernán.



## CAPÍTULO X

Hugo miraba como su chica sacaba del frigorífico mantequilla, mermelada, pan de tostadas, un trozo de queso, una botella de leche, un par de naranjas, un bol de cereales y una bolsa de jamón dulce. Dispuso con tranquilidad y una media sonrisa cada uno de los alimentos sobre la mesa en la que había extendido un mantel adornado con flores de color rosado sobre un fondo blando.

Ésa era una de las cosas que más le gustaba de Amanda, la tranquilidad con que hacía las cosas disponiéndolas de una forma apetecible. En ella jamás había prisas ni nerviosismo, sus movimientos eran siempre suaves y acompasados.

Le encantaba aquel cuerpo que se movía con una gracia dulce. Justo cuando ella metía las rebanadas de pan en la tostadora se acordó del calor de sus pechos apretados en su espalda. No pudo evitar alargar la mano y sentarla sobre su regazo agarrándola de la cintura.

—Hugo, mi amor, ¿otra vez? —dijo mientras él besaba su cuello.

—Mil veces —contestó él —quiero que seas mía mil veces.

Las manos de Hugo se metieron bajos los pantaloncitos de dormir de Amanda acariciando las nalgas de la chica. Ella sintió la aspereza de su barba al tomar él sus labios con ferocidad.

—Más suave, mi amor —pidió ella.

Él estaba a punto de decirle que más suave se lo haría luego cuando recordó que dos días antes ella lo había mandado a dormir a su casa precisamente por ser tan voraz y decidió aminorar el ritmo. Sus besos empezaron a ser más pausados y la presión ejercida sobre el trasero de Amanda aflojó.

—Así sí me gusta —gimió ella.

Muy bien, quería suavidad, tendría la suavidad de una mañana otoñal, de una brisa de verano, de un manantial de agua dulce, del pétalo de una rosa... ¡Mierda! Eso le recordaba a la noche en que ella le había dicho con voz suave “será mejor que esta noche duermas en casa de tus padres”. Se lo había merecido, cierto, pero como le dolió haber preparado con tanto cuidado aquel dormitorio extendiendo los pétalos de las rosas sobre la cama para hacerle el amor sobre ellos, y que ella no lo hubiera valorado ni siquiera para otorgarle el perdón que él le había pedido.

Y fue su padre el que lo arruinó todo. Ese comentario sobre la rosa que iba a tatuar en el hombro de Amanda, esa insinuación sobre el culo de su chica lo había puesto muy celoso. Ella no había tenido la culpa de nada pero cuando le pidió que se fueran y ella le quitó importancia a la impertinencia de su padre se sintió traicionado.

Intentó calmarse de camino a casa mientras Amanda acariciaba su cabello sentada a su lado en el coche, pero cuando entraron en el dormitorio la besó con tanta posesión que no le dejó tiempo a enternecerse con lo que él tanto se había esforzado en hacer para ella. Una vez más había sido un error de él. ¿Cómo iba ella a valorar aquel gesto lleno de romanticismo si no le había dado la oportunidad de ver todos aquellos pétalos esparcidos por el dormitorio?

Cuando ella puso sus manos sobre el pecho de él para apartarlo se sintió aún más irritado. Ella era suya, quería tenerla y demostrarle que era así. Estaba celoso porque seguro, segurísimo que ella pensaba que su padre era un tipo encantador incapaz de decir una maldad, pero él sí

conocía su mezquindad, sabía cómo podía mentir sin pestañear, conocía a la perfección su mordacidad para herir a los demás con una sonrisa en la boca.

Cuando empezó a acariciar sus pechos con una presión excesiva ella dijo aquella frase “será mejor que esta noche la pases en casa de tus padres”. Él tragó saliva y se disculpó. Quiso volver a besarla con más suavidad, pero ella no aceptó el acercamiento y continuó “así limarás asperezas con tu padre” ¿Qué coño le importaba a ella que limara asperezas? Ella tenía que ponerse de parte de él y punto.

Sin embargo aceptó el castigo porque comprendió que ella no era la culpable de la rabia que sentía contra el padre que nunca se sintió orgulloso de él. Había sido muy desconsiderado acariciando su cuerpo con esa brutalidad y era normal que no quisiera su cercanía.

Cuando al día siguiente ella lo llamó para preguntarle cómo se encontraba el mundo volvió a parecerle el mejor de los lugares para vivir.

Ahora la tenía de nuevo allí, en su regazo, y se juró a sí mismo que nunca más en su vida haría nada que pudiera apartarla de él.

—¿Así sí te gusta, amor? —preguntó mientras sacaba con delicadeza uno de sus pechos y aplicaba sus labios en tiernos besitos en el pezón.

Ella gimió como respuesta y él sacó el otro pecho.

—Vamos a tratarlos con toda la delicadeza que ellos se merecen.

Hugo empezó a dar bocaditos en sus pezones mientras que con sus manos buscaba el pliegue más íntimo de Amanda. Al comprobar que estaba totalmente húmedo la levantó en volandas y la puso sobre la mesa. Ella echó las manos hacia atrás para apoyarlas en la mesa rozando el bote de mermelada que se derramó sobre su mano. Cuando él tomó unos de sus dedos para limpiar la mermelada con la boca una ola de placer la recorrió hasta el vientre y en un impulso le dijo:

—¿Tienes mucha hambre, mi amor?

Él sonrió con malicia.

—Sí, déjame que me lo coma todo.

Amanda echó su cuerpo sobre la mesa y dejó que él la llevara al orgasmo mientras su espalda se llenaba de mantequilla y queso fundido. Hugo no pudo aguantar más y la penetró cuando vio que ella acariciaba sus pechos untando la mantequilla en ellos.

—Nunca había desayunado tan bien, amor —Dijo mientras pujaba dentro del calor de su vientre.

Se derramó en su interior al tiempo que ella daba su último gemido. Sólo entonces Hugo sintió el mismo escalofrío que había sentido dos noches atrás cuando White ladraba a una pared vacía empecinadamente como si hubiera alguien.

Abrazó a Amanda en un instinto de protección, la joven lo tomó como el abrazo tierno de un hombre que la amaba y mientras ella se acomodaba en su cuello él miró alrededor con la sensación de que alguien los espiaba.

## CAPÍTULO XI

Poe llevaba dos días siguiendo al tipo que había sido amante de Reyes Alonso.

—Un tipo normal. —Le había dicho a Iris el primer día.

Así era realmente. Aquel hombre sacaba a su perro y daba con él una caminata a paso rápido, después volvía a subir a su casa y apenas un cuarto de hora después bajaba al famoso café “Oliver” a tomar su desayuno.

Aquella mañana, antes de que Roberto Hernán entrara por la puerta, Poe e Iris estaban esperando apoyados casualmente en la barra.

En las películas de acción todo parecía muy fácil pero ahora a los dos se les hacía difícil acercarse al hombre para hablarles de Reyes.

Fue Iris la que tomó la iniciativa.

—Buenos días, señor Hernán —Lo saludó poniendo la sonrisa diez, esa destinada a acabar con cualquier resistencia masculina.

—Buenos días ¿nos conocemos? —Respondió él con una sonrisa similar.

Iris reconoció de inmediato la sonrisa de un embaucador. Ella lo era también y entre ellos se reconocían con suma rapidez.

—Creo que sí, aunque no directamente, ¿me permite? —Antes de que él pudiera contestarle ella ya había despegado la silla de la mesa y tomado asiento. —Verá usted ¿Roberto, verdad? —él asintió con la cabeza. Su sonrisa había desaparecido. Iris seguía mostrando todos sus hermosos y blancos dientes —me temo que tengo un enorme problema.

Ella hizo una pausa de estilo pelicularo esperando que él dijera algo parecido a “¿en qué puedo ayudarla?” pero Roberto Hernán no dijo nada. Tipo inteligente, pensó Iris, recordó que Reyes se lo había dicho muchas veces.

—Tengo una amiga que desapareció hace ocho meses y creo que usted la conoce. Se llama Reyes Alonso —Iris tomó nota mental de su cambio de postura, no obstante él siguió en silencio escuchándola— ¿tiene usted alguna idea de dónde puede estar?

—¿Por qué iba a saber yo dónde está su amiga? —Respondió él receloso.

—Es posible que porque ustedes fueran buenos amigos.

—No sé de quién me habla ni cómo podría ayudarla.

Dobló el periódico que estaba leyendo e hizo el ademán de marcharse.

—Un momento, amigo. —Fue Poe el que intervino esta vez. Había estado observando y en cuanto lo había visto hacer el primer cambio de postura ya había intuido que Iris no iba a tener éxito. Roberto Hernán volvió a sentarse en su silla al ver que el que decía esa frase era un hombre corpulento, alto y con muchos menos años que él. —No es nuestra intención molestarlo, señor Hernán, solo queremos que nos diga si sabe algo sobre nuestra amiga. Le prometo que si suena lo suficientemente convincente no lo molestaremos más. Y no queremos mentiras. No niegue que conocía a Reyes Alonso porque nos consta, repito, nos consta que la conocía muy bien. Le vuelvo a hacer la misma pregunta que le hizo la señorita ¿Puede usted darnos alguna pista de donde se encuentra?

Roberto Hernán permaneció en silencio durante unos segundos mientras evaluaba a los jóvenes. Parecían decididos a sacar algo de aquella conversación. Podía negar que la conociera pero ellos afirmaban tener las pruebas y por la firmeza que había en sus miradas debía ser cierto. Era absurdo entonces negarlo.

—Está bien, es cierto que la conozco pero no sé donde está. Desapareció de mi vida hace ocho meses sin ninguna explicación.

No pensaba decir nada más aunque por su mente pasó como una sombra la imagen de la esmeralda sobre su perro. ¿Habían sido ellos? Podrían haberlo hecho la primera vez cuando White trajo la esmeralda después de desaparecer un rato en la calle, pero no la segunda vez que en ningún momento habían salido de casa.

—¿Y no le pareció extraño que desapareciera de esa manera? ¿No intentó buscarla?

—Lo hizo —le dijo Iris a su novio —leí todos los mensajes y sé que él intentó ponerse en contacto con ella. —Miró a Roberto Hernán de frente. —Señor Hernán, me consta que alberga hacia ella algún tipo de sentimientos, o por lo menos los albergaba. Lo único que deseamos es que nos dé una pista de cómo encontrarla si sabe algo.

—Porque ustedes están seguros de que no está muerta, o por lo menos es lo que yo estoy entendiendo. —Roberto intentó una cierta distancia al decirlo aunque dentro de su pecho su corazón latía con fuerza.

Iris pensó la respuesta. Sí, ella estaba segura pero ¿cómo podría explicar que su seguridad se basaba en tazas de café que rodaban solas, en ramos de rosas que nunca se secaban y en un gato que había sobrevivido durante ocho meses en un apartamento vacío?

—Yo estoy completamente segura, señor Hernán.

—¿Y a qué se debe su seguridad?

—Porque de alguna manera...ella se ha puesto en contacto conmigo.

Del pecho de Roberto Hernán se escapó un suspiro de alivio que no pasó desapercibido por Poe.

—¿Y cómo está? —Preguntó Roberto— ¿Por qué desapareció de esa manera?

Iris iba a contestar cuando Poe interrumpió:

—Señor Hernán, nos está haciendo demasiadas preguntas sin responder a la nuestra. Necesitamos que nos diga si hay algo que debemos saber.

Roberto volvió a pensarlo durante unos segundos, después sacó su móvil y les mostró una foto.

—Es la esmeralda de Reyes —dijo Iris.

—Sí —confirmó él —una tarde que paseaba con mi perro apareció con ella atada a su correa.

Iris se estremeció. No estaba loca. Reyes estaba dando pruebas para que la ayudaran a todas las personas por las que se sentía querida.

—Señor Hernán —dijo la joven con la voz temblorosa —sé que mi pregunta le va a extrañar pero ¿ha notado usted algo extraño en estos días?

Roberto tragó saliva.

—¿Algo extraño como qué?

—Sé que va a pensar que estoy loca pero...

—Ya hemos molestado suficiente al señor Hernán, Iris. —Dijo Poe interrumpiéndola— Muchas gracias por su colaboración, si sucede algo que crea que nos deba contar póngase en contacto con nosotros. —Dijo dándole una tarjeta.

Roberto Hernán la tomó y la guardó en su cartera. Por un momento quiso detener a la joven que se marchaba de la mano de su novio. Ella había querido decirle algo, y ese algo era lo

suficientemente importante como para que el muchacho la detuviera por prudencia. ¿Y si ella también tenía la certeza, aunque fuera por motivos poco racionales, de que Reyes estaba viva en algún sitio? En estos casos siempre era lógico que hubiera alguien que aconsejara prudencia pero él hubiera preferido pasar por alto esa prudencia si podía saber que había ocurrido con Reyes.

Recordó la esmeralda y la rosa tatuada del hombro de Reyes y en ese momento hizo un pacto consigo mismo. Si veía en algún momento la rosa tatuada en el hombro de Amanda Andrade se pondría en contacto con aquellos dos jóvenes.

Se marchó del Oliver con el periódico doblado bajo el brazo y buscando por las calles algún rastro de Reyes Alonso.

## CAPÍTULO XII

Reyes llevaba un rato sentada con la cabeza entre las manos tratando de digerir las últimas escapadas que había hecho.

Su cuerpo se movía por los lugares por donde siempre había vivido y, de alguna manera, podía interactuar con el entorno aunque no de la forma que ella quería, que era haciéndose visible. Estaba empezando a acostumbrarse a ese hecho, a ver a las personas a las que amaba seguir con sus vidas en las que ella, de una forma o de otra, seguía presente, pero no había esperado en ningún momento verse a sí misma con otra edad manteniendo relaciones sexuales con un hombre.

Él la llamaba Amanda y ella lo llamaba Hugo, y los había visto amarse con un desenfreno absoluto sobre la mesa de un desayuno, mientras las mieles y confituras corrían por sus cuerpos y ellos se erotizaban cada vez más. No, para eso no estaba preparada.

No es que fuera una mirona pero sus ojos no podían apartarse de la mesa de aquella cocina mientras se contemplaba a sí misma gimiendo y pidiendo más. En algún momento se sintió pillada. Fueron solo unos segundos pero el chico se volvió y miró hacia donde ella estaba como si presintiera que alguien los mirara. En ese momento sus ojos se encontraron y ella sintió miedo, el suyo y el del muchacho que en un gesto de protección abrazó a la chica a la que había amado.

Era todo tan confuso que necesito respirar profundamente varias veces para reponerse.

No iba a esperar ni un segundo más. Allí estaba aquel vikingo enorme con su compañera de trabajo. ¿Qué demonios hacía ella allí? ¿Era posible que estuviera a la vez en los dos sitios?

Acercó sus pasos hacia ellos que, como si la hubieran estado esperando, le sonrieron.

—Adelante, Reyes Alonso ¿verdad? —preguntó Iris.

Reyes tragó saliva.

—Iris, amiga, soy yo ¿no me reconoces?

Iris miró sonriente al joven que la acompañaba. Él tomó la palabra.

—Iris no puede reconocerte porque es solo una gota astral, su auténtico yo está en tu realidad.

“Gota astral”. Reyes recordó haber leído ese término en alguna lectura de entretenimiento.

—¿Iris es una gota astral? ¿Y eso que quiere decir exactamente?

—Eso quiero decir que, como tú, en algún momento vendrá la auténtica Iris a decidir su vida aquí arriba.

—¿Estamos arriba de dónde? —preguntó con ansiedad.

—Arriba de tu mundo, Reyes, —respondió Iris- sé que debes estar llena de preguntas, por favor, siéntate, vamos a tratar de explicártelo todo para que entiendas y puedas tomar tus decisiones.

—¿Qué decisiones?

—Decisiones sobre tu vida. Verás, estás aquí porque en algún momento de tu vida tomaste una decisión que lamentaste profundamente y que te condicionó para siempre —dijo la joven.

Reyes pensó inmediatamente en algo acaecido tantos años atrás que su memoria había sepultado la pena para poder seguir sobreviviendo.

Poe e Iris miraban con atención los gestos en la cara de Reyes. Habían visto tantas veces

aquella mirada perdida que todos ponían viajando en sus recuerdos para recordar el momento preciso en que cambiaron sus vidas. Era increíble, pero por mucho tiempo que pasara seguían recordando el hecho, el suceso, la desgracia que había supuesto un antes y un después en el transcurso de sus vidas y el dolor, sepultado por la conciencia tras un montón de vivencias, volvía a aflorar en sus ojos.

—¿Ya sabes a qué suceso nos estamos refiriendo? —Preguntó Poe.

Reyes, que hasta ese instante había permanecido de pie, buscó un lugar donde sentarse ante la debilidad que sentía en sus piernas.

—He cometido varias equivocaciones en mi vida, pero hay una que lamento por encima de todas.

—Lo sabemos —dijo Iris cogiéndole una mano —sin embargo, no debes sentirte culpable, como cualquier ser humano viviste tus faltas y sobreviviste a ellas cómo pudiste. Eres afortunada por estar aquí. Ahora podrás reparar ese algo que te duele cada día.

Por la mente de Reyes cruzó un pensamiento que se hundió en su pecho como un cuchillo.

—¿Estoy muerta ahí abajo?

Los dos jóvenes rieron.

—No, estás desaparecida y hay personas que te buscan. Tu misma lo sabes puesto que has estado en determinados momentos de sus vidas sin que ellos lo hayan sabido. Aunque nos preocupa un hecho,- Reyes levantó una ceja interrogativa —Hugo Hernán ha intuido tu presencia.

—¿Hugo Hernán es el joven que le hacía el amor a esa chica de nombre Amanda?

—Sí, así es —respondió Poe- ¿no reconoces al joven?

—¿Debería reconocerlo?

—No necesariamente. ¿La reconoces a ella?

—No lo sé —respondió Reyes aturdida mientras tocaba con su mano una de sus sienas —ella parece ser yo hace muchos años.

—Eres tú, Reyes- dijo Iris —eres tú cuando tenías esa edad.

—Pero...— Reyes movía la cabeza de derecha a izquierda negando aquello —no es posible, yo soy Reyes Alonso, y esa chica se llamaba Amanda.

—Sí es posible, Reyes, —dijo Poe —Amanda Andrade es una de tus gotas astrales.

—¿Me vais a decir de una vez que coño es una gota astral o lo tengo que adivinar yo? —Preguntó irritada.

—Una gota astral es una versión de ti misma, eres tú en otra época y otro lugar viviendo una vida que, tal vez, hubiera podido ser la tuya, pero es irreal, Amanda Andrade no existe realmente aunque los hechos que vive sí. En algún momento de tu vida tú amaste a un joven como Hugo Hernán y después, cuando lo perdiste, atentaste contra tu vida sin saber que esperabas un hijo suyo. Amanda Andrade solo está representando esos hechos con otra gota astral, la de tu novio fallecido.

Reyes se llevó las manos al vientre como si aún albergara al hijo de aquel hombre al que amó.

—Yo no lo sabía- dijo entre sollozos sin poder evitar que los ojos se le inundaran de lágrimas —no sabía que estaba embarazada, estaba desesperada cuando él murió y no sabía lo que hacía, pero si hubiera sabido que estaba embarazada nunca lo hubiera hecho. Yo lo amaba, jamás en mi vida he amado así a nadie.

Poe e Iris guardaban silencio mirándola conmovidos. Reyes detuvo su llanto y los miró como si una luz la hubiera iluminado.

—Un momento, si mi novio tiene gota astral quiere decir que está vivo.

—No, Reyes, lo sentimos, tu novio murió en tu realidad hace veinte años y eso es algo que no se puede cambiar. Puedes cambiar tus propias decisiones, puedes evitar tomar las sustancias que consumiste para provocar tu muerte, incluso podrías decidir ignorar a tu novio en el momento en que os conocisteis y así no sufrirías su pérdida, también podrías...

—Si lo ignoro en ese momento y no me convierto en su novia ¿él no moriría?

—Moriría igualmente, cada persona muere cuando es su día sin que nadie lo pueda evitar.

—Pero eso es totalmente absurdo, me dais la oportunidad de salvar a su hijo pero no la oportunidad de salvarlo a él ¿cuál es la diferencia?

—La diferencia es que salvar al hijo que esperabas es algo que depende de ti, salvarlo a él es imposible porque su muerte no fue una decisión tuya.

—Tampoco la pérdida del bebé fue una decisión mía, yo ignoraba que esperaba un hijo, es injusto que el hijo pueda vivir y el padre no.

Poe e Iris se levantaron del asiento que ocupaban dando por terminada la conversación.

—Sabemos que debes estar abrumada con toda esta información. Te dejamos tranquila para que puedas pensar las cosas. Eres libre de decidir tu vida, Reyes Alonso, puedes volver a ese momento y cambiar las cosas o puedes decidir seguir adelante tal y como vives ahora. Solo tú puedes valorar los hechos y decidirlos. Hagas lo que hagas estará bien hecho, aquí nadie te juzga, solo se te da la oportunidad de ver tu vida desde varias perspectivas. Mientras tanto pasea y busca a tus otras gotas astrales, aparte de ti hay una niña y una anciana.

Los dos jóvenes desaparecieron tras una cortina de doseles de hiedra que daba al camino que había visto la noche antes.

Reyes se quedó en silencio, con las manos sobre la cara y ocultando su rostro.

Gotas astrales, Amanda Andrade, Hugo Hernán, una anciana, una niña y la posibilidad de salvar al hijo que concibió veinte años atrás y que perdió por ignorancia...si al menos la gota astral de su novio fuera igual que él, si pudiera hacerse notar por él, decirle lo que estaba pasando...

Él había intuido su presencia, los dos jóvenes lo habían dicho, y habían añadido que les preocupaba ese hecho. ¿Acaso era posible que la pudiera ver en algún momento? Se suponía que no, según ellos mismos habían contado, entonces ¿por qué sintió su mirada cuando ella observaba con los ojos como platos mientras hacían el amor?

Tal vez no estuviera todo perdido y pudiera salvarlos a ambos. Incluso si no podía estar con él haría cualquier cosa que fuera necesario para salvarlo. ¿Cuándo se había comportado ella en su vida como los demás esperaban?

Sonriendo traspaso la cortina de hiedra y salió a buscar a su niña y a su anciana.



## CAPITULO XIII

Amanda se movía inquieta sobre la mesa en la que el artista se inclinaba para examinar la zona de piel donde iba a pintarle unos labios con una rosa entre ellos.

La falta de pudor que mostraba Hugo ante la intimidad de ella totalmente expuesta ante su tatuador la sorprendía. Una cosa era la hermosa rosa que había tatuado en su hombro y otra muy distinta el dibujo que pondría sobre su pubis.

Mientras sentía la quemante aguja sobre su piel, Hugo la acariciaba y la animaba como si de un parto se tratara.

Al fondo del salón Reyes Alonso, invisible para los ojos presentes, observaba la escena mirando y remirando a Hugo, la gota astral de su novio. Tenía un cierto aire, cierto, pero no era él, en cambio, Amanda era una perfecta falsificación de sí misma.

Cuando la chica se levantó dolorida de la camilla y Hugo besó su pubis sin el menor pudor delante del amigo que la había tatuado, Reyes se enterneció. No comprendía a este Hugo que era mucho más posesivo de lo que lo fue su novio pero podía sentir dentro de ella el amor absoluto que le profesaba a Amanda. Se sintió reconfortada por ese amor y recordó cuando fue la última vez en su vida que se sintió plena y completa al lado de un hombre.

La magia que desprendían era tal que decidió seguirlos por el camino. Su cuerpo en la ciudad de las gotas astrales vagaba en ese momento en busca de la niña que fue y la anciana que sería, así que no había ningún problema en darse una vuelta por ahí abajo para ver como representaban su vida otras versiones de sí misma.

Durante la deliciosa arboleda que atravesaron haciendo crujir bajos sus pies las hojas secas de un otoño que se marchaba, Hugo prodigaba caricias a la muchacha que sonreía llena de dulzura. Reyes se dio cuenta de quién era él en el momento en que sus labios se posaron sobre la frente de Amanda mientras que con una de sus manos sujetaba con delicadeza la cabeza de la chica. ¡Era él! Era su gesto, era la forma en que él le decía que la amaba tiernamente aunque cuando sus cuerpos estuvieran desnudos la pasión los arrasara.

El cielo pareció oscurecerse cuando pararon en una vivienda distinta del lugar donde Reyes tenía ubicado el domicilio de los jóvenes.

Algo le advertía que aquello no era bueno, un temblor agitaba su cuerpo mientras ascendía por el ascensor a su lado e invisible.

Amanda y Hugo abrieron la puerta de aquella casa con las llaves que el joven se sacó del bolsillo del pantalón. Entraron por un largo y coqueto pasillo delicadamente decorado en motivos de color crema y entraron en un salón donde una señora de unos cincuenta y pocos años los recibió sonrientes:

—Chicos, que alegría veros por aquí.

—¿No está papá? —preguntó Hugo.

—Sí —dijo una voz grave —estoy aquí, hijo, iba a ir a veros esta misma tarde, quería disculparme con vosotros por lo del otro día, fue una impertinencia por mi parte, especialmente hacia ti, Amanda, te ruego que me perdones.

Reyes sintió un dolor sordo en el estómago como si alguien le hubiera dado un puñetazo. ¿Qué clase de broma macabra era aquella? ¡El padre de la gota astral de su novio era Roberto Hernán!

Hugo permaneció en silencio mirando a Amanda. La joven se enfrentó a la mirada del padre de Hugo que siempre, por algún extraño motivo, la desconcertaba.

—No pasa nada —dijo ella —fue una broma mal entendida ¿verdad, Hugo?

Hugo la miró por unos instantes. Reyes supo que se estaba sintiendo traicionado pero aún así cedió.

—Sí, así es, todo está bien.

Tomaron asiento. A Reyes le costaba respirar. Volvió la vista a sus recuerdos... ¿Había conocido ella veinte años atrás a los padres de su Hugo? Estaba segura de que no, apenas llevaban ocho meses saliendo cuando él murió. ¿Qué hacía entonces Roberto metido en aquello?

Hugo declaró lleno de júbilo:

—Amanda tiene un recuerdo imborrable por su cumpleaños.

Una jovencita llevo corriendo al salón. ¿Había tenido su Hugo alguna hermana?

—¿Te hiciste el tatuaje? Déjame verlo.

Amanda sonrió dulcemente y se bajó la tela blanca de algodón que cubría su hombro.

—Me encanta, me encanta, me encanta —repitió la chiquilla— ¿me dejarás hacerme una rosa en el hombro, mamá?

La madre no sonrió, no podía escucharla porque estaba totalmente absorta en la mirada que su marido tenía clavada en la novia de su hijo. Amanda no sabía cómo debía comportarse y se sintió atrapada por aquellos ojos llenos de preguntas. Hugo también los miraba. Era como si el mundo se hubiera detenido en una conversación silenciosa que solo podían entender ellos dos. Durante segundos que se hicieron eternos Amanda y Roberto se miraron con extraña fijeza.

Reyes encajó las piezas con asombrosa rapidez. Roberto tenía que ver en Amanda el reflejo de ella, no se podía negar que eran idénticas, y esa rosa que la muchacha exhibía en el hombro era la prueba de que eran la misma persona.

Aturdida intentó pensar qué podía hacer para detener aquel cruce de miradas que tanto Olga Hernán como Hugo observaban llenos de recelo. Justo cuando había decidido que arrojaría al suelo algún objeto entró White en el salón. El animal empezó a dar saltos de alegría al verla. Ella lo acarició sabiendo que las posturas del perro llamarían la atención de los presentes.

—Oh White, ¿qué puedo hacer para que tu amo confirme sus sospechas?

El animal la miró como si la hubiera entendido y salió del salón llevándola hasta el dormitorio que Roberto Hernán compartió con su esposa y ladró con ferocidad al cajón de una mesita.

Cuando Roberto Hernán entró en la habitación Reyes contuvo la respiración. Se acercó al perro y lo acarició tranquilizándolo. Miró pensativo el cajón. Él sabía lo que había dentro de él. Lo abrió y sacó la cajita rojo cereza donde estaba guardada la esmeralda de Reyes Alonso. Mirando a su alrededor dijo:

—Está bien, me rindo.

Echó la cadenita de platino en el bolsillo de su pantalón, regresó al salón y dijo:

—Voy a sacar a White. Está muy nervioso.

Dirigió sus pasos a la dirección que encabezaba la tarjeta de presentación de los dos jóvenes que lo habían abordado en el “Oliver”.

Reyes no lo siguió. Era irónico pensar que en su realidad hubiera hecho cualquier cosa por no perder a Roberto Hernán y ahora que tenía la posibilidad de seguirlo sin que se diera cuenta renunciaba a ello por algo que su alma ya había señalado como mucho más importante; Hugo.

Se quedó perdida en aquel dormitorio tratando de ordenar sus pensamientos. Hugo era hijo de Roberto Hernán. ¿Cómo la vida la había llevado a aquella situación? ¿Quién había decidido jugar con ella de esa manera?

Era inhumano volver a revivirlo todo. Necesitaba una prueba de que aquella conclusión era real, en algún lugar de la casa debía haber algo que evidenciara al auténtico Hugo. Su gota astral era muy parecida pero no exacta, por eso ella no lo había reconocido a primera vista. Aquel vikingo de la ciudad de las gotas astrales le había explicado que solo se podía hacer una gota astral perfecta cuando se trataba de desapariciones pero no cuando se trataba de muertes.

Reyes buscó el bolso de Olga Hernán. Todas las madres llevaban fotos de sus hijos en sus carteras. Cogió el bolso negro de piel que colgaba en el perchero de la entrada, sacó con las manos temblorosas la cartera de su interior y rebuscó en cada uno de sus bolsillos.

¡Hugo! Fotografías de Hugo de niño, fotografías de Hugo de adolescente, fotografías de Hugo con la edad que tenía cuando ella lo conoció.

Cayó al suelo arrodillada mientras sujetaba aquellas fotos contra su pecho.

Detrás de ella escuchó un grito de sorpresa, sintió unos pasos que se acercaban a ella, una mano bajó su mentón que levantó lentamente su cabeza.

Reyes se encontró mirando de lleno los ojos de Hugo llenos de sorpresa.

—¿Dios mío! —Dijo en un susurro mientras miraba las facciones de ella idénticas a las de su chica— ¿Quién eres y que haces aquí?

¿La veía? Reyes se levantó del suelo y lo miró de frente. Era la oportunidad perfecta para decirle que no debía conducir más en su vida si quería conservarla.

—Soy Reyes...bueno, para ti soy Amanda —vio como él entornó los ojos confundido —Hugo, por favor, no cojas el coche el 22 de diciembre.

—¿Cómo? ¿Quién es usted, qué hace en mi casa? —Miró las fotos que ella apretaba contra su pecho— ¿por qué tiene fotos mías?

Se escuchó una voz igual a la de ella procedente del salón.

—Hugo, mi amor, ¿qué haces?

—Ve con ella —le dijo Reyes —y recuérdalo, no debes conducir el día 22 de diciembre.

Los pasos de Amanda se acercaban desde el salón. Hugo quería saber quién era ella, quería preguntarle porqué se parecía tanto a su novia, cómo había entrado en aquella casa y porqué estaba llorando, pero Amanda llegaba y él no iba a permitir que corriera ningún peligro.

Sus corazones latían fuertemente mientras se miraban. Cuando Amanda estaba a punto de llegar al pasillo Hugo la abrazó impidiéndole ver a Reyes.

—Salí a ver si alcanzaba a mi padre, mi amor, pero ya se fue, vamos con mi madre y mi hermana.

Amanda enterró la cabeza en el pecho de él como tantas veces había hecho en el pasado Reyes Alonso con su novio. Aquel pecho enorme de hombre siempre pareció el mejor lugar para vivir.

Cuando Hugo giró su cabeza Reyes ya había desaparecido.

## CAPÍTULO XIV

Roberto Hernán apuraba sus pasos mientras maldecía la finísima lluvia que había empezado a humedecer el asfalto. Eran solo las siete de la tarde, hora más que buena para visitar a alguien, sin embargo, las aceras estaban vacías y las pocas personas que estaban en la calle aquel día de primeros de diciembre se refugiaban del frío en los cafés.

Recordó cuanto le gustaban a Reyes las cafeterías, las veces en que le había contado cuanto disfrutaba paseando en las primeras horas de la mañana por la avenida Arregui con los olores a cafés humeantes y bollos suizos, los ruidos y tintineos de las cucharillas en las tazas, el parloteo intermitente cada vez que se abría la puerta porque alguien salía a fumar...

Había amado a aquella mujer que parecía disfrutar de cada pequeño detalle que componía la cotidianidad y había aprendido a apreciar cosas que durante toda su vida le habían pasado desapercibidas; los ruidos de la naturaleza, el viento silbando a través de los árboles, las lluvias rabiosas cuando nada las presagiaba, el mar en todos sus estados, calmo, rabioso o inquieto, las sombras que la luz del sol proyectaba al chocar con cualquier elemento que compusiera el paisaje... había descubierto tantas cosas en el día a día que se había sentido profundamente atraído por ella y no solo por la belleza madura que poseía, sino también por el rico mundo interior que albergaba.

No tenía más remedio que tratar de buscarla si seguía viva en algún lugar. Su cuerpo no había aparecido y la investigación que se abrió no arrojaba ninguna luz. Ahora, de forma inquietante, cuando ya se había acostumbrado a pensar que nunca más volvería, la tenía más presente que nunca.

Miró a White que parecía extrañamente tranquilo cuando el carácter normal del animal era descontrolado y nervioso, se llevó las manos al bolsillo del pantalón y tocó con los dedos la cadena que engarzaba la esmeralda. Dos veces aquella esmeralda había aparecido prendida en la correa de su perro. La primera vez pensó que se la había puesto Reyes y que era su forma de decirle que estaba bien aunque prefería que la olvidara para siempre. Con esa conclusión había dado por hecho que seguía viva, pero cuando la segunda vez la cadena pasó del cuello de su esposa a la correa de su perro tras el sueño de Olga donde una mujer se la robaba, empezó a inquietarse. Era todo demasiado extraño...aquella chica idéntica a Reyes, su tatuaje en el hombro, la cadena sobre el animal y su forma de ladrar hacia lugares que parecían vacíos para luego comportarse como si alguien lo estuviera acariciando...todo aquello acababa con su racionalidad, y se confesó a sí mismo que desde que había empezado todo aquello la había exprimido en cada situación y circunstancia.

Sacó el móvil del bolsillo para llamar a la joven pareja que conoció en el Oliver. Parecían sorprendidos con su visita pero aún así lo recibieron con una taza de café caliente y una sonrisa.

El gato de ojos azules, Shopenhauer, lo reconoció, ronroneó y arqueó su cuerpo para frotarse contra sus piernas.

—Ya veo que os habéis ocupado de él- dijo mientras lo acariciaba.

—Lo tenemos hace apenas unos días, estaba en el apartamento de Reyes.

—¿Quién se estaba ocupando de él?

Iris y su novio se miraron meditando la respuesta. Poe asintió con la cabeza como si autorizara a la joven a contarle:

—Que sepamos no se estaba ocupando de él nadie, ni de él, ni de sus plantas ni rosas.

—Seguramente algún vecino...

—No, ningún vecino, señor Hernán, nadie ha pisado ese apartamento desde hace ocho meses salvo mi novio y yo el otro día, allí nos encontramos a Shopenhauer en perfecto estado como puede ver.

—Pero eso no es posible, alguien ha debido de ocuparse de estos detalles.

Se hizo un silencio alrededor de ellos. Roberto entendió que también ellos guardaban información poco racional y, sin duda, esperaban alguna pista de su parte para poder comentar los hechos.

—Roberto— dijo Poe tomando la palabra —estamos seguros de que está aquí por algo importante, de que ha venido porque quiere decirnos algo que pueda ayudarnos y si lo que tiene que decirnos es parecido a lo que nosotros sospechamos entendemos su prudencia, pero si todos somos tan prudentes no llegaremos a ninguna parte, de manera que voy a ser claro en mi pregunta, ¿ha vivido usted algún suceso paranormal en los últimos tiempos?

Roberto sintió el temblor de su cuerpo e intentó que pasara desapercibido. Tenía miedo a que lo tomaran por un demente, sin embargo, se recordó a sí mismo que había acudido allí para eso, para contar todos aquellos sucesos tan extraños. Además, los dos jóvenes le habían preguntado directamente y éso quería decir que ellos también habían vivido algún suceso ilógico, prácticamente se lo habían dicho ya con la historia de que el gato estaba bien cuidado sin que nadie se hubiera ocupado de él.

Dejando atrás sus recelos contó la historia de la esmeralda observando los gestos de la joven pareja. No había en ellos ningún indicio de burla ni de incredulidad. Al contrario, prestaban la máxima atención a cada una de sus palabras. Por ese motivo se animó a hablar de Amanda Andrade.

—¿Podríamos conocerla? —Preguntó Iris después de escuchar como Roberto Hernán estaba convencido de que eran la misma persona.

—No se me ocurre cómo —respondió Roberto —yo no podría presentársela porque mi hijo no lo vería con buenos ojos. Lo único que puedo decirles para que traten de iniciar un contacto es que suelen desayunar juntos en el Oliver.

—¿Podría darme la esmeralda de Reyes? Tal vez, Amanda Andrade reaccione de alguna manera en que pueda ayudarnos.

Roberto sacó la esmeralda del bolsillo, entrecerró los ojos y la acarició con sus dedos, después se la entregó a Iris.

—Necesito saber qué es lo que está pasando. Yo nunca he creído en este tipo de cosas pero he llegado a pensar que Reyes es un fantasma y quiere decirnos algo.

—No es un fantasma —dijo Poe —he leído mucho acerca de todo ésto desde que fuimos a su apartamento y volví aterrado. Para que haya un fantasma debe haber una persona muerta, y hasta que se encuentre un cadáver no podemos decir que es un fantasma. ¿Ha oído usted hablar de las regresiones en el tiempo?

—No, no tengo ni idea de todas estas cosas. Para mí eran solo historias de fantasía hasta que apareció Amanda Andrade en mi casa.

—La regresión en el tiempo es una alteración del estado de la conciencia, podemos creer que

estamos viviendo algo que realmente no está sucediendo pero alguien nos indujo a través de técnicas de hipnosis a vivir una situación determinada. Si dejamos de lado la teoría de que Reyes Alonso sea un fantasma, ésta es la explicación más racional que se me ocurre.

Iris le miró con la boca abierta y las cejas alzadas. No tenía ni idea de que su novio estaba indagando en el tema. En realidad, hasta ese mismo momento había pensado que Poe se tomaba a risa todo aquello.

—¿Quiere decir que Reyes no está desaparecida sino hipnotizada? —Preguntó Roberto con incredulidad.

—Es posible —le respondió —pero me inclino más bien a pensar que todos estamos formando parte de este juego, tanto ella como nosotros. Los hechos que están ocurriendo solo se hacen posibles en dos realidades paralelas, y la única explicación para éso es la teoría de la regresión en el tiempo. Señor Hernán, algo de lo que está ocurriendo en nuestras vidas no es real y lo estamos sintiendo como tal.

Roberto trataba de asimilar aquella información entre el temor y la incredulidad.

—No entiendo qué es lo que quiere decir.

Poe sintió los ojos de su novia y los de Roberto Hernán clavados en él.

—Lo que quiero decir es que creo que Amanda Andrade no es real.- Hizo una pausa y miró las caras de Roberto e Iris. —Os lo diré de otra manera para que lo comprendáis, Amanda Andrade es una especie de holografía de Reyes Alonso, no existe, solo es la representación de Reyes en algún periodo de su vida.

—De ser así ¿quieres decir que mi hijo está enamorado de una mujer que no es real, que se puede evaporar en cualquier momento?

—No lo sé, Roberto, yo solo trato de explicar racionalmente lo inexplicable.

—Es totalmente absurdo. —Respondió irritado —Esto no puede ser cierto. Amanda Andrade debe ser hija, sobrina o prima de Reyes y por eso se parecen tanto.

—¿Y por éso llevan también los mismos tatuajes, por eso tienen la misma voz, por eso la esmeralda de Reyes aparece continuamente en la correa de tu perro, por eso las plantas y el gato de se cuidan a sí mismas solas? Roberto, en lugar de tomarnos por unos lunáticos deberíamos indagar más sobre lo que esto significa. Si lo que he leído es cierto, esta clase de cosas suceden para que alguien cambie su vida. Usted conoció íntimamente a Reyes ¿hay algo en su vida que ella hubiera deseado cambiar?

Roberto se levantó y comenzó a dar vueltas por el pequeño salón. No recordaba nada al respecto, Reyes siempre pareció una mujer feliz y satisfecha con su vida.

—Poe —dijo Iris —dando por válida la teoría qué es lo que podríamos hacer para salir de esa regresión y volver a ver nuestra realidad tal cual es.

Roberto detuvo sus pasos y miró a Poe para escuchar la respuesta. En el fondo tenía que reconocer que la explicación del muchacho era lo más racional dentro de la irracionalidad de todo aquello.

—Lo primero que yo haría sería tratar de acercar a Amanda Andrade a la realidad de Reyes Alonso.

—¿Quiere decir que Amanda Andrade no es consciente de lo que está ocurriendo? —Preguntó Roberto.

—Así es. Ella es completamente inocente, se comporta, piensa y siente como si fuera real porque ella cree que es real, no sabe nada de Reyes Alonso ni de todas las cosas que están ocurriendo. Recuerden que es una representación de Reyes en esa edad, por lo que deduzco que

debe haber algo muy importante que sucedió en su vida cuando era una jovencita.

Roberto recordó todas las miradas. Amanda Andrade parecía tan desconcertada como él cada vez que sus ojos se cruzaban.

—Iris, devuelve la esmeralda a Roberto, él es el que debe dársela.

—No puedo hacer eso, despertaría suspicacias en mi hijo y en mi esposa.

Poe lo miró con dureza.

—Señor Hernán, está claro que no podremos solucionar este malentendido sin su colaboración, si no está dispuesto a ayudar díganoslo ahora para que podamos buscar otras soluciones y no nos haga perder el tiempo. Usted debería ser el primer interesado, recuerde que su hijo está enamorado de alguien que no existe en realidad.

Roberto se acercó a Iris y extendió la mano para recoger la gargantilla con la esmeralda.

—Se la daré —dijo —pero háganme el favor de estar disponibles en todo momento, se lo digo porque teniendo en cuenta que todos estamos hipnotizados ya no me sorprendería nada que ustedes también desaparecieran.

Roberto salió de aquella casa sin saber si todo lo que le habían dicho era verdad o solo el producto de una amarga pesadilla.

Mientras la punta de su paraguas golpeando en cada uno de sus pasos el asfalto levantaba diminutas gotas de agua en cada charco, se sorprendió a sí mismo sonriendo al recordar a Reyes Alonso... ¡Cuánto le gustaba a ella la lluvia!

## CAPÍTULO XV

Reyes pisaba con furia la crujiente hierba bajo sus pies.

¿Dónde estaban aquellos dos desgraciados? Iba a tener que explicarles que la broma se había terminado. Quería su vida, la quería tal y como había transcurrido. Si había ocurrido así era porque así debía ser, y mejor o peor, con mayor o menor soledad, con más o menos alegría, ésa era su vida y no renunciaba a ella.

Incluso había estado dispuesta a aceptar que salvaría a su bebé aunque no fuera posible hacer lo mismo con el padre, pero cuando se dio cuenta que Hugo era hijo de Roberto Hernán le pareció una crueldad.

Ahora iban a tener que verse las caras, le daba igual lo que pensarán de ella. No salvaría al niño a costa de Hugo y del dolor de un padre que vería a su hijo muerto. Nadie era quién para juzgarla a ella, ya se había juzgado demasiado a sí misma en aquellos años en los que jamás pudo olvidar que había condenado a una criatura por una temeridad.

¿Había ella querido acabar con su vida veinte años atrás? Sí, definitivamente sí, pero no a costa de su bebé cuya existencia desconocía.

—¿Qué clase de broma macabra es ésta? —Gritó dando un violento manotazo al vikingo que acompañaba a su amiga Iris.

—Tranquilízate, por favor.

—Tranquilízate una mierda —gritó dando otro manotazo que el vikingo esquivó— ¿quién cojones os creéis que sois para jugar así con la vida de una persona? ¡Hugo, o mejor dicho, la copia de Hugo, es hijo de Roberto Hernán, mi amante!

—Considérate afortunada de haber gozado al padre y al hijo —respondió Iris.

Reyes alzó su mano y la dejó caer dando una sonora bofetada a Iris.

—¿Te ha dolido? —Preguntó con ironía —Disculpa, como eres una puta gota astral pensé que no te dolería. —Se volvió de nuevo hacia el vikingo de Iris. —¡Me vais a devolver mi vida ahora mismo!

—¿No quieres salvar a tu hijo? —Preguntó Iris con la mano sobre la mejilla que Reyes había abofeteado. —Has llorado toda tu vida por ese hijo y ahora puedes cambiar las cosas.

—¡He llorado toda mi vida por Hugo y no me dejáis salvarlo!

—No podemos cambiar el pasado, Reyes, entiéndelo.

—Muy bien, entonces devolvedme mi vida.

—¿Es tu última palabra? —Preguntó Iris.

—Sí, lo es.

Iris miró a Poe. Él asintió con la cabeza.

—Bien, entonces debes saber que los hechos serán tal y como los has vivido toda tu vida. Hugo morirá, Roberto Hernán y su esposa vivirán su muerte con el mismo dolor que entonces y no existirá ningún niño para consolar su pérdida. ¿Estás de acuerdo con todo?

—Totalmente —respondió Reyes jurándose a sí misma que no se dejaría manipular.

—Muy bien, déjanos pensar entonces como arreglamos el entuerto que has organizado porque,



querida, por si no te has parado a pensarlo, Hugo te ha visto. —Reyes cruzó los brazos sobre su pecho al oír aquellas palabras. —Y no solo te ha visto —siguió diciendo Poe —además ha hablado contigo y le has advertido de la fecha de su muerte.

—No es verdad, no le dije nada de la fecha de su muerte, solo le advertí de que no condujera el veintidós de diciembre.

—Pues éso no se puede hacer.

—Pues me importa una mierda lo que se pueda o no se pueda hacer. Yo no pedí venir aquí.

—Es posible que te importe muy poco pero se supone que debes pasa inadvertida mientras los observas.

Reyes entornó los ojos y los miró acusadoramente.

—No, pero esto es flipante. —Empezó a reírse histéricamente. —Queréis que influya sobre mi copia para que no atente contra su vida ¿y cómo se supone que iba a hacer éso si en ningún momento me hago presente?

—Te lo explicamos en su momento. Si hubieras decidido cambiar los hechos hubieras regresado a tu vida en ese momento y el solo hecho de decidirlo hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. Sólo se trataba de éso pero tú lo alteraste todo desde el primer momento poniendo esa esmeralda sobre el animal que pasea tu amante, moviendo las tazas de café de Iris, y lo último ya fue demasiado para pasarlo por alto, haciéndote visible para una persona que está destinada a morir.

—Nadie me dijo que no pudiera hacer esas cosas, y por cierto, tampoco nadie me ha contado quién decidió traerme aquí.

—Nosotros decidimos traerte. —Contestaron con un gesto serio, tal vez demasiado serio.

—¿Y quién os dio permiso?

Iris y Poe cruzaron los brazos sobre el pecho y no respondieron.

—¿Nadie va a decírmelo? —Insistió Reyes —Pues entonces no voy a seguir vuestras reglas, o me devolvéis mi vida o voy ahí abajo a tirar tazas, mover objetos y hacerme visible. Mira por donde al primero que pienso visitar es a Hugo.

—Amanda, hay un motivo para todo esto. Si tan solo pudieras confiar en mí —pidió Iris.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Alzó las cejas esperando una respuesta que no llegó. —Muy bien, entonces me voy abajo a hacer de las mías.

Reyes se alejó de ellos a paso rápido dirigiéndose a la arboleda rodeada de hiedra por la que había visto desaparecer días antes a todas aquellas personas.

Apenas entró a través del camino sintió como azotaban su espalda. Eran impactos ligeros como si le dieran con una cuerda fina y húmeda. Cuando se giró comprobó horrorizada que eran los doseles de las ramas de hiedra las que propinaban latigazos a su espalda.

Miró los árboles con los ojos desorbitados. Parecían como si todos ellos hubieran cobrado vida y agitaran las ramas en su contra. Una finísima rama de hiedra impactó en su rostro cortando su mejilla. Gimió mientras sentía la sangre tibia recorrer su cara.

Se giró para seguir avanzando e intentó correr pero las ramas aprisionaron sus pies haciéndola caer. Comenzó a sentir pánico cuando notó que las hojas tiraban de ellas como si fueran manos arrastrándola por el suelo.

—Socorro...- gritó —socorro... que alguien me ayude.

Súbitamente unas manos sostuvieron sus hombros con firmeza. Cuando levantó el rostro del suelo vio a una anciana de ojos verdes. La pobre mujer tiraba de ella pero no tenía la fuerza suficiente para liberarla.

—Tienes que volver a la ciudad, Reyes —dijo la anciana con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Ya estoy aquí —sonó una voz infantil —no os preocupéis, cortaré las ramas.

Una preciosa niña de unos ocho años de edad sacó un cuchillo y cortó cada una de las ramas que encadenaban sus pies. Cada vez que el fino cuchillo conseguía cortar una rama, el árbol del que procedía emitía un sonido semejante a un gemido.

Cuando las habían cortado todas, la anciana y la niña tiraron con fuerza de su cuerpo apartándola de los árboles.

Reyes se sentó sobre la tierra húmeda con la cabeza entre las manos. Sintió una mano acariciando su cabello.

—Sosíégate, no te va a ocurrir nada malo.

Levantó la vista y miró a la anciana.

—¿Quién es usted?

—Soy tú dentro de muchos años.

Reyes se llevó las manos al pecho. No, aquello no podía estar pasando. Era todo completamente absurdo, seguro que estaba en una pesadilla y en algún momento iba a despertar.

—Debes volver a la ciudad de las gotas astrales y preguntar a los guardianes porqué estás aquí.

Volvió a mirarla ¿Era ella? Alargó sus manos y tocó su cara. Los ojos se perdían entre las arrugas pero los reconocía. La mujer se dejó hacer mientras Reyes tocaba su nariz, sus pómulos, sus labios y su barbilla.

—Te aseguro que todo aquello con lo que sueñas es posible si lo deseas. Vuelve a la ciudad y salva a Hugo y a tu hija.

—¿Mi hija? —Preguntó con voz temblorosa— ¿Era una niña?

La anciana asintió con la cabeza. Reyes miró entonces a la chiquilla que había recortado las ramas con el cuchillo.

—¿Es ella?

—No, ella eres tu cuando vivías tu infancia, mira qué bonita eras.

Reyes se acercó a la criatura y tocó sus cabellos largos y rubios. La niña sonreía dulcemente.

—Tu te mirabas al espejo y te sentías torpe y fea, sin embargo, eras una belleza. Eso quiere decir que las cosas no son siempre como las percibimos.

Reyes se echó a reír cuando la niña la abrazó en un impulso. Ella recibió el abrazo y acarició su espalda. Se recordaba a sí misma así, fresca y espontánea, cariñosa e impulsiva, y sin embargo, que pocos abrazos había recibido en su infancia.

Se sentó en el suelo y puso a las niñas sobre sus piernas. La anciana la imitó y se sentó junto a ellas.

—¿No tuvimos la mejor infancia, verdad?

Reyes sonrió con tristeza mientras deslizaba entre sus dedos los cabellos infantiles de la criatura.

—No, pero la superamos al llegar Hugo.

—Sí, es cierto —respondió la anciana —nos dio tanto amor...

—¿Aún lo recordaré cuando tenga tu edad? —Preguntó Reyes con el corazón encogido.

—Si decides ser Reyes Alonso lo recordarás siempre.

—¿Y si decido ser Amanda Andrade?

Sus ojos y los de la anciana se mantuvieron fijos los unos en los otros durante largos segundos.

La sensación tibia de complicidad que hasta ese momento había estado sintiendo se quebró al endurecer la anciana su rostro.

—No puedo darte esa información, Reyes, lo siento. Es mucho lo que nos jugamos y ya hemos cometido demasiadas imprudencias. Debes volver a la ciudad de las gotas astrales y hablar con Iris y Poe.

—No me escucharán, no me dirán nada, ya lo he intentado y no me ha servido de nada. No aceptaré ser Amanda si no puedo salvar a Hugo, no aceptaré que ...

—Escúchame —la interrumpió la anciana —me llamo Amanda Andrade, esto debería darte una pista de dónde estás parada. Estás aquí porque alguien ha querido darte una segunda oportunidad. Debes encontrar a esa persona y preguntarle porqué te trajo. Yo no puedo decirte más.

La información daba vueltas en su cabeza. Si aquella mujer era ella misma y se llamaba Amanda solo podía significar que ella volvía abajo a salvar a su hija.

Aquella certeza se selló a fuego en su corazón.

—Dime si podré salvar a Hugo.

La anciana ya se había levantado dando por terminada la conversación.

—Por favor, dímelo, aceptaré lo que sea, pero dímelo...te lo ruego.

La niña saltó de los brazos de Reyes y se colocó junto a la anciana.

—Desanda tu camino y regresa a la ciudad. No temas, las ramas no te harán daño esta vez, en realidad, lo único que intentan es salvarte la vida.

No pudo hacer nada para detenerlas a pesar de que las llamó varias veces por su nombre mientras se iban.

Las dos Amandas, anciana y niña, no se volvieron a mirarla ni escucharon sus ruegos.

Se hincó de rodillas sobre aquella tierra mojada mientras suplicaba llorando:

—Por favor...por favor...decídmelo...decidme si podré salvarlo.

Debieron pasar horas hasta que levantó otra vez el rostro del suelo donde había caído exhausta de llorar.

Se puso en pie, pasó sus manos sobre las mejillas tratando de borrar las huellas de sus lágrimas. Respiró hondo y volvió sobre sus pasos recordando las últimas palabras de la anciana “en realidad lo único que intentan es salvarte la vida”

Atravesó el dosel de ramas que la llevaría de nuevo a la ciudad comprobando con feliz sorpresa que, tal y como había asegurado la mujer, no le hacían daño.

Encontraría a esa persona, le preguntaría a su amiga Iris y ella tendría que ayudarla, salvaría a su hija, y nadie le iba a impedir que intentara salvar a Hugo.

## CAPITULO XVI

Amanda ronroneaba como una gatita mientras se acurrucaba en el regazo de Hugo. Procuró en el movimiento rozar con sus nalgas redondas y bien formadas la entrepierna de su chico. Él la abrazó y le dio un beso ligero en los labios mientras que con las manos retenía su cintura para que no lo provocara más.

Amanda se conformó durante un rato y lo dejó estar. Su chico llevaba un par de días más serio de lo habitual. Ella había pensado que se trataba del rencor hacia su padre, y de alguna manera, también hacia ella, porque no terminaba de perdonarle que no le hubiera dado el apoyo que él esperaba en lugar de quitarle importancia al asunto. Sin embargo, no se había preocupado mucho por esta actitud un tanto distante de su príncipe, de hecho en un primer momento hasta se había sentido aliviada de descansar de la fogsidad del hombre, pero aquella noche quería más de él. Ya habían pasado unos días desde el altercado y el castigo le estaba resultando excesivo. Echaba de menos el calor de su cuerpo y el roce de sus manos calientes sobre su piel.

Abrió la ducha y dejó caer el agua caliente sobre su cuerpo permitiéndose el placer de sentirse erizada mientras los hilos de agua recorrían sus pezones y su vientre hasta llegar a su pubis. Estaba muy excitada y quería que su hombre la colmara. ¿No le había dicho él en alguna ocasión “te voy a amar tanto que me vas a echar de tu casa por cansancio”? ¡Pues que cumpliera!

Un pensamiento amargo cruzó por su cabeza ...¿y si ya no le gustaba? ¿se le había pasado a Hugo el ardor?...Ella no entendía mucho de hombres pero recordó a aquella monja estirada del colegio donde se crió cuando les aconsejaba llena de convencimiento que guardaran su cuerpo de la lascivia masculina. Entonces se había reído e imitado a la severa religiosa en los dormitorios mientras se suponía que todas las chicas debían estar ya durmiendo pero ahora se preguntaba si la monja tenía razón. En aquellos tiempos de infancia y adolescencia en el hogar de huérfanas eran muchas las historias de hombres encantadores que cegaban con sus palabras a las jóvenes que creyendo ser amadas entregaban su cuerpo para ser más adelante abandonadas. ¿Era Hugo uno de esos hombres? Tal vez se había sentido atraído por su belleza y pensó que estaba enamorado y tras un tiempo de gozarla había despertado de su sueño de amor.

Trato de despojarse de los negros pensamientos y se obligó a sonreír mientras extendía una generosa capa de aquella crema con olor a rosas que tanto le gustaba a él. Empezó a canturrear mientras disfrutaba de la sensación y pensó que a Hugo le faltaban apenas segundos para entrar en el baño, tomarla en sus brazos y hacerle el amor en la ducha. Pero no entró. ..ni siquiera cuando ella empezó a sentir la frustración de su ausencia y sin darse cuenta canturreó aún más fuerte como si fuera el reclamo de una cigarra en verano para aparearse con su macho...

Salió del aseo desnuda, perfumada y con los pezones rojos por el roce de la toalla al secarse...nada...Hugo seguía mirando la televisión con expresión perdida.

Abrió la puerta de su vestidor y se puso un pantaloncito de seda blanca a juego con un delicado top que mostraba sus pechos a través de la tela de encaje transparente. Ahora se iba a enterar, si no resultaba con éso entonces sí tenía un problema real.

Volvió al sofá y se tumbó en el lado opuesto de Hugo. Arqueó todo lo que pudo su cintura para

darle una buena panorámica de su trasero...Hugo seguía fingiendo que miraba una película.

—¿Te importa que cambie de canal, amor? —Preguntó mientras se estiraba como una gata en celo poniendo su genital prácticamente en la cara de Hugo.

Un programa de corazón. ¡Toma ya! Si no le iba a hacer caso por lo menos que sufriera por su indiferencia. Mientras el presentador intentaba sonsacarle a la entrevistada el nombre de su última conquista sexual ella puso los pies sobre las piernas de Hugo, con el talón empezó a acariciar el miembro masculino. ¿Dónde estaba aquella dureza que siempre se encontraba?

No pudo evitar dejarse llevar por la irritación.

—¿Se puede saber qué te pasa? Parezco una furcia exhibiendo la carnaza y tú ni me miras.

Hugo la miró como si acabaran de despertarlo.

—¿Por qué me gritas, qué te hecho yo?

—Más bien pregunta qué no me has hecho —respondió ella cruzando como una niña los brazos sobre su pecho.

Hugo pareció volver a la realidad.

—Oh, mi niña bonita necesita amor y su macho ardoroso la está descuidando —dijo mientras con su mano arrastraba el cuerpo de Amanda hacia su regazo—. Vamos a darle a mi chica lo que tanto demanda.

Apartó con delicadeza el cabello de Amanda y empezó a besar su cuello. Ella gimió.

—Dime, mi amor, ¿estás completamente segura de que no tienes ningún familiar?

Amanda abrió los ojos de golpe saliendo de su éxtasis. Puso las manos sobre el pecho de Hugo para separarlo de su cuerpo y preguntó:

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Pues una pregunta como otra cualquiera, princesa, ven aquí. —La cogió con suavidad de la nuca para acercar su boca y besarla.

—No, una pregunta como otra cualquiera, no, no se parece en nada a “¿te gustaría que te comiera entera, amor?”

—Yo nunca te he dicho esa ordinariez —dijo Hugo mientras se reía y seguía besando su cuello.

—No es una ordinariez, es excitante y caliente y me gusta cuando me dices esas cosas, no cuando me preguntas sobre mi familia, Hugo, quiero saber qué te pasa.

—Nada, mi amor... — las manos de él llegaron hasta los pechos de Amanda.

—Por favor, para —dijo ella irritada— ¿crees que porque sea más joven que tú no me doy cuenta que algo te pasa? Hugo, por favor, si no aguantas ni media hora a mi lado sin tocarme y llevas días que ni me miras... si ya no te gusto no tienes que fingir, me lo dices y se terminó, a ver si te crees que es el fin del mundo.

—Amanda, te estás poniendo muy desagradable ¿por qué quieres discutir? —Él había apartado las manos de ella.

—Porque no me quieres decir que te pasa, por eso.

—Ya te he dicho que no me pasa nada y no estoy fingiendo que me gustas, sabes muy bien que me vuelves loco. Tú quieres que te folle y yo quiero follarte ¿dónde está el problema?

—En que no me dices que te ocurre.

Hugo se levantó del sofá.

—Ya veo que no vamos a llegar a un entendimiento, va a ser mejor que me vaya.

Amanda se sintió tan dolida que quiso devolverle el golpe.

—Pues muy bien, vete si quieres, lo que tú no quieres darme lo puedo encontrar hoy mismo si quiero.

Hugo detuvo sus pasos en seco. Se giró para mirarla sorprendido.

—Eso es muy bajo, Amanda. —Susurró con tristeza.

Ella bajó la cabeza avergonzada. Hugo no se merecía que le dijera aquello ni siquiera si ya no le gustaba.

—Lo siento, amor, no quise decir eso, me duele que no me quieras contar qué ocurre y me duele que ahora te vayas, quise herirte con esa frase porque tu falta de confianza en mi me hace sentir lastimada, pero puedes irte tranquilo, no deseo estar con otro hombre que no seas tú.

Hugo no pudo resistirse a aquellas palabras, a su dulzura, a su honestidad incluso cuando se sentía herida. ¡Cómo amaba a aquella mujer tan joven, tan frágil y tan suya ¡

Se acercó a ella, levantó su mentón y dijo:

—No vuelvas a decirme algo así nunca más si no quieres verme loco de celos ¿vale? —ella asintió con la cabeza —ni siquiera aunque estés enfadada. —La besó con dulzura. —Pero tienes razón, debo confiar en ti como tú confías en mí, y es cierto que llevo unos días ausente porque hay algo que no dejar de rondar mi cabeza. Te he preguntado lo de tu familia porque vi a una mujer idéntica a ti...cuando digo idéntica quiero decir que era tan increíblemente parecida que hasta me asusté solo que ...parecías tu con veinte años más.

—¿Por eso me preguntaste si estaba completamente segura de no tener familia?— Amanda suspiró. —No lo sé, amor, la verdad es que nos decían a todas que nuestras familias habían muerto para que no les guardáramos rencor por habernos abandonado, supongo que la mayoría de nosotras sí la teníamos, pero ¿qué importancia puede tener éso para nosotros?

—Amanda, no me estás entendiendo...No te hablo de un encuentro fortuito, la mujer a la que vi me llamo por mi nombre y me dijo algo.

—¿Te llamó por tu nombre? —La voz de Amanda se agudizó por la sorpresa.

—Sí, y me dijo que no cogiera el coche el día veintidós de diciembre. ¿Tiene algún significado esa fecha para ti?

Amanda lo pensó.

—No, amor, ninguno. ¿Pero cómo es posible que supiera tu nombre? ¿Será alguien de mi familia que dio connigo y nos está espionando o algo así?

—No, amor, éso sería lo lógico si el contexto hubiera sido casual. —Hugo vio como su chica alzaba las cejas sin comprender. —La vi en el recibidor de casa, estaba arrodillada y llorando.

—Alguien debió abrirle la puerta.

—Lo único que se me ocurre es que mi padre la dejó abierta cuando decidió sacar al perro y ella merodeaba por ahí y decidió entrar, pero tenía fotos mías en las manos, fotos que apretaba contra su pecho mientras lloraba.

—Hugo, me estás dando miedo.

—Yo también lo sentí, Amanda, porque aquello no era normal, sabía mi nombre, tenía mis fotos, me dijo que no condujera el coche ese día, cuando llegaste tú, te abracé y cuando giré la cabeza ella ya no estaba.

—¡Joder, qué miedo, parece una aparición!

Mientras Hugo abrazaba a Amanda y ella colocaba la cabeza en su pecho aceptando con receptividad las caricias protectoras prodigadas, Roberto Hernán caminaba por las calles de San Expédito preguntándose cómo iba a justificar frente a su esposa que cediera la esmeralda a la novia de su hijo. Sin embargo, era algo que debía hacer, no había ninguna otra opción para salir de aquel atolladero, bueno, sí la había, también podía prescindir de hacer lo que le habían pedido aquellos dos jóvenes y dejar la fiesta en paz, pero algo en su interior deseaba que aquel lío se

aclarara.

El timbre de la puerta sonó provocando un gruñido de fastidio en Hugo.

Las caricias tranquilizadoras que había estado deslizándose sobre la piel de Amanda se habían empezado a convertir en otra cosa en cuanto la joven se estremeció bajo sus manos. Al sentir la redondez de sus nalgas en aquella postura sublime en que una mujer excitada arquea su espalda, había sentido endurecerse su miembro y ya estaba más que dispuesto para darle a su chica una sesión de sexo entregado, loco por momentos y suave a ratos, y a llenarla de frases dulces o calientes según desearan. Adoraba arrastrar aquel precioso cuerpo hasta su regazo y verla dormir en sus brazos, satisfecha, relajada y feliz.

La insatisfacción fue mayor cuando la voz de su padre sonó por el telefonillo.

—¡Joder, qué inoportuno!

Amanda se estaba poniendo la ropa a toda prisa. Roberto apretó los labios al ver las costuras del polo de su hijo al revés.

—Perdonad si llego en un momento inoportuno.

—Nada, estábamos debatiendo sobre el estado de la nación, tranquilo.

A Amanda se le escapó una risita aunque el tono de Hugo era malhumorado.

—He venido a hacerte un regalo por tu compromiso con Hugo —dijo Roberto mirando directamente a Amanda.

Hugo se giró con rapidez y frunció el ceño observando a su padre.

—Nosotros no estamos comprometidos aún —respondió Amanda que había interpretado la mirada oscura de Hugo como un rechazo al compromiso.

—Sí lo estamos —dijo él cogiéndola de la cintura y besando su frente— ¿No debería estar mamá contigo en tan solemne momento? —le preguntó con hostilidad a su padre.

No hubo tiempo para la respuesta de Roberto. Amanda ya miraba fascinada la joya prendida en la cadenita que colgaba de los dedos de Roberto. Tanto el padre como el hijo contemplaron con absoluto desconcierto la mirada perdida de la joven mientras alargaba su mano para recogerla. Roberto tragó saliva y la deslizó hasta el cuenco de la mano extendida. Ella cerró los ojos y aflojó la respiración. Sintió un cierto desorden a su alrededor.

—Amor ¿qué te pasa, estás bien?

—Quizás sea un desmayo.

Pero aquellas voces se fueron perdiendo en algún lugar difuso de su mente mientras otras sensaciones empezaron a formarse ocupando todo el espacio consciente de su mente.

Amanda Andrade, siendo totalmente consciente de que estaba en aquel salón con Roberto y Hugo Hernán, se vio a sí misma caminando por un sendero de hierba hasta llegar a una arboleda. Allí, dos enormes árboles custodiaban con sus doseles llenos de ramas y hojas infinitas la entrada de algún lugar.

Sintiendo un temblor nervioso por todo su cuerpo levantó las ramas y descubrió a una pareja haciendo el amor. Se acercó a ellos lentamente. Los escalofríos recorrían su espalda como si acabara de salir de una piscina de agua helada y la azotara la brisa.

El hombre le resultaba tremendamente familiar... ¡Era Roberto Hernán! ...Entonces miró a la mujer... se parecía mucho a ella... tal vez algo mayor pero inquietantemente parecida. Algo daba saltos en su pecho mientras sus caderas se mecían al ritmo frenético del amor... ¡La esmeralda! La mujer giró el rostro y la miró a los ojos.

Amanda gritó. En algún rincón de su mente sabía que debía abrir los ojos para volver al salón de su hogar.

Al despertar de su ensoñación se abrazó a Hugo con desesperación.

—La he visto, Hugo, he visto a la mujer de la que me hablaste.

—¿Qué mujer? —preguntó Roberto casi gritando ante la mirada preocupada de Hugo.

Amanda volteó la mirada y enfrentó los ojos de Roberto con temor.

—¡Y estaba con usted!

La esmeralda había caído al suelo y, sin que ninguno de los tres lo notara, centelleó.



## CAPÍTULO XVII

Como suele ocurrir cada día, en cada sitio y en cada persona, la vida y sus momentos corren rápidos o lentos según nuestras propias circunstancias, mientras que alguien vive un buen momento, otra persona, en algún lugar del mundo, tal vez cerca, quizás lejos, puede que viva su peor momento.

Roberto Hernán no pasó la mejor de sus noches. Intentaba dormir pero una y otra vez los sueños le despertaban...sueños extraños en los que veía a Reyes convertida en Amanda y a ésta haciendo el amor con su hijo...sueños en que aquella esmeralda engarzada en su cadena de platino brillaba en la oscuridad hasta fundirse en una luz que se transformaba en la cara de Amanda...

Tenía que ver a aquellos dos chicos, a Iris y a su novio, Poe, y contarles la reacción de la joven cuando recibió la esmeralda, puede que ellos tuvieran una explicación para aquel especie de trance que había vivido la joven. Recordó con amargura como su hijo le había pedido sin demasiada amabilidad que los dejara a solas, y como al marcharse había sentido aquella mirada tan fija de Amanda sobre él.

Sin embargo, a unas pocas calles en la misma ciudad amanecía un radiante día de noviembre en el apartamento de Iris. Había hecho el amor durante horas con su novio y se deleitaba recordando las caricias y las sensaciones mientras el aroma de aquel primer café se extendía por el apartamento abriendo sus fosas nasales y llenándolas de vida.

Poe había terminado de ducharse y se sentó a su lado dándole un beso en la mejilla.

—Vaya —dijo ella —muy diferente este besito a los de hace pocas horas.

Poe extendió su cara en una amplia sonrisa dejando que las delicias pasadas en la noche llenaran de luz sus ojos.

—Cada cosa a su tiempo, cosita.

Ella sonrió pero volvió a recuperar la compostura. Iris, hermosa en encantos, había aprendido a domar a los hombres y manejaba perfectamente los tiempos para conseguir dar en la justa medida en que recibía.

—Hoy iremos al mercado medieval —le dijo a su novio mostrando la mejor de sus sonrisas.

Él asintió. Ella sonrió satisfecha. Cualquier otra mujer después de hacer el amor con absoluta entrega a su hombre hubiera dicho “¿te apetece que vayamos al mercado medieval?”...Ella consideraba que hacer sugerencias a un hombre después de entregarse a él significaba entregarle el poder de decisión como si la mujer hubiese perdido su voluntad o la sacrificara para complacer a su pareja...Ella no. Iris jamás sugeriría a su novio lo que le gustaría hacer para que él decidiera si era una buena idea. Al contrario. Ella sería la que indicara los pasos a seguir dónde, cómo y cuando ella lo dijera. Que se enterara el hombre que estuviera con ella que gozar de su amor tenía un precio...el de hacerla feliz...las dulzuras tenía que hacerlas él y mostrarse agradecido de la noche de amor.

Media hora después caminaban bajo el tibio sol del último día de noviembre con el sabor del café todavía en los labios. Los preciosos puestos del mercadillo medieval se arremolinaban en las

aceras de las calles exponiendo artesanías, cerámicas, cuadros, libros, ropas, corsés, prendas de vestir medievales, abalorios típicos.

Iris siempre había sido una apasionada de otros tiempos. No importaba a que siglo la trasladara un objeto, ella disfrutaba enormemente de las imágenes que evocaba su imaginación. Poe siempre había entendido aquella fascinación y la llamaba “mi pequeña bruja” por aquellas divertidas intuiciones que sentía al mirar objetos de otros lugares y tiempos.

Iris fue feliz durante toda la mañana. Con eso le bastaba porque ella estaba convencida de que la felicidad no es eso que la gente imagina que siempre te acompaña, un estado permanente que nadie ni nada altera, la felicidad estaba en todos aquellos pequeños momentos que llenaban tu alma de algo, así ese algo fuera efímero, y la persona más felices eran las que llegaban a comprender que una vida son un montón de momentos juntos y que cuanto más instantes de aquellos pudieran coleccionar más feliz conseguiría ser.

Envuelta en las risas y arrumacos de su novio giró sus pasos para marcharse a casa cuando el destello de luz de uno de los puestos llamó su atención. Mientras Poe seguía hablando ella miró como aquella cadena colgada de un hilo de mimbre se movía mecida por la brisa. Se acercó al puesto y rozó la cadena y el colgante con la palma de su mano.

—Muy barato —dijo la señora de moño estirado y cabello negro —y te dará mucha suerte.

Iris fijó su atención en el burdo cristal de color verde que imitaba una esmeralda. Aquel cristalino tenía la misma forma que la esmeralda de su amiga Reyes. Miró a la vendedora a los ojos:

—¿Por qué me dará suerte?

La mujer, ya metida en años, acercó su rostro arrugado a la cara de Iris y entornando sus ojos oscuros dijo bajando la voz:

—Es una esfera cósmica. Puedes volver mentalmente a la época que desees y revivir cualquier momento feliz.

Poe, que se había colocado al lado de Iris, soltó una carcajada.

—Ríase usted si quiere —dijo la mujer —pero no hay una sola persona a quien se lo haya vendido cuya vida no haya cambiado.

Poe recuperó la compostura y volvió a mostrar seriedad. No era que creyera lo que la señora le estaba diciendo pero no quería que le cayera una maldición. Sólo entonces se dio cuenta que Iris lo miraba con fijeza.

—Mi amor, la piedra es idéntica a la esmeralda de Reyes.

Poe acercó sus ojos a la piedra de imitación para comprobarlo. Sí, era verdad, el diseño era el mismo, una imitación, claro estaba, pero no dejaba de ser curioso que hubiera algo tan parecido.

Poe miró a la señora que los observaba.

—¿Dice usted que es una esfera que influye en el tiempo?

La mujer asintió.

—¿Y cómo funciona?

—¿Lo van a comprar o no? —respondió ella malhumorada.

—Por supuesto. En realidad vamos a comprarle todos los colgantes que tenga si nos explica que es eso del tiempo.

A la señora se le agrandaron los diminutos ojos.

—Si se van a llevar todo les hago un buen precio. Se lo dejo todo por cien euros.

—¿Cien euros? Vaya por Dios, no llevamos tanto encima.

La mujer los miró de mal humor. Estaba claro que la treta no había funcionado. Seguramente dijo aquello para hacer su agosto a costa de las supersticiones ajenas. Tenía su gracia pero no a costa de su bolsillo.

Iris agarró a Poe del hombro con suavidad y susurró algo a su oído.

—Amor, si Roberto Hernán le dio la esmeralda original a Amanda Andrade, tal y como nos prometió, el colgante podría dar el pego para ayudarlo a justificarse. Comprémoslo y luego miraremos en internet que es eso de las esferas cósmicas.

Iris consiguió llegar a un acuerdo con la señora y se llevo únicamente la imitación de la esmeralda por muy poco dinero.

Algo más tarde comprobaron el diseño de la piedra en internet. Según páginas de esoterismo la esmeralda era, efectivamente, una piedra mágica que tenía la capacidad de transportar mentalmente a su portador a cualquier época de su vida. No se trataba de una esmeralda sin más, era una joya pulida de una determinada manera y bendecida según algunos ritos ancestrales para que llegara a adquirir la facultad mágica. La idea de los amuletos y objetos mágicos que trasladaban en el tiempo era una constante en la literatura mágica. Según todas las fuentes solo existían unos pocos que fueran realmente mágicos, el resto eran imitaciones del diseño de la esmeralda. La maniobra para trasladarse en el tiempo era bien sencilla, bastaba agitar la joya dentro de su cadenita, no había límites de tiempo, igual podía llevarte atrás años que horas o minutos.

Justo cuando estaban por deliberar que debían hacer con aquella información, el móvil de Poe vibró.

“Necesito hablar con vosotros, le entregué la esmeralda a Amanda Andrade”

## CAPITULO XVIII

Reyes miraba a Iris y a Poe mientras que la lluvia caía en forma torrencial sobre las hojas de hiedra que colgaban del muro.

—Está bien, te lo contaremos todo —dijo Iris para calmar la mirada furiosa de Reyes —pero para eso tienes que viajar a tu pasado y para ello debes tomar tu gota astral.

Reyes Alonso arqueó sus cejas.

—¿No se supone que mi gota astral ya anda por allí?

—Se supone, como bien dices, amiga mía.

Reyes abrió la boca para decir algo pero Poe la interrumpió.

—Creo que debemos explicarte de una vez que no estamos seguros de quien es tu gota astral.

Iris miró a Poe desconcertada.

—Si vamos a decirle la verdad tendremos que hacerlo con todas sus consecuencias —dijo el muchacho dirigiéndose a ella. —Reyes, tal y como se plantean las cosas no sabemos quién es la gota astral, tú o Amanda Andrade.

Reyes se sentó sobre la hierba sintiendo como una punzada le partía el vientre en dos.

—No entiendo qué quiere decir eso —dijo con voz temblorosa.

Poe e Iris unieron sus manos y ofrecieron la que quedaba libre a Reyes.

—Tienes que ver algo.

Reyes tomó la mano que ellos le ofrecían. Poe e Iris soltaron las manos con las que se unían y cogiendo una de las gotas que la hiedra del muro rezumaba la depositaron sobre el hombro de Amanda. Volvieron a unir sus manos y Reyes volvió a sentir esa sensación nerviosa que se agarraba a su vientre.

Cuando consiguió relajarse una ligereza la envolvió ascendiendo desde sus pies y sus tobillos hasta su cabeza. Tenía la sensación de estar flotando. En un principio se sintió nerviosa, pero al notar como sus dos compañeros, Iris y Poe, apretaban la mano con la que la sostenían empezó a relajarse.

Entonces fue cuando empezó a disfrutar de su viaje, porque ésa era la sensación que tenía, la de estar viajando en el vacío hacia alguna parte. Las imágenes que llegaban a su mente eran agradables, eran momentos y sensaciones que habían quedado selladas en su vida y con las que había disfrutado; el olor de las flores, la sal del mar, las copas de los árboles meciéndose con el viento, el sonido del agua cayendo sobre un río, un aguacero, el crepúsculo, la sensación de un beso, el calor caliente de una caricia...

Algo la hizo detenerse en aquel viaje, la sensación era agradable pero con un tono agridulce. Poe e Iris apretaron más sus manos en torno a ella.

—Tenemos que apearnos —dijo Poe —tienes que ver ésto, Reyes Alonso.

En la imagen que se le ofrecía ante sus ojos se veía a una niña de ojos verdes y grandes enmarcados por unos largos cabellos castaños, la reconoció en cuanto vio su sonrisa amplia y blanca, era Iris de niña.

Jugaba en un bosquecito húmedo y lleno de diferentes tonos de verde en cada rama de los

árboles que lo conformaban, tenía los pies descalzos y un vaporoso y ligero vestido cubría unas piernas ágiles que se movían de un arbusto a otro mientras iba arrancando diversas hierbas y metiéndolas en una bolsita de tela que colgaba de su brazo.

—Parece la imagen de una niña druida.

Iris, al lado de Reyes, ensanchó su sonrisa.

—No era una niña druida, era una niña que gracias a la tradición oral entendía de hierbas medicinales, lo que estás viendo es un bosque de Galicia.

Reyes la miró sorprendida. Aquella mujer, Iris, su amiga en la oficina de la editorial, jamás le había hablado de una infancia de pies descalzos recogiendo hierbajos. Como si hubiera adivinado sus pensamientos Iris dijo:

—¿De dónde creías que sacaba mis cuentos paranormales? Los ritos, las piedras, los bosques y las lluvias me acompañaron durante toda mi infancia. Fue mi abuela la que me enseñó el arte de las plantas medicinales. Ella era una especie de curandera en un pueblo de montaña.

—Me parece increíble que nunca me lo contaras.

—Tampoco tú a mí me contaste jamás de tu bebé perdido. Todos hemos vivido cosas que no contamos porque tememos ser rechazados por ello.

Reyes asintió en un gesto comprensivo. Es cierto, todos ocultamos determinadas vivencias por temor a la reacción de los demás. De repente comprendió cual era el motivo por el que su viaje astral se había detenido justo en ese punto del camino. Iris quería que comprendiera que tenía un sexto sentido, que ése era el motivo por el que estaba allí con ella en aquella ciudad de almas perdidas que anhelan una segunda oportunidad.

Como si pudiera leer su mente Iris la agarró del brazo con suavidad y dijo:

—Ahora que comprendiste que debes confiar en mí tenemos que continuar viajando, hemos de parar en varios sitios.

Reyes echó una última mirada a aquella niñita que olía cada hierba que recogía y la metía con sonrisa satisfecha en su bolsito. Sonrió y tomó de nuevo la mano de su amiga y de Poe. Confiaba en ellos, sabía que la llevarían a aquello que tenía que saber, que tenía que descubrir.

Volvió a sentir la ligereza y esa especie de vértigo que, a diferencia que los vértigos normales que padecía cuando estaba estresada, era agradable, como si unos brazos reconfortantes la estuvieran meciendo.

—Bajamos aquí —dijo Poe.

El lugar era una playa de arena fina y dorada donde dos jóvenes enamorados se besaban. Reyes se acercó a la pareja consciente de que no podían verla. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio aquellos ojos oscuros y expresivos, aquellos labios carnosos y sensuales que la besaban y el cabello negro de Hugo ondeado suavemente por la brisa salada.

—Sé como lo amabas, Reyes —le dijo Iris —puedo sentirlo.

—Fue mi hombre, Iris, hubiera podido vivir el resto de mi vida refugiada en su pecho, si pudiera tocarlo una última vez, llevar para siempre el calor de su piel en mis manos para que cuando yo me tocara mis caricias fueran el sello de las suyas...¿puedo...puedo tocarlo?

Iris la miró conmovida, Poe respondió:

—No puedes, no es posible, ya lo hiciste una vez trasgrediendo el orden natural de las cosas y no vamos a ponerte en peligro una vez más. Hugo está muerto y no se puede acariciar a un muerto.

Algo notó Reyes en la dureza de esas palabras y en la mirada reprobatoria que Iris le estaba dedicando a su novio.

—Poe, ya basta —dijo Iris —estamos aquí porque ella puede hacer algo por ese pasado,

puede salvar al niño que esperaba —se volvió hacia Reyes —realmente es así, amiga, puedes salvar a tu bebé, puedes si deseas quedarte en ese momento y no atentar contra tu vida.

—¿Por qué, Iris? Dime de una vez porqué está pasando todo esto, quiero saber porqué estoy aquí.

—Lo vas a entender ahora. Dame tu mano, te voy a llevar a otro lugar.

—Iris, no es eso lo que debemos hacer —dijo Poe —no debemos llevarla a ningún lugar que desvele la situación, ella debe escoger con el corazón.

—Poe, yo también estoy cansada de este ridículo juego sin reglas, no voy a permitir que ella siga sufriendo. Hugo es el amor de Reyes, de Amanda o de cómo se llamara en su vida con él, ya ha elegido y se quedó con Hugo. ¿No puedes sentir su desesperación? —Poe no respondió —muy bien, entonces dame tu mano, te la mostraré.

Poe alargó la mano lentamente.

—Te va a doler, Poe —advirtió la joven.

Cuando tuvo la mano de él asida con firmeza cerró los ojos con fuerza y traspasó el dolor de Reyes al pecho de Poe. El muchacho, enorme con aquellos hombros de vikingo nórdico, cayó al suelo gimiendo.

—Basta —dijo Reyes —no lo hagas sufrir, detente, por favor.

—No es un dolor físico —le respondió —es un dolor del alma, es tu dolor, Reyes, y tu sigues en pie, quiero que sienta lo que tu sentiste para que te comprenda.

Poe lloraba arrodillado sobre la arena de la playa. Reyes miraba una vez más a la pareja integrada por Amanda y Hugo. Era ella y eran los labios de Hugo.

—Basta, por favor, basta —suplicó Poe.

Iris soltó su mano en cuanto lo pidió.

—¿Comprendes ahora de lo que se trata? Lo siento, amor, siento haberte hecho sufrir su dolor, pero era necesario para que entiendas porque debes dejarme las riendas a mi.

Se levantó de la arena con dificultad y secó la humedad que las lágrimas habían dejado en sus mejillas. Miró a Reyes con compasión.

—Lo siento, Reyes, no sabía que se podía amar de esa manera y tampoco conocía el dolor de tu pérdida. Durante todo este tiempo te he juzgado porque siempre pensé que una vida es la consecuencia de las decisiones de una persona, hoy me doy cuenta que el dolor decide por sí mismo y que anula la voluntad de vivir. Perdóname, te pido perdón por no haberte comprendido. Te llevaremos donde Iris decida que debemos llevarte.

Poe alargó la mano para ofrecérsela a Iris y a Reyes. Ellas tomaron el ofrecimiento. Inmediatamente empezaron a sentir aquella condición ligera que los envolvía para llevarlos a otro lugar. Apoyaron sus pies en el linóleo cálido de un apartamento con vistas al mar. En el centro del salón unos jarrones de fino vidrio sostenían un nutrido ramo de rosas rojas con los pétalos abiertos rezumando su olor. Un gato blanco y ágil los saludó acercándose a los pies de Reyes y frotándose contra ella. Era su gato, Shopenhauer.

—No os preocupéis por su recibimiento —les dijo Iris a sus acompañantes —los animales lo ven todo, son mucho más intuitivos y valientes que los humanos, si pudieran hablar de cuantos misterios nos sacarían.

Reyes acarició el lomo del animal y éste, como si quisiera señalarle algo importante se dirigió con pasos sinuosos hasta el dormitorio. Los tres le siguieron.

Un hombre y una mujer se amaban iluminados tan solo por la luz tenue de unas velas. Sobre la mesita de noche había dos copas de vino y de fondo sonaba una música suave.

Algo destelló en aquella semi oscuridad. La esfera cósmica disfrazada de esmeralda en su cadena de platino.

—Somos Roberto y yo haciendo el amor —dijo Reyes con tristeza —os juro que no tenía ni idea de que era el padre de Hugo. Nuestra relación era clandestina, sí me hablaba de su hija pero jamás mencionó a su hijo muerto en un accidente.

—Lo sabemos —le tranquilizó Iris —debes de entender algo muy importante, es posible que en su realidad Hugo no esté muerto.

Reyes se echó la mano al pecho y la miró atónita. ¿Hugo vivo? ¿Era éso posible en medio de toda aquella locura?

Poe e Iris se miraron. El joven tomó la palabra:

—Esta es la parte más difícil de explicar, Reyes, no tenemos palabras para que entiendas el alcance de determinados hechos que están ocurriendo mientras nosotros estamos aquí. Hechos que están ocurriendo en el trozo de vida del que tu viniste.

—¿Te refieres a mi vida con Roberto, a mi relación con él?

—Sí, eso es. Nosotros estamos tan perdidos como tú y la culpa la tiene ese colgante que luces en tu pecho.

Reyes volvió a mirar la escena en la que ella y Roberto se amaban bajo la luz de las velas. La esmeralda relucía entre sus senos desnudos.

—¿De dónde sacaste ese collar? —Le preguntó Iris.

—No lo sé —respondió Reyes llena de confusión —lo tengo desde que era una niña pero ¿qué tiene que ver el collar en esto?

—Ese collar, o mejor dicho, la esmeralda que engarza es un cristal cósmico que influye sobre la dimensión del tiempo, un objeto que se usa para hacer traslaciones temporales. Quien lo lleva puede ir de su pasado a su presente y a su futuro, puede navegar libremente en sus tres dimensiones. Por eso sería importante que recordaras quién te lo regaló.

—¡Oh, Dios mío!- exclamó Reyes asustada— He llevado ese collar toda la vida pero no tengo ni idea de donde salió. Yo me crié en un hogar para huérfanos, el colgante venía entre mis ropas. Por el valor de la joya las monjas siempre pensaron que yo era hija de una mujer joven y adinerada caída en desgracia pero es una mera especulación.

—Chicas, debemos marcharnos ya —interrumpió Poe —la cosa aquí se está poniendo muy caliente y la verdad me parece una indignidad estar contemplándolo cuando una de sus protagonistas está presente.

Reyes e Iris sabían a que se estaba refiriendo, mientras ellas charlaban los gemidos de la escena sexual que presenciaban habían ido in crescendo y en ese momento Roberto y Reyes se amaban salvajemente como si quisieran devorarse el uno al otro.

—¿Por qué no hemos hecho nunca el amor de esa manera? —preguntó Poe sin apartar la vista de la cama donde se mordían.

—Porque no somos animales, amor —respondió Iris con cierta indignación.

Reyes protestó ante el comentario.

—¿A quién estás llamando animal? Eso es solo un juego.

—Ya basta. —Poe cerró el tema tomando de las manos a las dos muchachas y concentrándose para seguir viajando.

—¿Y ahora adónde vamos?

—A donde nos lleve tu collar —dijo Iris.

—No llevo el collar puesto.

—Sí lo llevas aunque sea en otra dimensión. Amanda no lleva nunca ese collar, lo llevas tú.

No hubo tiempo de intercambiar más impresiones. La semi inconsciencia llegó a ellos en forma cálida trasportándolos a otro lugar.

Esta vez no era un cálido linóleo y una cama donde dos amantes se devoraban sino un frío suelo con olor aséptico y una cama dura y fría que albergaba el cuerpo de una mujer de una edad aproximada a los cuarenta. Una cabellera larga y rubia se pegaba sin vida a la cara demacrada de la mujer que de vez en cuando abría los grandes ojos para volverlos a cerrar en un gesto de cansancio.

—Y esta es la realidad, Reyes Alonso, esta es la verdad de adonde te diriges en esta vida que quieres recuperar. Así es como acaba tu relación con Roberto Hernán.

Iris pronunció aquellas palabras sabiendo que no debía decirlas pero con la convicción de que estaba haciendo lo correcto por su amiga. Poe inspiró profundamente y dijo:

—Acércate a contemplarte, Reyes, esa mujer de la cama eres tú, es un nuevo intento de suicidio, Roberto te dejó y tú decidiste acabar con tu vida.

Reyes se acercó temblorosa y miró su propia cara. Estaba muy delgada, muy pálida, con profundas ojeras bajo los ojos.

Iris no pudo contener las lágrimas.

—En este momento te debates entre la vida y la muerte.

Reyes alargó la mano y tocó los cabellos de su otra yo. Estaban secos y con un color opaco. Acarició su propio rostro, sus mejillas, y con inmensa ternura depositó un beso en la frente fría.

—De esto es de lo que me queríais salvar —Dijo en tono afirmativo.

Ambos asintieron.

—¿Roberto sabe que estoy aquí? —preguntó.

—No —respondió Poe —Roberto te buscó en cada hospital de San Expédito pero no cayó en la cuenta de buscarte fuera de la ciudad. Estás en Santa Gema, en el hospital que conocías en tu infancia.

Reyes sintió el impulso de abrazar a Iris que la recibió con los brazos abiertos.

—Podemos evitarlo, Reyes, para eso estás con nosotros, pero debemos actuar con inteligencia y valor, están pasando cosas ahí abajo que pueden ser decisivas y si llegamos a un punto sin retorno entonces no podremos hacer nada para salvarte la vida.

Enjugándose las lágrimas preguntó en un susurro:

—¿Y cuál es ese punto sin retorno al que no podemos llegar?

—No estamos seguros, pero creemos que es la muerte de Hugo.

Los tres se abrazaron sintiendo cada uno el dolor del otro. La ligereza cálida los envolvió y los llevó de regreso a la ciudad astral. Cuando abrieron los ojos había algo innegable en los de Reyes, la decisión firme de salvar su propia vida.

—Muy bien —dijo Iris con decisión —vamos a empezar por el tema de la esmeralda.



## CAPÍTULO XIX

Roberto Hernán tamborileaba con los dedos sobre la mesa del Oliver mientras esperaba a que llegara la pareja. Dos días habían tardado en contestarle y durante ese tiempo se había mordido las uñas pensando si había hecho bien o mal en seguir aquel consejo de entregarle la esmeralda a Amanda.

La chica había caído literalmente en trance nada más tocar la joya. Tenía miedo, tenía que reconocer que por primera vez en su vida tenía miedo y por momentos pensaba en la posibilidad de marcharse con su mujer a algún lugar donde nadie los conociera.

Su vida siempre había estado controlada, sin sorpresas, sin sustos ni sobresaltos. Era cierto que la vida así llegaba a ser aburrida, no hay ilusiones, no hay emoción, los días son una sucesión de momentos donde todo es previsible, se cae en la angustia, en la desesperanza... pero él había encontrado la solución a ese tema...sus amantes.

Ellas le habían proporcionado esa magia de los primeros momentos, esa alegría que se siente cuando se está por descubrir algo. Les debía muchísimo. Para empezar ni su propio matrimonio hubiera durado tanto si no fuera por la intervención de cada una de esas mujeres que habían pasado por su vida.

Para un hombre de su edad era claro que cualquier relación comienza y termina, nunca prometía nada que no pudiera dar, les dejaba muy claro desde el principio que él jamás abandonaría a su esposa. Unas veces eran ellas las que les dejaban a golpe de sentirse solas, otras veces era él porque llegaba al aburrimiento y para aburrirse ya tenía a su señora.

No era un hombre con cargos de conciencia, su vida era como era, perfecta y organizada, y si hacía daño a alguien lo hacía solo por supervivencia, su felicidad era más importante que la de nadie más. No se sentía culpable de ningún te quiero, si los había dicho siendo mentira era porque se hacía necesario para seguir manteniendo su juego, pero no con el ánimo de hacer daño a nadie.

Sí, en el fondo sabía que era el ser más cínico de la tierra, pero así se había aceptado hasta llegar a asimilar aquella conducta como una mera estrategia de supervivencia.

Entonces llegó Reyes Alonso, ella era distinta, algo en ella había lleno de determinación y de fuerza, mujer muy inteligente en los últimos tiempos ya tenía indicios de la gran mentira que él era. Él lo había notado en su ausencia de pasión, no una pasión sexual que él sabía despertar, sino en el poco entusiasmo ante cada una de sus palabras.

Él supo entonces que se acercaba el final, hasta se planteó dejarla porque no quería una mujer regañona que en lugar de darle placer y alegría le creara obligaciones, sin embargo, ella se marchó antes de que él tomara la decisión...y eso jugó a su favor.

Dejó de pensar en ella como su pobre víctima enamorada y empezó a verla como una mujer fuerte que se alejaba de un hombre para el que no significaba nada...y ahí fue cuando se dio cuenta de que realmente la quería.

Ahora se moría por tenerla otra vez en sus brazos, justo cuando la débil oponente se convirtió en una fuerte adversaria, y lo peor es que ni estaba muerta ni estaba viva, y aquel terreno de lo sobrenatural no lo dominaba. Por primera vez en su vida no sabía cuál era el siguiente paso a

seguir y tenía que esperar a que dos jovencitos a los que en circunstancias normales se hubiera merendado, le dijeran que es lo que debía hacer.

Los vio entrar por la puerta mientras observaba la seguridad con la que se movían. Tuvo la impresión de que ellos conocían la clave de todo y que él era solo una pieza más de aquel rompecabezas indescifrable.

Pidieron unos cafés y se coloraron en la mesa que daba a la vidriera donde podía verse la profusa lluvia que caía en ese momento sobre las calles de San Expédito.

Roberto se puso de espaldas a la vidriera porque aquellas gotas corriendo por el cristal le recordaban a Reyes y su pasión por la lluvia.

—Le entregué la esmeralda a Amanda, tal y como me pedisteis. —Dijo Roberto ante la atenta mirada de los dos jóvenes. —Ocurrió algo extraño. Amanda entró en algo así como un trance.

—Tal vez se desmayara por la impresión. Es una joya muy valiosa.

Como cada vez que hablaba aquel muchacho tenía la sensación de que lo tomaban por idiota.

—Cuando digo que entró en una especie de trance quiero decir exactamente eso. Sé diferenciar un desmayo de otra cosa. Sus ojos se quedaron vidriosos, el cuerpo le tembló y se desvaneció, pero hizo algo que no haría nadie en un desvanecimiento normal, movía los labios y los ojos como si viera algo, como si hablara con alguien.

—¿Cuánto tiempo hace de esto y cómo está ella ahora? —Esta vez preguntó Iris.

—Hace dos días. No he vuelto a saber nada más. Esa chica me pone muy nervioso, es extraña y no estoy tranquilo en su presencia.

—¿La deseas? —preguntó Poe impertinentemente.

Roberto inspiró el aire lentamente haciendo un acopio de paciencia.

—No, no la deseo, es la mujer de mi hijo.

Los dos jóvenes se miraron con complicidad. Otra vez tuvo esa sensación de ninguneo.

—Señor Hernán, permítame decirle que es inútil que mienta —dijo Iris —usted está incómodo ante la presencia de Amanda porque efectivamente la desea y eso le crea un problema de conciencia por primera vez en su vida.

Iris removió el contenido de su bolso hasta encontrar algo.

—Tome esto. —Le entregó el collar de imitación a la esmeralda de Reyes. —Le sacaré del apuro con su esposa.

—¿De dónde lo han sacado? —les preguntó.

—Lo compramos en un mercadillo medieval, se trata de una esfera cósmica, se supone que es un objeto mágico, por lo visto en este caso lo es. Le agradecemos su colaboración en todo esto pero ya tenemos la confirmación de lo que sospechábamos. No es necesario que siga arriesgando su intimidad y su vida familiar por este asunto.

Aunque ambos sonreían había tensión en sus rostros. ¿Por qué ahora querían desembarazarse de él? Cuando él había querido por comodidad deshacerse del tema ellos lo habían presionado, ahora parecían tener prisa.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —preguntó Roberto— ¿qué es lo que no me cuentan?

Era ella la que llevaba la voz cantante, Roberto lo sabía, el chico apenas se limitaba a mirarla con aire de enterado, pero ella era la que manejaba los hilos. Roberto siempre había descifrado muy bien el alma humana, precisamente por eso había manipulado tan bien a cualquier persona que se cruzara en su camino así que ahora notaba que el vikingo trataba de aparentar que sabía de lo que ella hablaba pero no era así. Ella acababa de llegar a una conclusión en ese mismo momento.

—Señor Hernán —dijo la joven —es cierto que no le estamos dando toda la información de la que disponemos, sin embargo, lo estamos haciendo por protegerlo a usted de la situación. Lo único que puedo decirle por su propio bien y por el de Reyes es que se aleje en la medida de lo posible de Amanda Andrade.

—¿Por qué, qué es lo que han averiguado de ella, algo peligroso, mi hijo corre algún peligro a su lado?

Iris notó la fijeza de las miradas de ambos, miradas interrogadoras que uno expresaba abiertamente, y el otro, su novio, intentaba disimular.

—Recuerde mis palabras, no se relacione con ella más allá de lo estrictamente necesario. Si no interfiere puedo solucionar las cosas.

Roberto Hernán vio como se marchaban apresuradamente.

No se había equivocado, ella había llegado a una certeza y había llegado en el instante en que él le había contado la reacción de Amanda Andrade al tocar la esmeralda.

La lluvia seguía cayendo mojando las calles de San Expédito y Roberto tuvo la sensación de que aquellas gotas que lo empapaban eran las lágrimas de Reyes Alonso.

## CAPÍTULO XX

—¿Qué es lo que ocurre, Iris, por qué hemos salido del Oliver con esta precipitación?

Iris se mantenía en silencio como si temiera que Roberto Hernán en su marcha pudiera escucharla. Una vez en el coche miró hacia cada lado para comprobar que nadie los oía.

—Poe- dijo mirándolo con preocupación —creo que hemos estado equivocados todo este tiempo. Lo acabo de comprender.

El joven entornó los ojos en un gesto de confusión.

—Amor —prosiguió ella —siempre hemos pensado que Reyes es la persona real y Amanda Andrade la gota astral, la holografía o como queramos llamarla, pero estábamos dando palos de ciego, lo comprendí cuando el señor Hernán me contó la reacción de Amanda al recibir la esmeralda.

—Sigo sin entender nada...Reyes es tu amiga ¿no es así? Tú la conociste y fue tu compañera de trabajo.

—Sí, pero Reyes no tenía infancia, no tenía juventud, no tenía pasado, o por lo menos jamás hablaba de él, ni se inmutó al ver la esmeralda cuando estuvimos mostrándole momentos de su vida, en cambio, Hernán dijo que Amanda entró en trance, que movía los ojos, que movía la boca como si quisiera decir algo. Poe, los objetos mágicos reconocen a sus auténticos dueños y reaccionan a ellos y solo a ellos, si tu y yo portáramos el cristal no tendría ningún efecto porque no somos sus dueños. Amanda Andrade es real y Reyes Alonso su gota astral.

Poe apoyó su mentón sobre la palma de la mano en un conocido gesto que no pasó inadvertido por la muchacha. Ella, acostumbrada a sus silencios reflexivos aguardó a que el hiciera la esperada pregunta:

—¿Y cómo es posible entonces que viéramos el cuerpo de Reyes Alonso en el hospital de Santa Gema?

Iris sonrió. Era la pregunta que esperaba. Su chico tenía una mente lógica así que era la pregunta natural.

—Mi amor —le respondió con dulzura —lo que vimos no era una realidad tangible, era una realidad onírica. Realmente su cuerpo no está en ninguna parte como vamos a confirmar en cuanto llamemos a ese hospital.

Poe sacó el celular de su bolsillo y llamó a la administración del hospital de Santa Gema.

—Lo siento, no tenemos ninguna paciente con ese nombre.

—¿No es posible que se haya hecho un traslado a un hospital cercano?

Tras unos segundos la amable voz femenina dijo:

—No, señor, no hubo ningún traslado con ese nombre. ¿Está usted seguro que fue este el hospital que le dijeron?

A esas alturas Poe ya había colgado y buscaba el número del hospital de San Expédito donde, de nuevo, le confirmaron sus sospechas, no había ninguna paciente con ese nombre registrada en el archivo.

Miró a su novia con admiración.

—Eres increíble, nena, alucino con tu sexto sentido, yo jamás habría llegado a esa conclusión. —Iris arqueó sus labios en una sonrisa triunfal. —Pero dime ¿por qué le pediste a Hernán que no se acercara más a Amanda?

Ella apretó la boca cerrando su sonrisa y Poe se reprochó en silencio haber acabado con la alegría de su chica.

—Porque de alguna manera intuyo que todo esto tiene que ver con él, no solo en su vida como Reyes Alonso, sino en su vida como Amanda Andrade. Date cuenta de algo, Poe, Roberto Hernán también está presente en la vida de Amanda, es el padre de Hugo ¿no te parece extraño que veinte años después vuelvan a encontrarse como amantes sin recordar el pasado? Lo que yo creo es que hay algún tipo de conexión entre Roberto y Amanda, aún no sé cuál es, pero ésa es la clave de todo ésto. Roberto y Reyes jamás se hubieran encontrado si Amanda no tuviera alguna cuenta pendiente con este señor.

—¿Y qué es lo que te propones hacer? —preguntó Poe casi con miedo.

—Vamos a hacer, amor, los dos vamos a buscar a Amanda y le vamos a hablar de la esfera cósmica y quiera Dios que nos haga caso y no se acerque jamás a Roberto Hernán.

—¿Podemos nosotros cambiar la vida de Amanda?

—Nosotros no, Poe, pero sí el cristal que la protege.

Ambos se abrazaron y Poe se quedó dormido con esa media sonrisa que tanto le gustaba a ella. Sin embargo, ella no podía dormir, su mente estaba llena de recuerdos e imágenes que insistían una y otra vez en llevarla a su infancia para rememorar acontecimientos que, hasta ese mismo momento, habían quedado sepultados en su memoria como si fueran meras anécdotas en la infancia de una criatura con una abuela divertida y diferente.

Apartó el brazo de Poe con delicadeza para no despertarlo y se levantó para hacerse una infusión relajante. El olor a melisa removió sus recuerdos y se vió una vez más recogiendo muérdago y eucalipto en los bosques húmedos y con olor a menta de Galicia.

Recordó su álbum de fotos, miraba aquel álbum cada vez que se sentía perdida. Durante los dos últimos años no le había echado un vistazo. Se sentía segura siendo una persona normal, una persona que encajaba, sin misterios, sin intuiciones, sin presagios. Era cierto que Poe conocía esa faceta mística suya, pero siempre la había tomado con un gesto divertido y ella lo había preferido así.

Hacía ya mucho tiempo que no tenía sueños llenos de magia, pócimas y recetas y las visitas constantes de su abuela que siempre le sugería qué camino tomar. Iris había pensado que ahora estaba en el camino correcto, el camino de la normalidad, una chica joven, trabajadora, con su novio y con su vida hecha, y si eso fuera poco, la vida le había regalado una amiga, Reyes Alonso.

Iris nunca había tenido amigas porque era capaz de ver en los corazones ajenos y de adivinar mentiras y mezquindades, en algún momento de su vida había llegado a la conclusión de que era mucho mejor no intimar con nadie pues el ser humano era incapaz de albergar generosidad por alguien o altruismo por algo. Con esa certeza se conformó en asumir que era una persona diferente que debía disimular su anormalidad. No era fácil su camino, en absoluto, pero era el suyo y lo transitaría intentando vivir aquella intuición especial lo mejor posible.

Cuando conoció a Reyes Alonso no vio más que amor en su corazón, por eso confió en ella. El sentimiento que ella albergaba era de color rosa, porque Iris podía ver los colores de los sentimientos, las personas que tenían mal corazón transmitían colores grises u oscuros, en cambio Reyes era completamente rosada y ese amor que llenaba su corazón la protegía y ayudaba. No pudo saber entonces que ese amor era el que ella sentía por Hugo. Ahora era cuando todo

empezaba a encajar.

Abrió el álbum en silencio mientras respiraba su infusión. Entre las páginas llenas de fotografías antiguas pegadas con adhesivo había muchas anotaciones. Se detuvo en una imagen que le llevó al recuerdo de una conversación.

—Abuela ¿para qué cogemos todas estas hierbas y cortezas?

—Para hacer recetas con las que curar a las personas, mi amor —respondió la anciana sin interrumpir su trabajo pero abriendo una sonrisa en su envejecida boca ante las preguntas de su nieta.

—¿Pero para éso no están los médicos?

—Claro que sí, corazón, cualquier persona que no se encuentre bien debe ir a un doctor, pero si tiene un dolor en el alma, si debe olvidar algo que le lastima o por el contrario debe recordar algo importante para seguir su vida, entonces que venga a verme a mí.

—¿Y todas estas cosas que recogemos son para eso, para recordar o para olvidar? —preguntó la niña con aquel tono inocente que siempre conmovía a su abuela.

—Sí, Iris, pero eso solo es una parte de mi trabajo.

La niña la miró con sus ojos grandes y llenos de preguntas. La anciana emitió una carcajada suave y la agarró con dulzura por los hombros.

—Mi querida niña, sé que lo que hacemos no es fácil de comprender, pero personas como nosotras existen por todas partes, tenemos que disimular, que fingir que hacemos algo como vender especias o infusiones, pero, en realidad, nuestro trabajo es hacer que las personas perdidas encuentren la luz.

—¿Y por qué se pierden, abuela?

—Porque no se aman a sí mismas y eso es lo peor que le puede pasar a alguien.

—Entonces somos guardianas de la luz. —Resolvió la pequeña con un grito de entusiasmo.

—Qué bonita manera de decirlo.- Respondió la anciana acariciando los cabellos de la niña.

—Sí, éso somos, guardianas de la luz.

¿Cómo aquella conversación había quedado escondida en su memoria hasta ese instante? ¿Éso era ella?

Aquella conversación no era un juego imaginativo potenciado por su abuela aunque ella hubiera pensado éso toda la vida. Ahora lo entendía. Lo que no sabía es como le iba a contar a su novio que aquella faceta suya mística que tanta gracia le hacía no era para tomarlo a broma. Era una guardiana de la luz y era muy real. La vida te pone delante los acontecimientos para que los vivas y la mayoría de ellos pasan inadvertidos para convertirse en algo decisivo muchos años después.

Cerró el álbum de fotos deslizando la yema de sus dedos por el rostro arrugado de la anciana.

Al otro lado de la ciudad una joven perseguía con su propio dedo el recorrido de una gota de agua sobre el vidrio de la ventana de su dormitorio. Miró detrás de ella. El torso moreno y musculado de Hugo relucía entre las penumbras. Acababan de hacer el amor y Hugo, como cada vez que se unían, la había rodeado de su brazo enroscándola en una fortaleza que ella deshacía con sumo cuidado para no despertarlo. Estaba inquieta. Quería hacer algo para sellar aquel amor. Siempre había sido una romántica. Se acercó ronroneando a la cama.

—Mi amor ¿podemos hacer una cápsula del tiempo?

Hugo se removió entre las sábanas.

—¿Qué hace mal tiempo? —preguntó él confundido.

Ella soltó una carcajada y le dio un beso en la mejilla.

—No, tonto, que hoy vamos a hacer una cápsula del tiempo.

—¿Una cápsula, qué te pasa, estás resfriada, amor? —Preguntó entre sueños.

—Una cápsula del tiempo no es para un catarro, Hugo, es para recordar nuestro amor.

Él se sentó en la cama y la miró.

—¿De qué me estás hablando, princesa?

—Anda ya, seguro que lo habrás visto en alguna peli, una cápsula del tiempo es una caja donde guardamos cosas que son importantes para nosotros, algo que nos identifique a los dos, y después enterramos esa caja en algún lugar seguro para volver a recuperarla mucho tiempo después y ver quiénes éramos entonces.

—Pues seremos los mismos pero con muchos años más, cosita, además ¿qué se supone que es un lugar seguro?

—Bajo las palmeras de una playa.

Esta vez fue Hugo el que rió en voz alta.

—¿Te parece seguro enterrar una caja en una playa? Vamos a tomar un café que me despeje y después me explicas lo que está pasando por esta linda cabecita.

Veinte minutos después Hugo y Amanda enterraban cerca de la Torre de Santa Elena una caja de madera que contenía la cruz de plata que él llevaba desde que era un niño y la esmeralda que Roberto Hernán le había regalado a ella como obsequio por su compromiso.

## CAPÍTULO XXI

Reyes Alonso miraba como cada gota recorría la hiedra acumulándose en las puntas de las hojas para coger el peso suficiente que les permitiera caer sobre la tierra.

Este hecho, tan sencillo, tan cotidiano cuando llovía era, a los ojos de Reyes, la forma en que la naturaleza expresaba el significado de la vida.

Todo tenía su importancia, cada gota, cada hilo de agua, pero para que ésta cayera a la tierra y la nutriera había que esperar pacientemente y sin desesperarse a que tuviera el peso suficiente para poder rodar.

Tal vez era éso lo que sucedía con ella. No había comprendido las palabras de aquella anciana, que se suponía que era ella misma, hasta que Poe e Iris le habían mostrado adónde se dirigía su vida de seguir empecinada en ser Reyes Alonso.

La anciana había dicho “...me llamo Amanda Andrade, éso debería darte una pista...” Bien, lo asumía, a quién ella amaba era a Hugo, no a Roberto Hernán que era solo un pálido reflejo de su hijo. Intentaría salvar a su amor, pero empezaba a comprender que de no ser así debía seguir adelante y no detenerse en ese punto.

¡Qué grandioso ese momento de la aceptación en el que te liberas! No se trata de cobardía ni triste resignación, sino de asumir unos hechos que te aprietan el alma y al deshaciendo con suavidad sus hilos vuelves a respirar con tranquilidad y con energías renovadas para luchar pero, esta vez, sin resentimiento

Iris había dicho que hablarían de la esfera cósmica. Era importante saber de donde procedía y porqué lo llevaba ella. La habían dejado sola para tratar de buscar una respuesta y esa respuesta era la anciana que traían sujetándose de sus brazos.

Su gesto era suave, como si hubiera adivinado que en algún momento ellos la buscarían para encontrar alguna verdad. De figura grácil, sonrisa amplia a pesar de verse difuminada por los pliegues envejecidos alrededor de la boca, cabello blanco hasta los hombros y los reconocibles ojos grandes y claros tenía la imagen de una mujer satisfecha de la vida que había vivido.

Hugo conducía feliz desde la Torre de Santa Elena hasta su casa en la calle de adoquines de San Expédito. Realmente no le daba importancia a aquella tontería de la cápsula del tiempo pero si a Amanda le hacía ilusión, él lo hacía encantado.

Además le había servido para que ella se quitase del cuello aquel collar que por momentos la mantenía triste. Era muy joven y frágil, y como quiera que fuese que la primera vez que se lo puso tuvo aquel desmayo, ella le atribuía algo mágico.

Él había querido sacarla de su equívoco varias veces, hacerla poner los pies en la tierra y que se diera cuenta que aquello no era más que fruto de la casualidad. Claro que había tenido que callarse cada vez que ella le había recordado que en esa especie de desmayo había visto a la misma mujer que él.

Era raro, sí, muy raro, pero el mundo estaba lleno de cosas raras que no siempre podemos explicar y él no se iba a detener ni un momento en buscarles explicación, estaba demasiado ocupado amando a aquella criatura maravillosa que alguien había puesto en su camino.



Amanda acariciaba su nuca con suavidad mientras él conducía, cada 20 segundos él la miraba y sonreía. El día estaba lluvioso. Aquel año estaba siendo diferente al clima habitual de San Expédito donde las lluvias eran muy escasas. Hugo recordó que Amanda le había señalado que cada vez que llueve va a ocurrir algo extraordinario. Él había sonreído ante la desbordante imaginación de la muchacha. Iba a tener tiempo de madurar y olvidarse de tantas fantasías, por ahora a él no le estorbaban, y de todos modos, había que reconocer que a pesar de que ya estaban metidos de lleno en el mes de diciembre, llevaba lloviendo desde finales del mes anterior, algo que todo el mundo comentaba por las calles de la ciudad.

Las caricias de Amanda fueron aflojando sin que Hugo lo notara mientras la imaginación masculina se deleitaba en visualizarlos cogidos de la mano paseando envueltos entre las luces navideñas que en unos días adornarían la ciudad.

La joven parpadeó un par de veces sintiendo que el sueño se apoderaba de ella, recogió su brazo para ponerlo bajo el regazo porque hasta el esfuerzo de las caricias en el cuello de su novio parecía demasiado pesado.

Antes de cerrarlos del todo abandonándose al sueño tuvo la certeza de que aquella forma de sopor no era natural. En cuanto estuvo en los brazos de Morfeo vio entre sus imágenes oníricas a la mujer que Hugo vio en su casa aquella noche. Iba acompañada de dos personas, un hombre y una mujer, y los tres enterraron sus manos en la tierna tierra, húmeda por la lluvia, y la removieron hasta sacar su caja de madera, su cápsula del tiempo.

Abrió sus ojos bruscamente y dijo:

—Hugo, tenemos que volver a la Torre.

Hugo se sobresaltó al ser sacado de aquellas imágenes que su imaginación le regalaba.

—¿Qué ocurre, amor?

—Hay que volver, corazón, esa mujer está desenterrando la caja.

—Mi nombre es Amanda Andrade. —Dijo la anciana sin perder la sonrisa—. Me alegra que hayas llegado a conocer tu verdadera identidad sin ayuda de nadie.

Los tres jóvenes se miraron y guardaron un discreto silencio.

—Recibir ayuda de alguien que está destinado a ayudarte no es hacer trampas —concluyó como si hubiera comprendido el silencio que guardaban—. Mis queridos niños, es muy difícil explicar quién soy, en la vida hay que saber esperar el momento justo para recibir la información y también para darla.

Los tres la miraban con un gesto que se movía entre la sorpresa y el desconcierto. La anciana era consciente de ello y, tal vez por eso, sus movimientos eran deliberadamente lentos y su voz pausada. No quería asustarlos. Ella sabía que de los tres era Iris, la joven de la amplia sonrisa, la que poseía la suficiente intuición para llegar al lugar correcto. A ella se dirigió:

—¿Recuerdas los bosques de tu infancia, joven Iris?

La muchacha no respondió.

—Sería conveniente que dejaras de una vez esa cara de susto que tienes —dijo la mujer en un tono de humor —porque de lo contrario no llegaremos a ninguna parte. Como ya os he dicho soy Amanda Andrade y aunque mi coquetería quiere pensar que no se notan mis años es evidente que soy una mujer mayor y eso, jovencitos, quiere decir que Amanda sobrevivirá, deberíais estar contentos y no asustados.

—Sí, recuerdo los bosques de mi infancia —respondió Iris volviendo en sí.

—Qué gran mujer, tu abuela.

La muchacha tragó saliva.

—¿Usted conoció a mi abuela?

—Sí, la conocí, ella fue la que me entregó la esfera cósmica que ahora tenéis que recuperar.

—¿Cómo que ella fue la que le entregó el collar? No es posible, mi abuela falleció hace muchísimo tiempo y ...

—Querida, no hay tiempo para más explicaciones, hace apenas unos minutos mi yo joven acaba de enterrar el cristal en un lugar llamado Torre de Santa Elena, está en la ciudad donde Hugo y ella se conocieron y debéis recuperarlo antes de que otra persona se haga con él.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Reyes.

—Más os vale, porque no volverás a ser Amanda sin ese collar.

—¿Y cómo iremos?

—De la misma manera que fuiste cuando lo colocaste sobre el perro de Roberto Hernán, de la misma manera que visitas tu apartamento y cuidas de que las rosas no se marchiten, de la misma manera que visitaste a Hugo y le dijiste que no cogiera el coche ese fatídico día. Cierra los ojos y piensa en recuperar tu collar...nuestro collar...piénsalo y ya verás.

Reyes y los dos jóvenes se tomaron de las manos. La sensación no fue distinta a las veces anteriores, el sopor dio paso a la ligereza y cuando después de unos minutos abrieron los ojos estaban en un monte de tierra humedecida por el efecto de la lluvia y coronado por una torre.

Roberto Hernán había sacado a su perro a pasear a primeras horas de la mañana. En ese momento la lluvia era una finísima cortina de agua de hilo delgado aunque continuo. Pensó que sería mucho mejor pasear a White a esas horas que después cuando la lluvia pudiera arreciar.

Llevaba muchos días durmiendo mal, sueños en los que una jovencísima Reyes era la novia de su hijo para después verla con veinte años más metida en su cama. Era para volverse loco. No sabía cómo justificar su comportamiento en casa, su esposa ya le había aconsejado que si las pastillas que había empezado a tomar no le permitían volver a descansar tranquilo debería ir a un doctor.

Roberto sabía que el origen de sus males estaba en Amanda Andrade y en aquella joya que le había regalado. Lo habían sacado totalmente de ese juego macabro, sin embargo, después de haber entrado en él con todas las reticencias, ahora no lo quería abandonar por nada del mundo.

Reyes estaba viva, en algún lugar estaba viva y él no podía olvidarla. Aquellos dos jóvenes osados sabían la verdad, o por lo menos estaban en el camino de saberla, y no querían contestar sus llamadas ni devolver sus mensajes.

No había vuelto a ver a la joven Amanda desde que Iris y su novio se lo hubieran pedido. Tenía la impresión de que tanto su hijo como Reyes podían correr algún peligro si lo hacía, así que, a pesar de la inquietud había hecho caso del pedido, pero la conciencia, las ideas y los pensamientos se atoraban en su cabeza tratando de encontrar una explicación racional a todo.

Si alguna vez había admirado silenciosamente a su hijo por esa confianza en la magia de la vida y en la capacidad de sorpresa, ahora, más que nunca, comprendía que tenía razón. Él, toda lógica y razón, empezaba a comprender que la vida es un misterio...Amanda, Reyes, los tatuajes, el collar...todo debía tener algún sentido pero ya no le importaba, ahora lo único que quería era que Reyes estuviera viva.

White parecía estar revuelto aquel día, la lluvia le gustaba porque ponía en cada rincón un olor que él no conocía, no obstante, a pesar de ir olfateándolo todo no se comportaba como los otros días de lluvia deteniéndose en cada árbol, sino que olía el suelo como si estuviera buscando algo. Roberto solía darle grandes paseos y dejaba que el animal apretara el trote o lo aminorara a su conveniencia, era extraño que aquel día mantuviera un ritmo rápido y constante mientras

olfateaba el suelo y parecía saber adónde se dirigía.

Abandonaron la ciudad y el asfalto y se dirigieron, como tantas otras veces, a las montañas de San Expédito, llevaban ya una buena caminata cuando Roberto se percató de que se dirigían a la Torre de Santa Elena.

Las gotas de agua recorrían la luna del coche. La lluvia estaba arreciando, cada vez golpeaba la carrocería con más fuerza.

—Amor —dijo Hugo con dulzura— ¿no sería mejor regresar mañana?

—No, Hugo, ésto es importante, tenemos que volver y recuperar la caja del tiempo.

Hugo aparcó el coche en el tramo en que había que seguir andando.

—Amanda, vamos a empaparnos, igual la tierra está tan encharcada que es posible que no localicemos el sitio exacto, es mejor regresar a casa y volver en otro momento.

—He dicho que no —respondió ella con terquedad mientras abría la puerta del coche.

Hugo la imitó pero en lugar de seguirla la agarró del brazo.

—Dime porqué es tan importante, se trata solo de un sueño.

—No —respondió ella mientras el cabello se le humedecía en mechones por donde resbalaba la lluvia —no es solo un sueño, vi a esa mujer, Hugo, ella desenterraba la caja.

—Pero era un sueño, amor, estás obsesionada con ese tema.

Amanda entornó los ojos. Por un momento él temió su reacción, pensó que ella iba a mandarlo a hacer puñetas y seguir su camino ella sola pero cuando siguió su mirada vio algo en movimiento. Un elegante gato blanco maullaba asustado bajo un arco hecho de piedras.

—Oh, pobrecito Shopenhauer —dijo ella —ven aquí, mi amor.

—¿Conoces a ese gato? —preguntó Hugo extrañado.

Ella le respondió con una mirada confundida. El joven se acercó al gato y miró su correa.

—Pequeño...Shopenhauer —dijo totalmente desconcertado mientras miraba a Amanda esperando una explicación —ven aquí con nosotros.

—No lo he visto en la vida, Hugo, te lo juro, el nombre me vino solo a la cabeza.

El gato se escapó de las manos de Hugo huyendo de algo. Los dos miraron en la dirección contraria a la que el gato había huido. Un perro blanco que ladraba con furia pasó a toda prisa con la correa colgando al lado de ellos para dar caza al pequeño gato. Tras él su dueño corría fatigado tratando de recuperarlo.

—White...vuelve aquí...White...

Apenas quedaban dos metros entre los hombres cuando el dueño del perro se paró en seco al ver a los dos jóvenes.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá? —vociferó Hugo.

Reyes sentía el olor a vida que desprendía la tierra, normalmente árida en aquel lugar de San Expédito, que ahora se movía tierna y trémula bajo sus pies.

Inhaló con profundidad para llevarse ese trozo de vida consigo en el caso de que todo fracasara y se quedara eternamente en aquel limbo.

Apenas se estaba preguntando cómo iban a saber dónde estaba la caja enterrada con el cristal cuando un perro grande y blanco detuvo su enloquecida carrera ante ella.

—¡White! —Exclamó sorprendida— ¿Qué haces aquí solo?

—¿No es el perro de tu amante? —preguntó Poe mientras veía como el animal se acurrucaba ante Reyes recibiendo sus caricias.

—De mi ex amante —puntualizó ella.

Iris también se agachó para acariciar al animal.

—No parece asustado, su dueño no debe andar muy lejos así que tenemos que darnos prisa, Reyes, tal vez él también pueda verte.

—White, bonito —dijo Reyes sin dejar de acariciar al animal— ¿sabes lo que estamos buscando, verdad? Por éso has venido, dile a mamá donde tiene que ir ¿dónde está la caja enterrada?

Como si pudiera comprenderla el perro comenzó a caminar dirigiéndolos a un camino empinado que los llevó prácticamente a un metro de la torre donde se levantaba un enorme árbol de raíces gruesas y nudosas. Allí se detuvo y comenzó a olfatear mientras movía sus patas intentando desenterrar algo.

—Ahí lo tenemos —dijo Reyes satisfecha.

A pesar del grito enfurecido de Hugo, Roberto no podía apartar los ojos de Amanda. Su mirada se deslizó desde el sugerente cabello mojado hasta la figura perfectamente recortada con las ropas adheridas por el agua torrencial de la lluvia.

Cuando llegó de nuevo a sus ojos, grandes y cristalinos, no pudo evitar recrearse en el recuerdo de Reyes saliendo de la ducha empapada y con los cabellos húmedos corriendo hasta sus brazos. Deseó que Amanda hiciera lo mismo en ese momento.

—¿No nos estarás siguiendo? —volvió a preguntar Hugo con un tono de voz aún más alto.

No, no los estaba siguiendo pero algo la hacía llegar a ella continuamente por más que él tratara de evitarlo. Ella seguía sosteniendo su mirada como si también recordara algo.

En algún momento Hugo notó que ninguno de los dos escuchaba sus palabras. Se giró lentamente para mirar a su chica. No lo veía, miraba fijamente a Roberto. Después se volteó nuevamente para enfrentar a su padre. Tampoco lo veía. Seguía con la mirada clavada en ella.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que hacía que cuando ellos dos estaban juntos todo se detuviera? Era como si tuvieran alguna cuenta pendiente, como si ambos compartieran algo que nadie más supiera...y sin embargo, confiaba ciegamente en su chica.

Corrió hacia ella. La abrazó.

—Amanda ¿qué es lo que pasa, qué hace aquí mi padre?

Un maullido herido interrumpió la escena.

—Shopenhauer —dijo ella mientras se giraba y salía corriendo al lugar de donde procedía el sonido.

—Reyes, espera —gritó Roberto mientras salía tras ella.

Hugo lo detuvo.

—Te he hecho una pregunta ¿qué es lo que estás haciendo aquí y por qué la llamas Reyes?

—Hugo, por el amor de Dios, ha sido una casualidad, White se empeñó en hacer este camino, no os estaba siguiendo.

Los ladridos del perro rompieron la tensión. Ambos caminaron deprisa en la dirección de los ladridos. Apenas unos metros delante de ellos el enorme animal ladraba enfurecido a la joven Amanda para detener sus pasos sin permitirle seguir avanzando hacia donde ella tenía puesta su mirada.

—¿Estás bien, mi amor? —le preguntó Hugo abrazándola al alcanzarla.

Ella no respondió, se mantuvo temblorosa mirando a unos metros de su vista. Ambos, padre e hijo, miraron a su alrededor para que ver qué era lo que la mantenía en ese estado. Roberto se echó las manos al pecho.

—¡Dios mío!

A unos cuatro metros de ellos Reyes Alonso y los dos jóvenes que habían contactado con él

removían la tierra hasta sacar una caja de madera. Ninguno de ellos supo que estaban siendo observados.

—Es la caja que acabamos de enterrar, Hugo, te lo dije, te dije que la mujer que te habló aquel día vendría a desenterrarla.

Hugo dio unos pasos hacia delante acercándose a la escena. No podía creerlo. Aquella mujer era, efectivamente, la mujer que unos días atrás le había hablado y luego había desaparecido...y era idéntica a Amanda.

Se giró varias veces para comprobar el parecido...no es solo que fuera extraordinario, es que aquella mujer, mayor que su chica, también tenía una rosa tatuada en el hombro que destellaba con las frías gotas de lluvia que corrían sobre su piel.

Una voz gritó detrás de él:

—Reyes, estoy aquí, soy Roberto.

Hugo abrió los ojos como platos cuando vio a su padre echar a correr intentando llegar hasta la mujer. White ladró con furia y se interpuso entre la mujer y él para cerrarle el paso. Roberto miró casi en una súplica a la tal Reyes que le devolvió la mirada primero con sorpresa y después con ira.

—No le hagas caso —dijo la otra mujer que las acompañaba —actúa como si no lo vieras, el perro no le permitirá acercarse.

Sin embargo aquella mujer permanecía en estado de shock con la caja desenterrada y llena de tierra entre sus manos y sin poder hacer ni un solo movimiento. Hugo advirtió que el gesto era exactamente el mismo que tenía Amanda en el rostro. Decidió dar unos pasos más, adelantarse al mismo lugar donde estaba su padre. La mirada de la mujer hasta entonces implacable mientras miraba a Roberto se suavizó hasta convertirse en una sonrisa y ... ¡le sonreía a él!

—¡Oh, cielo santo! —dijo la joven que acompañaba a la réplica de Amanda —Poe, vámonos de aquí.

—¿Y cómo vamos a hacerlo sin que ellos lo vean?

—Y yo qué sé, se supone que ella debería hacerlo pero está hipnotizada con el Huguito de los cojones. —Hugo no daba crédito a aquellas palabras que lo nombraban como si no estuviera. —Reyes, por favor, reacciona —volvió a decir la joven moviendo a la mujer por los hombros.

Y reaccionó, pero no como ellos esperaban, sino que dio dos pasos más hasta Hugo. Él también avanzó un par de pasos. White dejó de ladrar y permitió que acortaran la distancia. Hugo volvió a girarse para comprobar el estado de Amanda que lo contemplaba todo desde unos metros más atrás. Se había agarrado al brazo de su padre que la sostenía de la cintura. La mujer seguía sonriendo dulcemente y volvió a dar un paso hacia él. Él decidió avanzar hacia ella. Sólo los separaba un metro. Hugo miró alrededor. El hombre y la mujer que la acompañaban lo miraban recelosos en una actitud de defensa hacia la mujer.

—Yo...— empezó a decir ella —quiero decir...ella...Amanda está esperando un hijo...un hijo tuyo.

Hugo tragó saliva.

—Por favor, no la abandones, todo irá bien si te quedas a su lado.

Él dudó. ¿Debía contestarle a una mujer que parecía saberlo todo sobre ellos, sobre él, sobre Amanda y hasta sobre su padre, mientras que ellos no sabían ni quién era? Sin embargo sus ojos estaban llenos de amor y preocupación.

—No hay nada en este mundo que pueda apartarme de ella—. Respondió con decisión. —Dime quién eres.

Ella hizo caso omiso de su petición.

—Recuerda, por favor, recuerda mi advertencia, recuerda lo que te dije la primera vez que nos vimos.

—¿Conoces a mi padre? —insistió él.

Ella asintió con la cabeza mientras dos manos poderosas la agarraban de los hombros y le sugerían terminar la entrevista. El joven que la acompañaba lo miró entornando los ojos en una clara advertencia.

—¿Conoces a Amanda? —preguntó él de nuevo.

Reyes miró por encima de su hombro a la frágil mujer que ella, advirtió el terror en sus ojos y el temblor en su cuerpo. Volvió a mirar a Hugo pero no le respondió.

—Reyes —dijo la mujer joven que iba con ella y el muchacho —ya basta, tenemos que irnos —Hugo notó como ignoraba a su compañera— ¡Maldita sea, dame éso! —Gritó entonces malhumorada la otra mujer.

La muchacha le arrebató la caja de las manos y abriéndola con premura sacó la cadenita que Amanda había dejado antes en ella. Se la colocó torpemente sobre el cuello y sin ni siquiera abrochársela gritó:

—¡Gira la esfera...gírala ahora!

Reyes cerró los ojos mientras que los dos acompañantes se aferraron a su cuerpo. Lo último que Hugo pudo ver fue como la mujer agitaba el colgante con la esmeralda en su cuello, después se escuchó un crujido, como si un árbol hubiera resultado arrancado de sus raíces y hubiera caído al suelo. Se levantó una enorme polvareda de tierra y un tronco cayó ante él. Cuando alzó la vista solo había agua y tierra. La mujer y sus dos acompañantes habían desaparecido.

## CAPÍTULO XXII

Después de agitar varias veces las manos en el aire para apartar el polvo que se arremolinaba a su alrededor, Hugo comprobó que Reyes Alonso había desaparecido. Miró hacia los lados entornando los ojos por si la veía en algún rincón...nada...ni ella ni sus dos acompañantes estaban ya allí...adónde quiera que se hubieran ido se habían marchado de una forma sobrenatural y extraña, Hugo era totalmente consciente de éso.

Otra vez aquella mujer le había vuelto a decir lo del coche, ésta vez no se lo había dicho con la misma claridad que la noche en que la encontró en su propia casa con su foto apretada contra el pecho, pero le había advertido que no olvidara las palabras de su primer encuentro.

¿Y Amanda? ¿Dónde estaba su Amanda? Su chica, su mujer, la persona a la que amaba, la que sentía real todos y cada uno de sus días desde que la había conocido y que, según aquella mujer, estaba embarazada.

Tragó saliva varias veces mientras se giraba buscándola con la mirada. La joven estaba en el suelo, tenía las manos sobre su pecho intentando asimilar lo que acababa de ver. Roberto, a su lado, ya no la sostenía sino que él mismo luchaba por no caer al suelo para, finalmente, desplomarse y sentarse junto a Amanda al tiempo que en una actitud paternal la apretaba junto a él agarrándola de los hombros.

Hugo volvió a sentir aquella punzada de celos que a la vez que lo irritaba lo desconcertaba. Jamás en su vida había sido celoso. Sabía que Amanda era una mujer que llamaba la atención, su largo cabello, sus ojos claros, su figura proporcionada y delicada sin perder la feminidad en los lugares convenientes, estaba claro que la iban a mirar por donde fuera, sin embargo, lejos de preocuparle siempre se había sentido orgulloso de ser el dueño de aquella belleza, pero ahora con su padre era diferente, algo había entre ellos, algo sutil, apenas perceptible, pero que él, con sus ojos de hombre enamorado era capaz de advertir.

Se acercó a ella y tomándola de la cintura la ayudó a levantarse.

—Hugo, desaparecieron, lo has visto igual que yo —dijo la joven angustiada.

Hugo la abrazó mientras miraba a su padre.

—La conoces, padre, sabes quién es ella. —No era una pregunta, Hugo lo estaba afirmando, hecho que no pasó desapercibido por Roberto.

—No es el momento, hijo, está lloviendo mucho y nos vamos a enfermar si seguimos aquí — Roberto miró a la muchacha—. Creo que es mejor que la llesves a casa a descansar y cuando amaine la lluvia hablaremos.

Hugo no estaba conforme. Quería saberlo todo ya mismo. Quería saber porqué su padre había gritado con decisión “ Reyes, soy Roberto”, ellos dos se conocían y no era un conocimiento cordial, la forma en que ella lo miraba, la desesperación de él por ser reconocido. Sin embargo, en aquel momento no podía hacer otra cosa que llevarse de allí a Amanda y ocuparse de ella durante el resto del día, pero que no pensara su padre que iba a dejar pasar aquello. Antes o después tendría que enfrentarlo para decirle la verdad.

Un relámpago quebró el cielo cargándolo de electricidad. Lluvia en San Expédito durante

tantos días seguidos. La ciudad empezaba a parecer una especie de bosque donde el olor a hierba se sentía por todas partes.

Algo estaba cambiando. Todo era nuevo y diferente, extraño, mágico, susurrante...

El joven echó un último vistazo mientras ayudaba a Amanda a entrar en el coche. El gato de nombre Shopenhauer entró con agilidad y sin ser invitado se colocó en el regazo de Amanda.

Roberto tuvo que llevarse a White prácticamente a rastras desde el lugar donde había estado enterrada la caja que contenía el collar con la esmeralda. El animal gimió en un sollozo cuando no tuvo más remedio que aceptar que debía regresar a casa.

—Sí, lo sé, White —le dijo Roberto acariciando su lomo blanco —yo también me siento así.

Fueron arrojados abruptamente sobre una ciénaga. En aquella ocasión el viajecito no había sido precedido de un suave sopor que los trasladaba con dulzura de un lugar a otro del tiempo. No, nada de eso, se habían sentido como si una mano los agarrara con violencia desde la espalda y los introdujera en una espiral de aire helado que daba vueltas frenéticamente.

En algún momento habían visto truenos y relámpagos a su alrededor hasta que sintieron de nuevo un agarrón, un tirón que los empujaba otra vez sin ninguna suavidad contra el agua lodosa y repugnante de la ciénaga.

El primer saludo fue el de un sapo que croaba sobre el hombro de Iris. Agitó el hombro con un grito para espantar al anfibio.

—¡Qué asco por Dios! Toda la vida estudiando para acabar en un puto charco besando a un sucio sapo. —Dijo llena de repugnancia.

Una carcajada sonó al otro lado de la ciénaga. Era la anciana.

—Disculpad que os haya sacado así pero la situación estaba llegando a su límite. Reyes, querida, si te dejo allí un segundo más acabas diciéndole a tu hombre quién eres así que no tuve más remedio que tirar de vosotros sin calcular donde ibais a caer.

—Increíble —dijo Poe.

La anciana sonrió ante el comentario.

—Joven, debo de valorarlo a usted especialmente, al fin y al cabo Reyes está aquí porque necesita solucionar su pasado y la joven Iris lo lleva en la sangre, pero usted...usted está aquí por amor a su compañera sin que haya ningún otro motivo que lo justifique. No posee ninguna cualidad especial, ningún don, no está atrapado por un pasado, de manera que quiero que sepa que su presencia aquí lo hace especial a mis ojos.

—¿No tengo ninguna cualidad ni ningún don? —Preguntó el muchacho que no sabía cómo tomarlo.

Iris se hubiera reído si no fuera por esa frase de “lo lleva en la sangre”. No pensaba interrumpir en ese momento lo que la anciana indicara que debían hacer pero tomó nota mental para que le explicase aquel comentario. En su lugar dijo:

—Reyes lleva la esfera cósmica.

—¡Estupendo! En cuanto llegemos comprobaremos si funciona mi plan.

Después de limpiarse aquel barro con las hojas grandes y húmedas de un árbol continuaron su marcha junto a la anciana por un sendero alfombrado de hojas y ramas caídas.

Caminaron durante largo tiempo hasta que el sol empezó a descender. A su paso iba escuchando los murmullos del bosque en el que penetraron. Árboles centenarios los miraban desde sus copas susurrando el viento entre sus hojas, el suelo estaba cubierto de humedad y barro mezclado con las hojas caídas, los animales propios del lugar los saludaban a su paso emitiendo sus sonidos.



—¿Dónde estamos? —preguntó Reyes.

—En un bosque —respondió la anciana.

Reyes alargó su mano para detener el paso de la mujer.

—Ya sé que es un bosque, pero ¿un bosque de dónde? Este lugar no se parece en nada a ningún otro que haya visto, yo pensé que viajaríamos a algún momento de mi vida.

La anciana la miró con ojos profundos.

—Sé que es difícil confiar en mí sin tener ninguna respuesta pero soy tu “yo” anciana, efectivamente hemos viajado a un momento de tu vida, al origen de todo, pero es tan inmenso lo que vas a presenciar que no tengo palabras para contártelo, es mejor que tú misma lo veas para que lo comprendas.

—Éste no es un momento de mi vida, yo jamás he estado en un bosque así, jamás...

Iris que caminaba detrás de ella la alcanzó y acariciando su cabello le dijo:

—Ten un poco de paciencia, Reyes, ya estamos llegando.

—Entonces ¿tú sabes de qué va todo esto? —le preguntó.

—No estoy segura, amiga, pero intuyo que hemos viajado muy atrás en el tiempo.

—No es posible, apenas tengo cuarenta años.

—Tienes muchos más de cuarenta años —dijo la anciana.

Los ojos de Reyes se abrieron como platos. Aquella mujer había perdido la razón. Entornó los ojos y casi en un tono acusador le dijo:

—Está bien, le diré, señora, lo que vamos a hacer. Voy a dar por cierto que es usted yo misma cuando llegue a la ancianidad, voy a dar por cierto esa historia de la esfera cósmica, y también me creeré que Iris y Poe existan en dos planos distintos de la realidad...todo me lo creo, de acuerdo, usted solo dígame que ir a ese lugar me ayudará a salvar a Hugo.

—Sí, Reyes, todo ésto te ayudará a salvar a Hugo. Para entender el problema hay que conocer su origen.

Lo había dicho dulcemente mientras acariciaba con sus manos ancianas y nudosas el mentón aún joven de Reyes, después reanudó la marcha y siguió caminando hasta un lugar frondoso y lleno de árboles de gruesos troncos.

—Señora —dijo Iris en un susurro —cuando dice que tiene muchos más de cuarenta años ¿de cuántos años más estamos hablando?

La mujer no le respondió, tan solo sonrió.

—Debéis permanecer aquí, ocultos tras los árboles y la maleza, dentro de poco alguien armará una pira, juntarán troncos de árboles para hacer una hoguera y traerán a una niña para sacrificarla, no os debéis mover ni intervenir, lo que vais a ver ocurrió hace miles de años, si interrumpís lo sucedido cambiaréis el curso de los acontecimientos y es posible que Amanda Andrade deje de existir. ¿Entendido?

—Oh, Dios...oh, Dios ...oh, Dios... dígame que no es lo que estoy pensando...dígame que esa niña no es Reyes.

Aún no había caído la noche pero en ese instante un rayo cruzó el cielo y todo se oscureció. La anciana suspiró.

—Todo comenzará en breves momentos.

—No me ha contestado —insistió Iris— ¿la niña es Reyes?

—No es Reyes, la niña es Amanda Andrade. Su nombre real es otro que resultaría impronunciable para vosotros. Sí, Iris, es justo lo que estás pensando. Es un sacrificio humano. Estamos en un bosque celta y van a sacrificar a una niña para ofrecérsela al Dios Taranis.

Reyes se sentó sobre el suelo y apoyó la espalda sobre el tronco del árbol que los ocultaba.

—¿Soy una niña celta? —preguntó Reyes en un hilo de voz.

—Así es, querida —respondió la anciana con voz dulce. —Somos una niña celta pero nos vamos a salvar con la ayuda de la abuela de Iris.

Al escuchar aquello Iris sintió como la sangre se agolpaba en su pecho y traspasaba su corazón con ferocidad. Sintió sus latidos en las sienes y un escalofrío recorrió su espalda desde la nuca hasta los tobillos. Poe la abrazó. Él conocía bien aquel gesto cuando todo encajaba pero era difícil de asimilar.

—Tranquila, mi amor —susurró.

—¿Yo también soy una niña celta? —preguntó la joven.

La anciana la miró pensativa.

—Tu abuela fue una mujer celta que huyó de su tiempo con tu amiga Reyes gracias a la esfera cósmica — suspiró al dar aquella información. —Tal como ya debéis haber averiguado la esfera es robada. Le pertenece al Dios Taranis, él es el que rige los días y las noches, las estaciones, las lluvias y los truenos, dueño del tiempo y de su paso. Era necesario robarla para poder escapar y salvaguardar la vida de tu amiga.

Los tres se abrazaron mientras intentaban consolarse del miedo que sentían. No debían intervenir y no lo harían. Estaban allí solamente para enterarse de quién era Amanda Andrade o Reyes Alonso ...o como se llamara en realidad aquella mujer que tenía en su poder la facultad de atravesar el tiempo y las épocas.

Cuando la oscuridad se había apoderado de la noche y el olor a musgo era tan intenso que casi se podía tocar, observaron desde su escondite como hombres y mujeres vestidos con túnicas blancas se agolpaban en torno a una pira creada con troncos, cortezas y ramas secas.

La visión de la pira preparada para prender contrastaba con la humedad del suelo y el verdor que dominaba todo el bosque. Desde detrás de aquel enorme y grueso árbol habían podido ver como habían arrancado cada rama y barrido cada resto de hierba y hojas húmedas trazando una circunferencia en torno a los densos árboles para poder fabricar la pira.

Los hombres que habían trabajado para preparar el escenario eran completamente diferentes de lo que ahora veían. En tanto que los primeros eran, sin duda, campesinos que trabajaban a cambio de comida y hierbas medicinales, los segundos eran personas de elevada clase social, con telas finas en sus vestimentas y los cabellos relucientes y limpios.

Todos se colocaron formando un círculo y esperaban en respetuoso silencio.

Se escucharon los cascos de un caballo y apareció en escena un personaje que parecía sacado de un libro de leyendas y mitos. Los cabellos le llegaban a la cintura, su figura era altísima y delgada y sus maneras llenas de solemnidad.

—Es el representante del Dios Taranis —dijo la anciana en un susurro.

—¿Y cuándo llegará el dios de las narices? —preguntó Poe.

—No llegará —respondió la mujer. —Este personaje es su representante en la tierra. El dios Taranis realmente es una figura esculpida en piedra caliza.

Se quedaron en silencio y empezaron a escuchar la perorata del escuálido representante.

—Estamos reunidos para que nuestro dios Taranis sea homenajeado. Llevamos un tiempo de sequía porque nuestro dios está enojado. El motivo de su ira es la falta de culto que hoy en día estamos viviendo. Nosotros, los druidas, debemos encargarnos de que nadie se olvide de rendirle homenaje para que nos siga enviando la lluvia que alimente las cosechas, por esa razón me ha pedido que cada año escojamos entre los hijos de los campesinos a la niña más hermosa y

ofrezcamos su cuerpo a nuestro dios...

—¡Virgen Santísima! —dijo Iris . —Este tío está loco, todos están locos.

—Shhhh...guarda la calma, niña —le aconsejó la anciana. —Ya hemos terminado aquí, solo deseaba que vierais de que se trata, ahora tenemos que marchar muy despacio hacia el lugar donde tienen a la niña. Recordad, no se debe intervenir de ninguna manera. Lo que vais a ver os dará noción de quién es Amanda Andrade y de cómo llegó a tener la esfera cósmica.

Aunque era difícil que las escucharan ya que estaban a una distancia prudente y el resto de sacerdotes reunidos ante el representante del dios estaban absolutamente absortos en el demencial discurso, los tres se movieron con suma cautela detrás de la anciana que los llevo de nuevo detrás de un árbol.

Ante sus ojos se dibujó un pequeño claro donde un bebé rollizo y de piel clara estaba dispuesto sobre una pila echa de ramas y hojas.

—Esa niña eres tú, Reyes —anunció la mujer.

Reyes sentía cada latido de su corazón golpeándole fuertemente el pecho al punto que incluso temía que pudiera ser escuchado. Respiró profundamente varias veces hasta conseguir calmarse. A continuación dos mujeres de mediana edad se acercaron a la criatura.

Roberto Hernán regresaba a casa por el asfalto mientras la lluvia, cada vez más recia, lo empapaba. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza pedirle a su hijo que lo llevara a casa con la excusa del perro.

Hugo estaba demasiado alterado, demasiado nervioso, y teniendo en cuenta el estado de shock en el que estaba Amanda era natural, sin embargo, los viejos resentimientos que había entre ellos podrían haber prendido como fuego en aquellos momentos.

Nunca había sentido la más mínima empatía por Hugo. Su hija era otra cosa, dentro de la alegría de la joven había una responsabilidad, una meta, pero su hijo, en cambio, parecía vagar siempre a la deriva sin objetivos. Esto era algo que lo irritaba porque él lo había conseguido todo en la vida trazando sus propios planes de los que no se salía jamás.

Ahora estaban sucediendo cosas que no podían encajarse en esos planes, que se salían de toda normalidad. Estaba arrepentido, muy arrepentido de no haberse desligado de aquella historia, de no haber intuido que todo aquello le daría problemas. Lo mejor que podía haber hecho era negarlo todo, alegar que efectivamente entre Reyes Alonso y él había habido algo, pero que para él no había significado más que una aventura. No era cierto, desde luego, pero a fines prácticos hubiera sido lo mejor. ¿Cómo iba a explicarle a su hijo que conocía a Reyes Alonso? Su cabeza daba vueltas y vueltas tratando de encontrar algo que pudiera salvarle de una explicación más profunda. Le diría que había trabajado para él, que habían llegado a ser buenos amigos pero nada más, que por éso era por lo que le había pedido que lo reconociera, y que eso era lo único que sabía, que todo lo demás le resultaba tan extraño como a él.

Aquella chica de San Expédito, Iris, y el muchacho que siempre le acompañaba, Poe, le habían pedido que no volviera a acercarse a Amanda y éso era lo que iba a hacer. Si aquella decisión implicaba alejarse de su hijo también lo haría.

Cogería a su esposa, le diría que estaba agotado y que necesitaba un viaje y se marcharían de allí el tiempo suficiente para que todo lo que tuviera que pasar pasara. Una sombra cruzó su frente. Sí, era cobardía, era eludir su responsabilidad con mano izquierda, era desvincularse de algo que claramente le concernía, pero éso era lo que siempre había hecho y no le había ido mal en la vida.

Justo cuando estaba tomando aquella determinación vio a lo lejos la silueta de la joven de San

Expédito, la tal Iris, la que le había dicho de forma firme que no volviera a acercarse a Amanda.

Ella aflojó el ritmo de sus pisadas al reconocerlo. Llevaba un paraguas de color verde y , en esta ocasión, no acompañaba su rostro con una espléndida sonrisa como era habitual en su cara. Muy al contrario parecía preocupada mientras doblaba un papel que sostenía en su mano derecha. ¿Había guardado aquel papel porque lo había visto a él? Algo le dijo que sí.

—Vaya, señor Hernán —le dijo saludándolo— ¿disfrutando de un paseo bajo la lluvia?

Él fingió una sonrisa y respondió:

—Sí, es algo tan inusual en San Expédito que creo que todos nos sentimos un poco alterados.

—Últimamente viene siendo más habitual —le respondió ella.

Roberto volvió a sonreír sintiéndose más hipócrita que nunca. Estaban hablando del tiempo cuando ambos sabían que lo normal en un día de lluvia como aquel era permanecer en casa frente a un café caliente.

—Parece usted preocupada —le dijo a la joven.

Ella pareció pensárselo durante unos segundos. Si la apuraba un poco más terminaría contándole lo que le pasaba pero ¿sería conveniente para él? Ya que ella misma había decidido apartarlo de todo ¿por qué debía complicarse la vida? Sin embargo, hubo algo que lo impulsó a decir:

—¿Le apetece tomar un café caliente?

—¿Dónde podríamos con su perro aquí? No, será mejor que venga a casa conmigo, tengo que contarle algo y quiero que mi novio lo escuche también.

Momentos después Iris sostenía tres tazas de café espeso y humeante cuyo aroma reconfortaba del frío que mantenía a la ciudad en lluvias y vientos.

Ambos, Roberto y Poe, la miraban concentrados preguntándose que nuevo sobresalto le aguardaría. Roberto jamás en su vida había estado tan nervioso y , por primera vez en toda su existencia, dejó que esos nervios le traicionaran tomando la palabra:

—Creo que es importante que escuchen lo que les tengo que contar. Ha sucedido hace apenas media hora, he visto a Reyes Alonso en la Torre de Santa Elena.

Dos pares de ojos sobresaltados lo miraron esperando una explicación. Conforme Roberto les iba narrando lo sucedido los dos jóvenes iban cambiando sus expresiones desde la sorpresa y el desconcierto hasta la frustración de la incertidumbre. Cuando el señor Hernán preguntó por una explicación a los hechos, Iris solo pudo encogerse de hombros y reconocer que estaba tan desorientada como él.

Roberto se sintió profundamente angustiado y concluyó diciendo:

—Jamás en mi vida pensé que pasaría por algo así, mi mundo siempre fue lógico y racional, ahora me siento completamente perdido y temo por mi hijo, por su reacción, por lo que pueda sucederle.

Iris tragó saliva. Tenía que decirlo de una vez, era importante para tratar de salvar al hijo de aquel hombre que se sentía completamente perdido desde que su mundo práctico había quedado totalmente patas arriba.

—Precisamente es de su hijo de quién deseo hablar, señor Hernán.

Él se incorporó en el sillón y entornó los ojos.

—Lo que voy a decirle le va a sorprender mucho pero debe creerlo sin entrar a cuestionarlo porque es vital para proteger a su hijo.

—Es decir —dijo él —que mi hijo corre peligro tal y como yo sospechaba.

—Sí, pero no es por culpa del Reyes Alonso ni de Amanda Andrade, corre peligro porque su

vida está contada hasta el veintidós de diciembre —la mandíbula de Roberto se contrajo entre el dolor y la desconfianza—. Tengo estos papeles que lo demuestran.

Iris alargó la mano para mostrárselos. Roberto comenzó a respirar con dificultad cuando tuvo entre sus manos la hoja de defunción de su hijo.

—¿Qué significa ésto? Está fechado a veintidós de diciembre y aún estamos a veinte.

—Le dije que no podía cuestionarlo. El papel lo he cogido en el organismo habitual para partes de defunción y nacimientos. Fue mi intuición lo que me llevó hasta allí para solicitarlo. Mire ésto —alargó su mano para mostrarle otro documento —es el historial clínico de Hugo.

Roberto tomó el papel con avidez y lo leyó mientras intentaba conseguir respirar.

—Aquí pone que el motivo de la muerte es una parada cardíaca provocada por una hemorragia externa.

—Exacto —respondió Iris —su hijo murió desangrado en una ambulancia mientras trasladaban su cuerpo al hospital de San Expédito.

Roberto no entendía el tono triunfal de la joven. Le estaba diciendo que su hijo iba a morir en un par de días y ella hablaba como si le estuviera haciendo un favor.

—¿No lo entiende, verdad? —preguntó a Iris mientras buscaba los ojos de Poe. Sí, su novio acababa de comprenderlo. El joven alargó la mano y tomó los dos documentos.

—Permítame que le explique, Roberto, —dijo el muchacho colocando una de sus manos sobre el hombro del señor Hernán —en estos documentos pone la fecha y hora de la muerte, si sigue leyendo verá que el motivo fue un accidente de tráfico a altas horas de la madrugada, éso quiere decir que su hijo muere desangrado porque no había nadie allí que pudiera donar sangre. Lea todo el informe, se le aplicaron transfusiones de sangre pero fueron insuficientes, si hubieran llegado antes al hospital su hijo estaría vivo. Lo único que debemos hacer para salvarlo es colocarnos en el lugar del accidente y esperar pacientemente a que se produzca, una vez que el hecho se consuma estaremos allí dispuestos a donar nuestra sangre para que su hijo viva.

Roberto arrancó los documentos de la mano de Poe. Los leyó y los releyó, después miró a los dos jóvenes.

—Ésto no es una broma ¿verdad? Ésto es totalmente cierto y va a pasar. Los documentos son reales, están sellados, ¿cómo es posible?

—No lo sé —respondió Iris —le juro que no lo sé. Si va usted mismo también tendrá acceso a una copia de ambos documentos.

—Se están alternando las dos realidades, éso es lo que ocurre —dijo Poe—. Reyes las ha alternado al presentarse en este plano de la realidad para recuperar la esmeralda por éso existen estos documentos a pesar de que el hecho aún no se ha producido.

Roberto se puso en pie y comenzó a dar vueltas por el salón. Después de sopesar sus palabras dijo:

—Muy bien, trataré de impedir el accidente y en el caso de que se produzca estaré allí...

—Nosotros también estaremos —se apresuró a aclarar Iris.

—Déjeme hablar, señorita, hay algo que no les he contado. Ustedes estaban allí con ella, con Reyes, la acompañaban mientras buscaba la caja enterrada en la tierra y fue usted misma, Iris, la que prendió esa esfera en su cuello, usted la que la agitó para que Reyes desapareciera de allí. Decidí omitir esa parte de lo que les he contado para ver sus reacciones, cuando se han comportado como si no supieran nada he comprendido que ni siquiera tenían una noción de que hubieran estado allí.

Poe e Iris se miraron inquietos. De modo que había alter egos de sí mismos en ese otro plano

de la realidad al que Iris cada vez tenía más fácil acceso.

No hizo falta que lo dijeran con palabras, estaba claro que debían ir a la Torre de Santa Elena.

## CAPÍTULO XXIII

Detrás de la enorme encina que los cobijaba pudieron escuchar como los sacerdotes druidas que hasta entonces habían estado en silencio, comenzaban a murmurar una melodía. Se miraron entre ellos asustados.

—Tranquilos —dijo la anciana —son los cantos previos al sacrificio.

Iris volvió a mirar a la pequeña niña. Una de las dos mujeres intentaba rescatarla de la cuna de musgo húmedo que la sostenía pero algo se lo impedía. La criatura no parecía estar atada, sin embargo, ambas mujeres habían intentado tomarla en sus brazos sin éxito.

—Está atada a la cuna mediante un hechizo —aclaró la mujer apretando sus labios arrugados.

Éso explicaba que las dos mujeres empezaran a mover los labios. Estaban recitando algo en un intento de deshacer la magia que mantenía atada invisiblemente a la recién nacida. Iris se fijó en una de las dos mujeres...entornó los ojos sobresaltada...tembló. Como si lo hubiera adivinado la anciana puso una de sus manos sobre el hombro de la muchacha.

—Sí, joven Iris, es ella, es tu abuela, pero no debes intervenir, ella no sabe que tú estás aquí.

Los salmos recitados por los sacerdotes iban aumentando de volumen. Empezaron a sentirse pisadas. Reyes respiró agitadamente.

—Tranquila, lo conseguirán.

Una de las mujeres apartó un nutrido grupo de ramas colgantes que había detrás de la niña. De súbito, un resplandor las cegó por segundos. Detrás de aquellos doseles había una fascinante rueda hecha de algo semejante al vapor de agua. En su ondeante neblina se dibujaban las estaciones del año, el día y la noche y el paso del tiempo, todo ello dispuesto en símbolos como el sol, la luna, las hojas ocres del otoño, los cielos despejados del verano, las heladas del invierno y la radiante naturaleza primaveral. Cada uno de los elementos aparecía y desaparecía intermitentemente en aquel círculo giratorio que les recordó de inmediato la esfera cósmica que llevaba Reyes prendida en el cuello.

Las voces de los druidas se acercaban clamando por el sacrificio. Las dos mujeres se miraron la una a la otra horrorizadas. Era necesario que hicieran algo pronto o la niña sería sacrificada. La que estaba más cerca de la esfera miró a la otra buscando su aprobación. Fue la abuela de Iris la que asintió con la cabeza. La otra mujer, valiente y osada, se atrevió a meter la mano en aquella neblina de elementos que giraban. Por momentos contrajo el gesto esperando sentir dolor o quemazón. Sonrió con alivio al comprobar que no le sucedía nada y sacó la mano lentamente como si temiera perder lo que estaba agarrando.

Una pequeña masa de vapor flotaba sobre la palma de su mano. La abuela de Iris se echó las manos al cuello y desabrochó su colgante. La otra mujer dejó caer aquella pequeña nube de la esfera sobre la tosca piedra que su compañera le ofrecía. La masa de vapor penetró en la piedra y acto seguido arrojaron el colgante sobre la niña.

Alrededor de la cuna hecha de hiedra y musgo de la pequeña empezaron a liberarse las ramas hasta que pudieron coger al bebé entre sus brazos. Aquel pequeño trozo de la enorme esfera cósmica había liberado a la pequeña, pero ahora debían de salir de allí. Si huían, antes o después

las encontrarían. Los gestos de tensión contraían los rostros de las dos mujeres.

Un grito desgarró aquella tensión:

—Brujas —gritó a lo lejos uno de los sacerdotes druidas —seréis quemadas en la pira junto a la niña. ¡Apresadlas!

Un grupo de hombres de piel más oscura y cabellos negros empezaron a avanzar hacia el grupo formado por las dos mujeres y el bebé. Cuando todo parecía perdido se empezó a oscurecer el día. La luz se disipó y en cuestión de segundos era noche cerrada con una brillante y redonda luna en lo alto del cielo. Las ramas de hiedra que hasta entonces habían mantenida atada a la criatura a la cuna de musgo comenzaron a crecer en torno a ellas hasta cubrirlas. Muy pronto quedaron ocultas bajo aquellos doseles imparables.

Los hombres sacaron cuchillos y empezaron a romper las ramas. Conforme las iban quebrando con las puntas afiladas de sus armas iban creciendo otras nuevas. Comenzó a llover profusamente y el olor a la madera mojada de la pira preparada con troncos de árboles se extendió en torno a ellos.

—El dios Taranis está enfurecido. Estas hechiceras han perturbado el equilibrio cósmico —gritó el representante del Dios que antes hablaba al resto de sacerdotes congregados en torno a la pira—. Romped todas las ramas y dadles muerte.

Los hombres se aplicaron a la labor con fuerza y decisión incorporándose cada vez más para poder deshacer el nudo de ramas que cubría las dos mujeres y la recién nacida. Cuando consiguieron su propósito ante la malvada sonrisa del representante del dios, una bruma se extendió ante ellos. ¡No había ni rastro de ellas!

—¡Brujería...es brujería!

Siervos y sacerdotes retrocedieron asustados.

La lluvia arreció. Todos miraban la oscuridad del cielo y los relámpagos quebrando el techo oscuro con temor y agitación.

—Esto no quedará así —gritó uno de los druidas —perseguiremos a estas mujeres hasta dar con ellas. No habrá lugar ni tiempo en el que puedan esconderse. El dios Taranis les dará muerte allá donde estén.

La masa de congregados se fue deshaciendo entre murmullos hasta que solo quedaron ellas detrás de la encina envueltas en aquella niebla densa que la huida de las dos mujeres y el bebé habían dejado esparcidas en el aire.

Iris, Poe y Reyes miraron a la anciana preguntándole con la mirada.

—Vamos a ir a un último lugar.

Volvieron a sumergirse en el torbellino de espirales vaporosas que las trasladaba de un lugar a otro. El viaje esta vez fue precipitado como si hubiera una misteriosa fuerza que quisiera arrojarles a un lugar y un tiempo concreto.

Se golpearon con el asfalto al caer delante de un bloque hecho de piedras y adoquines. Miraron a su alrededor. Era de noche. Estaban en lo alto de una colina desde donde se veía una ciudad iluminada por sus luces de neón.

—¿Dónde estamos? —preguntó Reyes.

—Estamos en la ciudad de Santa Gema y este lugar es un hogar para niños huérfanos. Mirad el pequeño bulto que hay junto a la puerta.

El bulto al que la anciana se refería no era tal...era la pequeña envuelta entre ropajes y agitando su pequeños puños en un llanto furioso para hacerse notar.

Poco después una religiosa salió de aquel conglomerado de piedra antigua donde se acogían a



criaturas abandonadas, miró a la niña, examinó sus ropas y advirtió el colgante que estaba prendido a su cuello. Acurrucó a la criatura en su regazo y consiguió que dejara de llorar. Momentos después volvió a entrar en el hogar de huérfanos con ella en brazos.

—Y éso es todo —declaró la anciana—. Ya podemos regresar a San Expédito.

Después de que el señor Hernán decidiera que debía de hablar con su hijo aquel mismo día, Iris y Poe se dirigieron en coche a la Torre de Santa Elena.

—¿Qué es lo que vamos a buscar allí? —preguntó el muchacho a su novia.

—No lo sé, Poe, realmente no lo sé. Solo puedo decirte que si nosotros hemos estado allí sin saberlo debemos al menos tratar de averiguar. Seguramente no habrá nada y regresaremos a casa sin ninguna información pero debemos intentarlo.

Iris no podía imaginar que su llegada a la Torre sería recibida por tres personas y que dos de ellas eran ... ¡ellos mismos!

Reyes y su compañía habían llegado con suavidad desde el pasado, desde el lugar en el que habían contemplado la auténtica identidad de Amanda Andrade. Ya no había ninguna duda, ella era una gota astral. Amanda era la real, la que vivía y amaba a Hugo y ella había sido dotada de otra vida para poder solucionar las cosas. Solo faltaba que las gotas astrales de los jóvenes Iris y Poe entendieran que ellos también formaban parte de una realidad que no existía. Tenían que comprender que ellos debían encontrarse en otro tiempo.

Al verse los unos a los otros quedaron paralizados.

—Míranos, Poe, somos nosotros acompañados de Reyes y de esa señora.

—¿Qué debemos hacer, Iris? —preguntó Poe asustado.

Al otro lado de los cuatro metros que los separaban, también se preguntaban lo mismo.

—Debéis acercaros —dijo la anciana—. Ellos están aterrorizados y nosotros somos más. Avanzad lentamente hasta llegar a ellos y extended vuestras manos.

—¿Para qué? —preguntó Reyes— ¿Quién va a desaparecer y quién va a seguir con vida?

—Nadie va a morir, se van a unir y ser su yo completo.

Los jóvenes observaron como Reyes, la anciana y sus dos alter egos se acercaban a ellos con lentitud.

—Debes hablarles, Reyes, —aconsejó la anciana —la joven Iris confía en ti. Diles que con nuestras manos les mostraremos todo lo ocurrido.

—¿Seguro que no les ocurrirá nada? —volvió a insistir Reyes.

—Segurísimo —respondió la anciana con convicción.

—Nadie os va a hacer daño —dijo Reyes—. Me habéis buscado, me habéis ayudado, ahora podemos actuar juntos. Dadles vuestras manos a vuestras copias y entenderéis todo, veréis todo cuanto ha ocurrido, veréis quienes sois y quién soy yo. No temáis, confiad en mí.

El rostro de la joven Iris aflojó la tensión.

—¿Eres tú, amiga? ¿Eres Reyes Alonso, mi compañera en la editorial?

—Soy yo, Iris.

—¿Y cómo puedo creerte? —preguntó la muchacha aún con desconfianza.

—Puedes creerme porque yo movía tu taza en el despacho de trabajo, yo mantenía frescas las rosas de mi apartamento y alimentaba a mi gatito para que no muriera de hambre mientras yo estaba en otro lugar.

Acababa de decirle aquellas cosas que solo podía saber la auténtica Reyes. Iris al otro lado empezó a sollozar de la emoción.

—No llores, princesa —dijo Reyes —siempre voy a estar contigo solo que a partir de ahora

seré Amanda Andrade y no Reyes Alonso, y tendrás que ser tú la que me busque porque yo no sabré quién eres ni que significaste para mí.

Iris corrió hacia los brazos de Reyes. Ambas lloraban llenas de emoción. Se acariciaron los cabellos, la espalda, se tocaron la cara en busca de confirmación.

—¿Eres tú, verdad, amiga?

—Soy yo, Iris, no lo dudes.

El abrazo se prolongó durante un minuto largo en el que las otras cuatro personas presentes guardaron un respetuoso silencio.

Finalmente habló la anciana:

—Siento interrumpir, chicos, pero si mis cálculos no fallan estamos a domingo, veinte de diciembre, tenemos dos días para salvar a Hugo Hernán y a su hija.

—¿A su hija? —preguntó Poe, extrañado, mientras su novia se separaba de Reyes Alonso.

—Éso trato de explicaros, jovencitos, pero os dejáis llevar por la emoción y no razonáis. Soy Amanda Andrade en su ancianidad. Sería muy largo de contar y difícil de entender, por éso debéis de juntar vuestras manos con nuestro Poe y nuestra Iris para formar la persona completa que sois. No os sucederá nada malo. Solo sentiréis una vibración y comprenderéis todo.

Extendieron las manos mientras temblaban mitad por el miedo, mitad por la incertidumbre. El Poe y la Iris que acompañaban a Reyes, tomaron las manos de sus otras mitades con suavidad pero con decisión. Se concentraron en todo cuanto habían vivido.

A sus mentes fue llegando todo. Vieron como Reyes llegaba a aquel lugar que parecía una aldea medieval llena de musgo y de caminos en arboledas. Advirtieron como ellos mismos recibían a Reyes y le explicaban que estaba allí porque había un error en su vida que subsanar, contemplaron como la anciana le explicaba a Reyes que Amanda estaba embarazada de una hija, como Reyes justificaba su intento de suicidio alegando que no sabía que esperaba un hijo.

Y llegaron a la parte más difícil, vieron como Amanda Andrade era una niña preparada para un sacrificio y como dos mujeres, una de ellas la abuela de Iris, la rescataban de un mundo lejano donde se adoraban dioses celtas, comprendieron como para poder escapar tuvieron que tomar algo sagrado, la esfera cósmica...la famosa esfera cósmica que tantas vueltas había dado en la cabeza de Iris...

Cuando llegaron la final de aquel conocimiento abrieron los ojos. Los acompañantes de Reyes habían desaparecido, solo quedaban ellos tres.

Poe e Iris miraron a su alrededor asustados.

—No temáis —los tranquilizó Reyes—. Están donde deben estar, dentro de nosotros, ellos no eran más que nosotros mismos en otro plano.

Iris posó su mirada sobre el cuello de Reyes. Allí estaba la esmeralda. Reyes lo notó y dijo:

—Así es, amiga, lo que llevo prendido al cuello es un trozo de la rueda cósmica del dios Taranis, rueda que rige el paso del tiempo, por éso es posible todo ésto que está sucediendo.

—Eres una niña celta, Reyes ... ¡Es increíble!

—Yo misma no lo podía creer, amiga, pero no tuve más remedio que hacerlo cuando lo vi con mis propios ojos. La anciana nos llevó hasta allí. Fue entonces cuando supe cuánto te debía. Tu abuela fue la persona que me puso a salvo. No solo a mí, Iris, ella y otras mujeres como ella fueron rescatando a todos los niños que tomaban los druidas para sus sacrificios humanos.

—¡Qué barbaridad! —dijo Poe—. O sea que tienes más años que matusalén.

—Pues sí, muchísimos —respondió Reyes riéndose —pero los llevo bien ¿verdad?

—¿Qué va a pasar contigo, amiga? —preguntó la joven Iris.

Reyes sonrió dulcemente y mientras acariciaba su mejilla dijo:

—Me fundiré con Amanda Andrade tal y como vuestros compañeros se fundieron con vosotros, tal y como la anciana ha hecho ahora mismo conmigo. No moriré, realmente viviré en Amanda solo que...con una salvedad— vio los ojos interrogantes de sus dos amigos—. Ella no recordará nada a diferencia de vosotros, hay que protegerla, es demasiado frágil para entender, tal vez más adelante, cuando llegue a la madurez pueda recibir toda esta información, mientras tanto es mejor que siga su vida con Hugo.

—¿Podremos salvarlo?

—Creo que sí, pero si algo fallara, si no fuera posible igualmente Amanda debe tener a su hija.

Iris entornó los ojos.

—Ésa es la parte que no termino de entender...¿por qué es tan importante esa niña? Toda esta historia ni siquiera es por Hugo, sino por el bebé de Amanda, tan importante como para robarle a un dios celta su esfera cósmica...¿quién demonios será esa niña, la reina del mundo o qué?

—No creo —respondió Reyes riendo —simplemente es una niña fruto del amor que fue sacrificada por el error y la ignorancia de su madre. Iris, aunque no pueda salvar a Hugo, la salvaré a ella. Entonces no supe que esperaba una hija, ahora lo sé y no permitiré que le ocurra nada.

Ambas se abrazaron y junto a Poe, que caminaba detrás de ellas asimilando lentamente todo lo ocurrido, caminaron desde la Torre de Santa Elena hasta el hogar de Reyes, donde las rosas siempre permanecían frescas.

## CAPÍTULO XXIV

Olga Hernán se movía como un duende por todos los rincones de la casa asegurándose de que todo estaba correctamente. Dejaba sus comentarios aquí y allá para que Roberto supiera donde debía acompañarla a lo largo del día.

Debía reconocer que había sido una esposa maravillosa y una madre espectacular. Nunca había deseado hacerle daño. Nunca. Los fallos eran todos suyos, eso no se podía negar. Si todo salía bien y Hugo no moría, le daría aquello que ella siempre le había reclamado, su tiempo. Le dedicaría aquella atención que él por egoísmo le había negado y que lo había llevado a un callejón sin salida. Ahora lo entendía todo, ella solo pedía atención, la suficiente para sentirse enamorada y sentir el deseo de entregarse a él, y él, en lugar de hacer las cosas bien se había dedicado a encontrar consuelo en otra parte.

Roberto era muy consciente de que si Hugo sobrevivía jamás conocería a Reyes Alonso. Le habían dicho que ella no era real, que estaban viviendo algo que realmente no existía. Toda aquella pasión, toda aquella entrega que había sentido era solo una mentira, mientras que su certeza, su esposa, la mujer con la que lo había compartido todo daba vueltas por su casa deseando su atención.

Se juró a sí mismo que si todo salía bien haría las cosas de otra manera.

Se despidió de ella rozando con un beso su mejilla. Gesto que había mantenido por tantos años que ya era más una costumbre que una demostración de afecto.

—No olvides que debemos de ir a por el regalo de la niña —le recordó ella antes de que él saliera por la puerta.

No pudo evitar una sonrisa. Iba a buscar a Hugo, le iba a contar todo y, realmente, no sabía si iba a volver o no.

El sol brillaba sobre el asfalto de San Expédito. Se preguntó qué noche habría pasado la joven Amanda, cómo habría reaccionado al verse a ella misma con veinte años más.

Hugo salía en aquel momento de casa. Vio en la calzada de enfrente a su padre. Aceleró el paso. Roberto lo siguió llamándolo por su nombre.

—Por favor, Hugo.

El joven se volvió airado.

—¿Qué quieres? ¿No nos has jodido bastante ya la vida?

—Por favor, hijo, debes escucharme.

—¿Me vas a decir de qué conoces a esa mujer que es idéntica a Amanda?

Roberto respiró pesadamente.

—Sí, si me dejas te lo explicaré todo.

—Muy bien —respondió Hugo —a casa no podemos subir, Amanda está descansando ahora después de pasar toda la noche despierta. Vamos a tomar un café.

Sí, quizá fuera mejor idea ir a un lugar público. Por lo menos Hugo no le abofetearía en una cafetería.

Mientras servían el espeso café pudo ver las profundas ojeras que enmarcaban los ojos de su

hijo. No tenía buen aspecto.

—Hijo, no debes conducir hoy en ningún momento del día.

Hugo soltó una risotada irónica.

—¿Sabes qué? Estoy harto de que todos me digáis eso. ¿Qué se supone que va a pasarme?

Roberto sabía por experiencia que nada tiene credibilidad si no hay un papel oficial que lo confirme. Por eso no tuvo el más mínimo pudor en robarle a la joven Iris la documentación que acreditaba la muerte de su hijo. Era rarísimo que la muchacha no hubiera todavía reparado en ello pero, tal y como se presentaban las cosas, era posible que contara de antemano con que él se iba a llevar aquel papel.

Metió las manos en el bolsillo y sacó el documento doblado. Se lo ofreció a su hijo.

—¿Qué es ésto? —preguntó el muchacho abriendo los pliegues del papel doblado.

—Tan sólo léelo.

Jamás se había sentido tan impotente como cuando vio la cara de sorpresa de su hijo y sus ojos interrogantes. Hugo alzó la mirada buscando una respuesta. Roberto asintió.

—Es tuyo, hijo, sigue leyendo.

—Es un acta de defunción.

—Sí, y es tuya —insistió Roberto.

Hugo entornó los ojos.

—¿Te diviertes, papá? ¿Te parece una broma graciosa?

—No, no es una broma y no me parece gracioso —respondió el padre con severidad —mira la fecha y hora de la muerte.

Hugo echó un vistazo rápido para confirmar lo que ya había visto. Arrojó el papel sobre la mesa.

—Ya lo había visto. Se supone que apenas me quedan unas horas de vida. ¿De dónde has sacado este papel?

—Me lo dio la chica que había en la torre de Santa Elena. Si te lo muestro a ti es porque ella me pidió que no tuviera ningún contacto con Amanda, que la evitara, de no ser así habría hablado primero con tu novia.

—A ver... ¿me estás diciendo que esa chica, a la que yo no conozco de nada, te da un papel donde pone que voy a morir y tú te lo crees? ¿Qué son, de una secta o algo así? ¡Este documento es falso, por el amor de Dios!

—¿También nos hemos inventado nosotros a Reyes Alonso? ¿Supones que hemos hecho un casting para conseguir a una mujer igual a tu novia? Hugo, tú estabas allí, viste a la mujer, viste a la anciana y a los dos jóvenes, desaparecieron de la nada, estabas tan presente como yo...más que yo...Reyes estuvo a tu lado, te tocó, te pidió que no cogieras hoy el coche...¿crees que yo he preparado todo ésto?

—¿De qué conoces a esa mujer? —preguntó Hugo sin responder a su padre.

Roberto se agitó en su asiento. Miró a su hijo tratando de encontrar las palabras adecuadas para responderle.

—Es una buena amiga—. En el fondo de su corazón algo se rebeló contra esa frase insípida.

Hugo frunció los labios en un gesto irónico.

—¡Esto es increíble! Papá ¿por qué no reconoces que esa mujer es tu amante y asumes por una vez en tu vida las consecuencias de tus actos sin tener que mentir?

Roberto tragó saliva. Y tanto que aquello era increíble. Su hijo adicto a las fiestas nocturnas, a las mujeres, a la marihuana, a dormir hasta las tres de la tarde ... ahora se permitía darle

lecciones de responsabilidad.

—Mira, hijo, apenas llevas unos meses haciendo una vida ordenada gracias a esa chica, Amanda, como para que te permitas juzgar mi vida. Reyes es solo una amiga.

—Claro, claro...por eso le dijiste “soy yo, Roberto”...No somos tan diferentes, padre, a los dos nos gustan las mujeres bellas, salir, pasarlo bien con amigos ...la diferencia entre tu y yo es que yo no engaño a nadie...no niego quién soy...no vivo pendiente de la opinión ajena...Tu para tener la vida que realmente deseas tener tienes que esconderte porque tu fachada de honorabilidad se desvanecería si la gente supiera lo que haces cuando nadie te ve...

—No he venido aquí a rendirte cuentas, Hugo, he venido porque es importante que entiendas que tu vida corre peligro en este momento y ...

—...por éso necesitas una familia que te respalde, porque contribuimos a esa respetabilidad que es tu vida...eso es lo que tu realmente amas, tu imagen social, amas más a esa fachada que a tu mujer, a tus hijos o a tus amantes.

—Yo no tengo amantes, Hugo, no sabes lo que estás diciendo, yo ...

—Tú has tenido amantes toda la vida, papá, lo sé desde que era un crío y juré que nunca sería como tú. Ahora estoy enamorado, amo a Amanda como no creía que se pudiera amar, y soy fiel a ella no porque me lo diga nadie, sino porque yo deseo serlo, y si llega un momento en el que desee a otras mujeres no la engañaré, sencillamente seré sincero con ella y le diré que todo ha terminado. Nunca voy a ser como tú, nunca haré pedazos la vida de nadie para sentir completa la mía.

¿De manera que de éso se trataba? Su hijo había estado huyendo toda su vida de la imagen que él ofrecía porque sabía la verdad, sabía que realmente su vida íntima y su vida familiar estaban muy alejadas la una de la otra.

Roberto estaba enfadado, tenía que reconocer que estaba enfadado. Siempre había imaginado que nadie sospechaba de su integridad, y sin embargo, era su propio hijo el que se la echaba en cara. Muy bien, entonces ya no quedaba razón para mentir. Ya no tenía que cuidar sus palabras. ¿No era que lo sabía todo? ¿No era que era un tipo miserable porque había querido tocar la felicidad sin querer hacerle daño a nadie? De acuerdo, fuera hipocresías, ahora le diría la verdad sin tapujos si éso era lo que quería.

—Está bien, sí, Reyes fue mi amante y dejó de serlo porque desapareció, sino hubiera sido por éso seguramente lo seguiríamos siendo porque es la mujer que más me ha dado en mi vida. Y eso no es todo, hijo. Reyes Alonso es Amanda Andrade, es la mujer que está contigo pero con veinte años más. Yo ya sabía que ibas a ponerle un tatuaje en el hombro, y lo sabía porque yo he visto ese tatuaje muchas veces mientras la he tenido entre mis brazos.

—Siempre supe que eras un cínico, lo que no podía imaginarme es que estuvieras loco —dijo Hugo escupiendo cada palabra.

—¿También es mi imaginación la que se inventa que le has puesto una rosa en su parte más íntima? ¿Cómo podría saber éso si no hubiera estado con ella?

Roberto se dio cuenta de sus palabras apenas las había pronunciado. Acaba de decirle a su hijo que se había acostado con su mujer sin explicarle antes toda la historia. ¿Cómo podía ser tan idiota?

—Eres un miserable —dijo Hugo mordiendo sus palabras para no levantar la voz— ¿Cuándo has espiado a mi novia? ¿Cómo sabes tú eso?

—Déjame explicártelo... No la he espiado, te lo juro, sé que lo que te voy a decir parece una locura pero Reyes y Amanda son la misma mujer...con una diferente edad pero son la misma...por

eso conozco el cuerpo de Amanda y...

—¡Cállate! —gritó Hugo olvidando que estaban en una cafetería— ¡Cállate de una puta vez!

Le arrojó el papel a la cara y salió de la cafetería. Roberto fue tras él. ¿Y si ahora Hugo cogía el coche y tenía el accidente? Miró su reloj, no, aún no era la hora prevista, quedaban todavía tres horas. Lo alcanzó por el hombro y lo hizo volverse.

—Hijo, lo único que me importa es tu vida, me da igual que me odies o me desprecies, quiero salvarte la vida.

—Estás loco —respondió Hugo mientras seguía caminando.

Roberto volvió a cogerlo del hombro.

—Yo no he buscado ésto, Hugo, no sabía que conocería a tu mujer veinte años después y me enamoraría de ella.

Hugo se dio la vuelta y golpeó el rostro de su padre con el puño cerrado. Roberto cayó al suelo y se limpió la sangre que salía por su nariz. Volvió a levantarse mientras miraba la figura de su hijo alejarse.

—Morirás dentro de tres horas si coges el coche.

Hugo se giró a mirarlo.

—No vuelvas a acercarte ni a mí ni a Amanda nunca más.

La silueta de Hugo se fue alejando cada vez más. ¿Qué podía hacer para salvar a su hijo? Nada. Absolutamente nada. Lo único que podía hacer era colocarse en el lugar del accidente y rogarle al cielo que pudiera salvarlo cuando ocurriera.

No supo porqué pero sus pasos se dirigieron a la casa de Reyes Alonso.

## CAPÍTULO XXV

Roberto cayó ante ella arrodillado cuando la tuvo frente a él.

Ahora ya no era una visión, ni una alucinación. Reyes era real, estaba ahí, no había duda, había vuelto de alguna parte y podía tocarla, hablarle y preguntarle. Sin embargo, cuando se levantó de aquel sofá donde tantas veces la había abrazado en sus encuentros clandestinos, solo fue capaz de caer con las rodillas en el suelo buscando consuelo mientras dos lágrimas calientes rodaban por su cara.

No esperaba clemencia, no esperaba que ella lo comprendiera, la había visto mirarlo y era evidente que lo despreciaba. Cuando estaba a punto de decirle que sentía todo aquello, que sentía no haber sido capaz de amarla como ella merecía, sintió la mano femenina deslizarse por su cabello.

Su amiga Iris sonrió. Ella sabía que Reyes era incapaz de albergar rencor por alguien a quien había amado. Y sí, ella lo había amado, no de la forma mágica en que había amado a Hugo, pero a su manera, igual que él, lo había amado.

—Cuando una persona es joven —dijo Reyes sin separar sus dedos del cabello plateado de su amante aún postrado ante ella— ama sin egoísmos, sin dudas, con fuerza, con ímpetu, con arrojo, pero cuando vamos haciéndonos mayores tenemos mucho que perder si el amor nos sorprende. Levanta del suelo, Roberto, no tengo nada que perdonarte, me amaste a tu forma y yo también te amé a la mía. Nos dimos lo que necesitamos el uno al otro, tal vez no de la forma correcta, pero sí de la forma que consolaba nuestros corazones.

Roberto se levantó y tomó las manos de Reyes. ¡Podía tocarla!

—Te prometo que solo esta sensación, solo saber que estás viva, que eres real, es suficiente para mí. Reyes, siento no haberte dado todo lo que te mereces.

Reyes entrecerró los ojos. Era prácticamente un triunfo saber que la había amado. Hubiera deseado mucho más de él, pero al menos ahora tenía la certeza de que para él aquella historia también había sido importante.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué más podemos hacer? —preguntó Roberto después de contar su encuentro con Hugo.

Casi por instinto miraron a Iris.

—¿Por qué todos me miráis a mí? Sé tanto como vosotros.

—Cariño —dijo Poe— eres la nieta de una bruja druida, tu abuela robó un objeto a un dios... ¿a quién vamos a mirar?

La carcajada de la joven rompió la tensión del aire como un fragmento de cristal.

—Lamento deciros que no se me ocurre nada más. Se ha advertido a Hugo de que hoy sufrirá un accidente, es todo cuanto podemos hacer.

—No es posible —gruñó Roberto— no puede ser. Tengo que aceptar que esta mujer —dijo mirando a Reyes— desaparecerá de mi vida dentro de dos horas si todo sale bien, que ni siquiera conservaré su recuerdo, que será como si no la hubiera conocido jamás y ¿no podemos hacer nada?



Se miraron tratando de encontrar una respuesta pero el silencio volvió a apoderarse de ellos.

—Amanda —dijo Reyes —debo fundirme con ella.

Se volvió para mirarlos a todos.

—Ella debe saberlo todo. Tanto si podemos salvar a Hugo como si no, ella debe saberlo. De la misma manera que la mujer anciana penetró en mi corazón, de la misma forma que os fundisteis con vuestros alter egos, yo debo encontrar a Amanda y formar parte de ella. Ésto es lo que haremos ...

Las palabras fueron cayendo sobre ellos como una densa niebla que se iba despejando desde la boca de Reyes hasta los corazones esperanzados de cada uno de los presentes. Todos y cada uno de ellos estaban allí por amor...amor a un hijo, amor a una mujer, amor a una amiga...y definitivamente, algo los unió para siempre cuando Reyes terminó de hablar y todos estaban cogidos de las manos mientras llovía sobre San Expédito.

Hugo no podía creer todo lo que había vivido hasta ese momento.

Iba a morir, con cada copa que tomaba estaba más convencido de ello, había visto el parte de defunción, era su nombre, estaba fechada para ese mismo día y apenas faltaba una hora y media.

Aquello tenía que ser real, su padre nunca se hubiera atrevido a tanto de no serlo. Tenía que poner a Amanda en sobreaviso. Estaba embarazada, aquella mujer se lo había dicho, Amanda esperaba un hijo suyo. Tenía que decirle, tenía que advertirle que aunque él desapareciera tenía que cuidarse y cuidar la vida que florecía en su interior.

No podía perder más tiempo, tenía que irse a casa y contárselo todo a ella.

Se puso en pie, el suelo le daba vueltas...¿por qué había bebido tanto? Ni siquiera recordaba que era lo que le había puesto furioso...ah sí, ahora recordaba...su padre sabía que Amanda llevaba tatuada una rosa en el pubis y él se los había imaginado follando como locos, a su padre tocando a su chica, a su niña, a su amor a la que nadie antes que él había tocado.

No podía ser mentira...ella no podía haber hecho tan bien ese papel de inocente y frágil palomita necesitada de amor y protección... Si lo había hecho él era el tipo más idiota del mundo, el macho burlado, el conquistador más estúpido de la historia...Éso era lo que le había puesto furioso y le había arrastrado de bar en bar, de barra en barra y de copa en copa...pensar que otro hombre la podía haber tocado.

Hizo un esfuerzo por conservar el equilibrio. Saldría a la calle y la lluvia implacable lo despejaría. La amaba. Al margen de lo que ella hubiera hecho, de que hubiera follado con todos los tíos de la ciudad antes de él, la amaba. No podía negarlo. A la mierda todo si ella era una fulana que lo había engañado con su propio padre, tenía que avisarla, tenía que decirle que iba a morir en apenas una hora y media y que ella tenía que seguir viva, que llevaba una criatura en su vientre... ¿Era posible amar y odiar a la misma vez?

La lluvia lo empapó y mojó sus cabellos negros.

Se montó en el coche. Miró su reloj antes de hacerlo. Todavía no era la hora. Le daba tiempo a llegar a casa a decirle a su chica cuanto la amaba.

Amanda dormitaba sobre el terciopelo blanco del sofá, en aquel sopor de caricias suaves el pequeño gato blanco se acomodaba en su regazo acurrucado sobre el tibio vientre de la joven.

No había descansado bien la noche anterior, lo había intentado pero cada vez que cerraba los ojos volvía allí, a la torre de Santa Elena y veía a aquella mujer, veía como Hugo se acercaba a ella y ella le tocaba la mejilla mientras la mujer le decía algo. Por no hablar de Roberto, que con toda claridad había llamado a la mujer diciendo “Reyes, estoy aquí, soy Roberto”, y lo peor de todo es que mirando a la mujer se había visto a ella misma haciendo el amor con el padre de

Hugo.

¡Qué asco! ¿Cómo podía haber en ella tanta promiscuidad? ¿Cómo podía tener fantasías sexuales con el padre de su chico? Y a él le pasaba lo mismo, veía el deseo en sus ojos, veía como la miraba...

Decidió apartar de su mente todos aquellos pensamientos lúgubres. Todo lo que importaba era que amaba a Hugo. No había nada más importante. Él había tenido razón desde el principio, su padre no era de fiar.

Necesitaba dormir, no había dormido bien desde que hacía apenas un par de días había visto a aquella mujer que ...había desaparecido...¡literalmente! No se lo había imaginado, había sucedido, por mucho que Hugo se negara a hablar del tema ella lo había visto con sus propios ojos. Pero no, no iba a seguir atormentándose con toda esa macabra historia, la olvidaría y se refugiaría en los brazos de su chico.

Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua tibia recorriera su cuerpo. Se relajaría con aquella ducha y se dormiría y después de un montón de horas de sueño vería las cosas de otra manera.

El vapor, el masaje del agua sobre su cuerpo, y los aromas a aceites consiguieron relajarla. Cuando salió de la ducha ya tenía otra disposición, ahora solo faltaba que Hugo llegara y la envolviera en sus brazos.

Como si fuera un regalo del cielo escuchó abrirse la puerta y cerrarse con suavidad. Salió vestida con su delicado albornoz y una sonrisa en la cara.

—Mi amor —dijo risueña al verlo.

Hugo levantó la mirada fija en el suelo y la miró. Sonrió al verla pero sus ojos estaban llenos de oscuridad. Amanda advirtió el semblante endurecido de su chico.

—Hola, mi dulce princesita —dijo él arrastrando las palabras.

Amanda advirtió los movimientos pesados de su chico y como a su paso el aire se llenaba de olor a alcohol.

—¿Has ... has bebido, mi amor?

Hugo soltó una risotada y dio unos pasos tambaleantes hasta quedar a medio metro de ella.

—Dime otra vez eso de “mi amor” —pidió lleno de sarcasmo.

Amanda se estremeció.

—Voy a hacer café —dijo alejándose de él.

—No vas a hacer nada —dijo agarrándola del brazo y deteniendo su movimiento—. Te he pedido que me digas otra vez eso de “mi amor”...vamos, quiero escuchártelo decir.

—Hugo ¿qué es lo que pasa?

—Oh, ¿estás temblando, palomita? Mi dulce y tímida niña inocente ¿tienes miedo de mí?

La cogió de la nuca y acercó su boca a la de Amanda. Ella aspiró el olor a alcohol poniendo un gesto de desagrado.

—¿Te molesta que haya bebido un poquito? Discúlpame, pequeña, ha sido solo para olvidarme de lo zorra que eres.

La besó con una ferocidad a la que Amanda no estaba acostumbrada. Ella luchó por liberar su boca de aquel beso furioso pero no pudo, él la tenía aprisionada con una mano en el cuello y la otra en la cintura.

—¿No te gusta, mi vida? Claro... estás acostumbrada a la dulzura, a la ternura, a descojonarte en mi cara cada vez que hacemos el amor y te trato como si fueras una frágil muñequita, pero ya se ha terminado, Amanda, ahora te voy a hacer disfrutar de verdad y después decides quién folla

mejor, mi padre o yo.

Amanda apoyó las manos sobre el pecho duro y amplio de Hugo.

—Hugo, para, por favor, dime de qué estás hablando, mi amor.

Él abrió la delicada bata de baño que envolvía el cuerpo de Amanda. Los jóvenes pechos quedaron expuestos. Hugo los miró con deseo y agarró uno de ellos con su mano apretándolo sin compasión. Amanda gritó.

—Me estás haciendo daño, Hugo, ¿qué es lo que te pasa? Cuéntamelo.

Él puso su otra mano sobre el trasero de Amanda y la acercó con rudeza a su sexo erecto.

—¿Te han follado alguna vez a lo salvaje, princesa?

Amanda le dio un empujón. Él se tambaleó en su precario equilibrio y cuando la volvió a mirar dijo:

—Vaya, te gusta jugar, ven aquí.

—Vete, Hugo, has bebido y me estás haciendo daño, no quiero hacer el amor contigo ahora.

—A lo mejor si es mi padre el que viene sí tienes ganas de follar. Tengo una idea... ¿por qué no lo llamamos y nos lo montamos los tres?

Intentó abrazarla otra vez para acercarla a su cuerpo pero Amanda se deshizo de sus brazos.

—Hugo, no sé qué es lo que te está pasando, mi amor, pero tú sabes que yo nunca te he engañado, que solo he estado contigo, nada más que contigo...

—Y una mierda... a mí no me engañas más, dulce Amanda... ¿Cómo es posible que mi padre sepa que tienes una rosa tatuada aquí? —Puso la mano sobre el pubis de la chica.

¿Cómo se había acercado tanto? Hacía un momento estaba a dos metros y ahora la tenía de nuevo apretada junto a él, sintiendo la excitación de aquellos celos, de aquella posesividad de hombre. Tenía la bata desgarrada por el tirón de Hugo y su cuerpo estaba desnudo. Él la manoseaba con la mano izquierda mientras que seguía apretando con la otra su pubis como si fuera un objeto.

—¡Suéltame! —gritó ella.

—¿Cómo os lo montabais? ¿Cuándo follabais... cuando yo trabajaba? ¿Venía aquí?

—Estás loco, Hugo, ¿cómo puedes imaginar algo así? Jamás he estado con otro hombre más que contigo y lo sabes perfectamente.

—Cállate, embustera —dijo él sujetando las manos femeninas que luchaban por liberarse—. Date la vuelta y enséñame tu precioso culo. Seguro que lo que te voy a hacer no te lo ha hecho él.

Amanda giró como una peonza entre las manos de Hugo. Él terminó de sacar la bata de aseo y la arrojó al suelo. Las nalgas redondas y bien formadas de Amanda rozaban la entrepierna de su pantalón. Las amasó entre sus manos con dureza y las abrió tocando la parte más vulnerable de su cuerpo. Ella tembló, sabía lo que él se proponía hacer. Tuvo que soltarla para sacar su miembro erecto. Ella aprovechó el momento para huir pero no pudo escapar muy lejos.

—Ah ¿qué quieres jugar? Eso me excita aún más. ¿Quién te ha enseñado a hacerlo, mi padre?

Amanda agarró la lámpara de noche que había sobre la mesita y se la arrojó. El filo de la lámpara rozó la mejilla de Hugo haciéndola sangrar.

Ella lo miró aterrorizada mientras se acercaba con los ojos oscuros llenos de rabia. ¿Qué podía hacer? Él estaba celoso de un fantasma, de algo que no existía, de algo que no había ocurrido. Nadie podía ya salvarla de aquella situación.

Hugo la agarró de los brazos y la arrojó sobre la cama. La puso de espaldas y abrió sus nalgas.

—Si me tomas de esta manera, Hugo, jamás, jamás en mi vida te perdonaré. Te amo ... te amo

como nunca amé a nadie, no he estado con tu padre ni con ningún otro hombre, pero tampoco volveré a estar conmigo si me haces ésto —dijo mientras sollozaba.

Ella sintió que él se detenía. ¿Había conseguido aplacarlo? Sentía aún su miembro duro sobre su intimidad expuesta, dispuesto a desgarrar aquella parte de ella todavía inexplorada. Sin embargo, la presión había terminado, ya no había forcejeo, ya no la sujetaba.

Amanda se dio la vuelta lentamente. Hugo parecía asustado. La miraba con una mezcla de horror y compasión. Se apartó de ella y se echó las manos a la frente mientras cerraba los ojos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?

Se alejó unos pasos de ella y cayó al suelo arrodillado. Amanda se puso en pie y corrió hasta abrazarlo.

—Déjame —dijo él —no te acerques a mí, Amanda, no quiero hacerte daño.

—No me vas a hacer daño porque me amas, Hugo, me amas y sabes que yo sería incapaz de traicionarte.

El levantó la mirada y sus ojos estaban húmedos. Abrió la boca y como si le costara hablar preguntó:

—¿Cómo sabe él lo de la rosa tatuada?

—No lo sé, amor —respondió ella en un sollozo —te juro que no lo sé, pero yo nunca he estado con tu padre, te lo prometo, Hugo, tienes que confiar en mí.

Él se levantó y sin decir nada salió del cuarto.

—Hugo, quédate aquí conmigo, no te vayas...

Él la miró con tristeza antes de cerrar la puerta de salida. Escuchó el llanto de Amanda mientras bajaba las escaleras. ¿Quién quería volverlo loco y porqué?

Llegó hasta el coche, se acomodó en el asiento y reposó la cabeza sintiéndola embotada por el alcohol. ¿Qué era lo que había hecho? Había ido a casa para decirle que la amaba, que sabía que esperaba un hijo suyo, y en lugar de éso se había dejado llevar por los celos y había estado a punto de violarla...a su mujer, a su niña, a su ángel...a la persona por la que hubiera muerto con tal de protegerla.

Arrancó el coche. Conectó el parabrisas del coche para apartar el agua de lluvia que golpeaba el cristal. Tenía que ir a algún lugar donde pudiera relajarse y pensar con calma. Después, con los nervios ya templados regresaría a casa y hablaría con Amanda, y si hacía falta le entregaría su propia vida con tal de que lo perdonara. Sí, éso haría.

Estaba demasiado borracho, demasiado celoso, demasiado embotado para darse cuenta de que era veintidós de diciembre.

## CAPÍTULO XXVI

Reyes Alonso sintió una punzada de dolor que le hizo doblarse hasta caer de rodillas al suelo. No era un dolor físico, era un dolor del alma, algo parecido a un vacío.

Iris corrió a socorrerla.

—Es el momento —dijo Reyes—. Acabo de ver ... de sentir con una absoluta nitidez cómo Hugo ha abandonado a Amanda y ha arrancado el coche.

—¿Va a suceder? —preguntó Iris con los ojos llenos de pánico.

Reyes, aún arrodillada, agachó la cabeza. Escuchó como el cielo gemía y tuvo plena conciencia de cada una de las gotas de lluvia que impactaban sobre San Expédito. Tocó su colgante, su esmeralda engarzada en la cadena de platino, aquella gargantilla que la había acompañado toda la vida y que era un trozo del legado de un dios.

—Sí, va a suceder —dijo levantándose del suelo. —Iris, debéis ir al lugar del impacto. Salvad su vida.

—¿Y tú? —preguntó Poe.

—Yo... debo buscar a Amanda.

Al otro lado de la ciudad una joven miraba por la ventana preguntándose qué era lo que acababa de ocurrir.

¿Por qué su novio estaba celoso de su propio padre... qué le había llevado a la convicción de que ellos dos habían estado juntos?

Sí, era cierto que ella había tenido presentimientos raros con el padre de Hugo, pero jamás en su vida se le había pasado por la cabeza estar con otro hombre que no fuera su novio.

¿Y qué eran todas aquellas imágenes que llegaban a su cabeza llenas de bosques, de tormentas sobre la hierba, de rayos quebrando el cielo? ¿Por qué pensaba en una hoguera? ¿Por qué imaginaba hombres vestidos con túnicas y cantando salmos extraños?

Tenía miedo de estar volviéndose loca, pero no era posible, todo aquello era real, había visto a aquella mujer que era igual que ella, le había visto tocarle la cara, la había visto desaparecer detrás de un tronco quebrado bajo un relámpago.

Ahora él se había ido, la había dejado, la había abandonado de la peor manera, se había marchado furioso y ella estaba tan confundida que ni siquiera podía llorar.

Se echó las manos a la cabeza para intentar acomodar sus pensamientos. Aquellas imágenes de túnicas y bosques, de lluvia y de fuego no la atormentaban más allá de la incertidumbre que le creaban. Llegaban sus pensamientos como una lluvia suave, sin presionar, como si solo se dejaran ver para que ella empezara a comprender. Pero ¿qué era lo que debía entender? ¿Qué parte de todo aquello era lo que se le escapaba?

Un trueno hizo que la tensión eléctrica apagara y encendiera las luces del apartamento. Nunca había tenido miedo a la oscuridad, sin embargo, de alguna manera supo que aquello era diferente, que la luz en esta ocasión sería distinta.

Cuando abrió los ojos al sentir tras sus párpados el resplandor la vió.

Ante ella había una mujer de unos cuarenta años. Era hermosa. Tenía el cabello largo y

rubio...como ella. Los ojos grandes y verdes ...como ella. La figura esbelta y delgada...como ella. Lo único que la hacía diferente era la edad. Realmente aquella mujer era su réplica exacta con un par de décadas más.

Era ella. Era la mujer que había aparecido ante Hugo en la Torre de Santa Elena.

—Hola Amanda.

La joven abrió los ojos de par en par.

—Márchate de aquí...no sé que es lo quieres pero aquí no lo vas a encontrar. Fuera de mi casa.

La voz de la muchacha se movía entre la duda y el miedo.

—Sé que debes estar aterrorizada pero debes escucharme.

—No —dijo mientras agitaba sus manos delante de Reyes como si aquel gesto pudiera hacerla desaparecer. —Márchate, no quiero que digas nada, no quiero que me cuentes nada, lo único que quiero es que Hugo vuelva —sollozó.

Reyes la miró con ternura. Era ella, frágil y vulnerable antes de que la vida la golpeará.

—Tan solo dame tus manos. Yo te haré entender que es lo que pasa. Amanda, necesito que colabores porque la vida de Hugo está en juego —vio como la muchacha la miraba con atención al pronunciar aquellas palabras. —Si me das tus manos entenderás porqué Hugo se ha ido, porque está celoso de Roberto Hernán, incluso entenderás esos pensamientos que acuden a tu cabeza llenos de bosques, lluvias, truenos y relámpagos.

¿Cómo lo sabía aquella mujer? ¿Cómo sabía lo de sus imágenes de bosques y lluvias?

Reyes advirtió como los ojos de Amanda se abrieron de par en par al notar que adivinaba los pensamientos que había estado teniendo. Continuó en ese camino porque era imprescindible que Amanda confiara en ella para que todo cambiara, para que si algo salía mal y Hugo moría, ella no atentara contra su vida.

—Sé que a tu mente han llegado como si fueran una cascada de recuerdos las imágenes de hombres vestidos con túnicas, sé que has visto la pira y el fuego, que los has escuchado cantar sus salmos —la muchacha la miraba con una extraña fijeza —¿ a qué has visto un bebé en esas imágenes...un bebé en una cuna hecha de hiedra y plantas?

La joven se fue acercando a ella con lentitud. Reyes pudo ver como miró la esmeralda.

—Sí —dijo tocándola con sus manos —es tuya, es tu esmeralda, yo la saqué de tu cápsula del tiempo. Amanda ¿has visto en tus pensamientos una esfera de vapor, verdad?— Amanda asintió con la cabeza— . Esta esmeralda es parte de esa esfera, es un objeto mágico de los antiguos druidas celtas y tiene el poder de trasladarnos en el tiempo.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha sin que esta vez hubiera ningún deje de temor en su voz.

—Soy tu, Amanda, soy tu misma dentro de muchos años. He venido desde muy lejos para decirte que no debes intentar quitarte la vida si Hugo muere.

—¿Y por qué va a morir Hugo?— Su voz era desafiante ahora.

—Dame las manos Amanda, es todo lo que necesito que hagas para que comprendas. Si me das las manos y puedo transmitirte todo lo que necesitas saber podremos intentar salvar a Hugo del accidente que está a punto de sufrir.

—¿Mi novio va a morir en un accidente? —Ya no estaba desafiante, ahora temblaba.

—Sí, Amanda, y tu vida cambiará para siempre si no hacemos algo por evitarlo. No se trata solo de su vida, también de la vida de su hija ...de tu hija...de la hija que estáis esperando. Soy tu misma dentro de veinte años. Yo perdí a Hugo, perdí a mi hija porque aún no sabía que mi vientre

la albergaba, no he sido feliz, Amanda, no ha habido ni un solo día de mi vida que no haya extrañado a Hugo, que no haya llorado por él, jamás he amado como lo amé a él...como tú lo amas a él. Sé todo lo que sientes porque yo lo sentí hace veinte años.

La joven se llevó las manos al vientre. Sintió la suavidad de su piel estremecerse bajo la mano que lo protegía. Fue un acto instintivo. Ella no era consciente de estar embarazada sin embargo cuando aquella mujer pronunció esas palabras tuvo el reflejo inmediato de proteger aquella vida que era parte del hombre al que amaba.

—No estoy embarazada —dijo sin demasiada determinación—. Bueno...realmente no lo sé.

—Lo estás, Amanda, la hija que esperas es el motivo por el que yo estoy aquí.

Reyes sabía que aún no la creía. Sentía sus mismos pensamientos como en un flujo de corriente eléctrica.

—Amanda, cuando eras una niña te encantaba leer cuentos llenos de magia, te gustaba la lluvia, te quedabas mirando desde el hogar para niños de Santa Gema como caía en el jardín que rodeaba el parquecito en el que cada día jugabas. Había una monjita que cada jueves iba a la biblioteca municipal y te buscaba los cuentos de magos y hechiceras que tú leías. Esperabas siempre con ansiedad ese día.

Reyes simplemente hablaba de su vida, esa vida donde se había criado sola, esa vida que ella tanto se había empeñado en ocultar a todo el mundo para que no la miraran como una pobrecita desvalida...

—Las monjitas pensaban que eras la hija ilegítima de alguna muchacha de clase adinerada, lo pensaban porque te recogieron en las puertas del hogar con la esmeralda entre tus ropas. Siempre te pareció injusto que si aquello fuera cierto te hubieran abandonado y pensabas que ni en las peores circunstancias abandonarías a un hijo tuyo a su suerte.

Amanda permanecía con la mano sobre su vientre. La escuchaba. Reyes sabía que la escuchaba con atención.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó en un susurro.

—¿Aún no me crees? Me llamo Reyes Alonso. Fui amante de Roberto Hernán. Ése es el motivo por el que has tenido todos esos pensamientos complicados acerca de él. Pero antes de ser Reyes Alonso fui Amanda Andrade hace muchos años. Hugo morirá si no consigo que confíes en mí.

Amanda se colocó a escasos centímetros de Reyes. Miró su cara. Era ella...era absolutamente enloquecedor pero era ella. Alargó la mano, tocó el rostro de Reyes.

—¿Desde dónde has venido para salvar a mi hija?

Reyes extendió sus brazos y dejó las manos abiertas esperando recibir las de Amanda. La joven las miró. Lentamente alzó las suyas hasta sentir el contacto cálido de la piel de Reyes. Los dedos de ambas se enroscaron como si fueran un perfecto engranaje.

Amanda cerró sus ojos verdes.

## CAPÍTULO XXVII

Roberto no había vuelto a casa aquella noche de diciembre.

Debía estar allí, en el punto exacto donde el coche que manejaba su hijo impactaría sobre el vidrio del escaparate de una tienda de moda. El eje de dirección del turismo se rompería y su hijo daría volantazos intentando contener el automóvil mientras que este se deslizaría a una velocidad superior a la permitida hasta el impacto.

Su cuerpo saldría despedido por la puerta del coche al chocar y perdería el conocimiento al caer al suelo mientras una sábana de cristales rotos aterrizaría sobre él haciendo profundas heridas en varias partes de su cuerpo.

La ambulancia tardaría más de lo deseable en llegar y Hugo yacería en el suelo aún vivo mientras la vida se iría escapando poco a poco de él.

Pero todo éso iba a cambiar ahora. Él iba a llamar a los servicios de urgencia minutos antes del impacto.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza lo que estaría pensando su esposa mientras se retorció las manos en el salón preguntándose porque su marido no estaba en casa a las dos de la madrugada.

Los vio llegar...

Dos siluetas jóvenes bajaron de un coche aparcado en un lugar discreto. Se colocaron justo enfrente de él en la acera contraria. Les sonrió. Iris le devolvió el gesto, Poe saludó con la cabeza.

Los tres estaban allí para lo mismo; intentar evitar la muerte de Hugo Hernán ... Hugo, su hijo, Hugo, el amor de Amanda Andrade.

Lo vio todo como si fuera una cortina de sueños inconexos en ese momento de duermevela justo antes de coger el sueño más profundo.

Vio los húmedos árboles de algún bosque verde y lleno de sonidos, la noche cayendo implacable mientras dos mujeres conspiraban para salvar a una criatura recién nacida, la cuna de hiedra y flores y alrededor de ella unos aros de vapor que parecían aislar a la niña del resto del mundo.

¡La niña era ella! Lo supo con la misma certeza que sabía que existía la noche y el día, el paso de las estaciones o la lluvia y el sol. Era ella y las dos mujeres intentaban salvarla...pero ¿salvarle de qué?

Oyó los salmos, vio a los sacerdotes replicar palabras para calmar la ira de un dios, un dios dueño del tiempo...escuchó su nombre...¡Taranis!

Vio a su representante pedir cruelmente el sacrificio de un alma blanca, el alma pura e incorrupta de un bebé.

Intentó soltarse de las manos de Reyes. Estaba horrorizada. Sin embargo la mujer se las sujetó con más fuerza...¿Aún tenía que ver más? ¿ Cuánto más? ...porque aquello era absolutamente espantoso.

Las mujeres del bosque manipularon los aros de vapor y pudieron rescatar a la niña cobijándola en sus brazos. Uno de los aros se solidificó en un objeto, una pequeña piedra



centelleante... ¡La esmeralda!

Las siguientes imágenes le hicieron comprender aquella confusión con el padre de su novio. Reyes Alonso se mecía en los brazos de Roberto Hernán totalmente enamorada, pero había más... Una noche, lluvia, relámpagos quebrando el cielo como si Taranis reclamara su presencia céltica en un día de tormenta. Un hombre conducía. Se fijó en las conocidas facciones del rostro, en la postura del cuerpo, en el gesto contrariado ... ¡Hugo conducía!

Como si pudiera oler el peligro su corazón empezó a palpar ferozmente dentro de su pecho. Escuchó un crujido. El coche derrapó y su novio salió despedido y cayó al suelo.

—¡No! —gritó con desesperación.

Apartó las manos de Reyes como si quisiera negar la posibilidad de aquella visión.

—¿Dónde está Hugo? Dime qué es lo que está pasando.

—Dame las manos, Amanda, por dios, no hay tiempo.

Reyes tomó sus manos por la fuerza mientras la joven forcejeaba. Dejó de luchar contra ella cuando sintió una brisa cálida que la penetraba. De repente ya no la sujetaba nadie, ya no había unas manos aferradas a las suyas. Reyes había desaparecido. ¿Acaso se había metido dentro de ella?

Escuchó su voz antes de que aquella extraña mujer desapareciera para siempre convirtiéndose en una parte de ella.

—Cuida de tu pequeña.

Ya no estaba. ¿Se lo había imaginado todo? Llevo inconscientemente las manos a su vientre, después ascendió por su cuerpo hasta llegar a la garganta.

El pequeño objeto quemaba la delicada piel de su cuello... ¡Había recuperado su esmeralda!

#### AMANDA

Ahí estaba yo y acababa de comprenderlo todo, absolutamente todo. Mucho más incluso de lo que había comprendido la propia Reyes Alonso. Y lo supe porque establecí aquella conexión mágica mientras mi mano derecha se apoyaba sobre mi vientre y mi mano izquierda alcanzaba la esmeralda que pendía de mi cuello. Ése fue el momento mágico en el que supe quién era mi hija y porqué era tan importante que naciera. Casi pude verla dentro de mi vientre moviéndose inquieta buscando la protección que necesitaba.

No pude evitar sentirme totalmente desbordada por lo que acababa de sentir. Aparté asustada la mano de la esmeralda. Mi niña seguía allí dentro, sonreía, me pedía que no tuviera miedo, que volviera a hablar con ella.

Lentamente volví a elevar mi mano y a posarla sobre la esmeralda.

“Sí, lo sé, pequeña, es una esfera cósmica y con ella ... ¡Oh, Dios mío! ... con ella ... ¡me salvaste la vida! Tenías la apariencia de una anciana pero eras tú y estabas allí para protegerme de Taranis. Él había pedido mi sacrificio porque eliminándome a mí acabaría contigo.”

Retiré la mano de la esmeralda y la apoyé en mi vientre formando una cuna con ambas manos. Casi inconscientemente me mecí tratando de arrullar a mi hija. Ella quería que la siguiera escuchando pero yo solo deseaba albergarla dentro de mí, decirle que no correría peligro ahora que conocía su existencia, pedirle perdón por lo que había hecho en el pasado sin saber que ella existía, explicarle que estaba desesperada por la muerte de Hugo.

Mi respiración se agitó. Me costaba trabajo llenar la cavidad de mi pecho con la cantidad de aire suficiente para respirar. Sabía que era ella la que provocaba tal reacción. Rodeé la esmeralda con mi mano.

“Taranis quería eliminarte por celos, él aspiraba al máximo poder y sabía que tú, Dana, eras la madre de todos los dioses, reina absoluta y querida de la civilización celta, dueña de toda la tierra, de todos los dones ...”

¡Cielo Santo, aquello era demasiado! Yo era una niña celta rescatada de un sacrificio humano gracias a una anciana a la que ahora llevaba en mi vientre y era una diosa celta.

La esmeralda me quemaba en la mano. La aparté solo el tiempo suficiente para sentir el alivio fresco del aire sobre la palma de mi mano.

“Taranis quería ser el dios más venerado por tu pueblo. Tenía mucho poder, regía el tiempo en todas sus dimensiones, los fenómenos naturales y el paso de las estaciones. Decidió retarte olvidándose de que eras tu, Dana, quién le había otorgado aquellos dones. Utilizó la esfera cósmica para volver atrás y buscar a tu madre... yo...”

Tenía que beber agua. Me quemaba la garganta. Era como si todas aquellas palabras guardadas tanto tiempo salieran con tanta fuerza que arrollaban todo a su paso.

Fui a la cocina y abrí el grifo bebiendo el agua directamente del chorro refrescante que caía. Mi hija se calmó mientras el agua fría refrescaba la quemazón de mi garganta. Sentí su serenidad cuando noté que la esmeralda ya no quemaba. Volví a rodearla con mi mano izquierda mientras apoyaba la derecha en mi vientre.

“Hubieras podido acabar con él pero temías por mi vida y decidiste ponerme a salvo. Tú y otra mujer me rodeasteis con uno de los aros de vapor de la esfera y éste cayó sobre mí transformado en una esmeralda y me trajo a esta época. Tú viniste también pero no podías estar cerca de mí para que Taranis no me encontrara. Conservaste tu aspecto de anciana ...”

Iba entendiendo cada una de sus palabras, éstas iban acompañadas de imágenes que lo hacían más fácil, pero había algo que no me terminaba de encajar. En todas las imágenes que me mostraba había una niña y no era yo. Era una criatura más o menos de mi misma edad, definitivamente hermosa, con una sonrisa amplia y largos cabellos castaños...

“... Transformaste en niña a la mujer que te ayudó a deshacer la esfera cósmica. La tuviste contigo como si fuera tu nieta. Solo hubo un problema... tu compañera jamás recordó nada. Ella es ...”

La esfera en forma de esmeralda volvió a quemar en mi mano. Esta vez no la aparté. Quería saber quién era aquella pequeña que vivió su infancia junto a mi hija sin saber que había ayudado a salvarme la vida ... casi lo presentía ... La esfera ardió en mi mano.

“... Ella es la hermosa joven que ayudó a Reyes Alonso a recuperar la esmeralda enterrada en la cápsula del tiempo que preparé para Hugo. Su nombre es Iris”

## IRIS

Si hay algo que siempre he detestado en mi vida es dar explicaciones a los demás pero supongo que en aquel momento crucial en que esperábamos salvar la vida de un hombre algo tenía que decir para justificar porqué en plena calle y bajo una intensa lluvia me arrodillaba en el suelo mientras las lágrimas resbalaban por mi cara.

Mi novio bebía su café con tranquilidad pero profundamente concentrado mirando hacia la dirección por donde tenía que llegar el coche de Hugo Hernán.

Recuerdo perfectamente el momento en el que lo comprendí todo. Es increíble como en cada hecho trascendente de nuestra vida recordamos cada detalle; el olor de la tierra, la humedad del aire, el comportamiento de los demás...y nuestro maravilloso cerebro va registrando todos y cada uno de esos datos mientras nosotros seguimos dándole vueltas a nuestros asuntos. Es como si

trabajara en un segundo plano dándole importancia a lo primordial pero sin dejar de procesar lo secundario.

Yo estaba igual de concentrada que Poe, miraba en la misma dirección que él, al otro lado de la calle Roberto Hernán miraba con ojos desorbitados el lugar por donde entraría el coche de su hijo.

Noté un malestar, esa clase de aviso intuitivo que te dice que va a pasar algo más de lo que esperas. No es cosa mía, todos tenemos ese sexto sentido y todos tratamos de acallar esa voz interior.

Sentía acalorado el cuello. No era la clase de picazón que sientes cuando tu garganta se queja de la humedad. Era algo más. Una sensación ardiente justo en la base de la garganta, como si llevara un pesado collar que al roce con mi piel aumentara su temperatura, sin embargo, no temía por el síntoma físico, intuía que era un aviso, el preámbulo de algo importante, y de repente, no sé cómo, entre la visión del humeante café de mi novio evaporándose en la humedad de la noche vi con total nitidez la esmeralda sobre el cuello de Amanda.

¡Sí, Reyes lo había conseguido! Había llegado hasta ella y se lo había contado todo. Ahora ya eran un solo ser.

Lo que no podía imaginar era mi conexión con la esmeralda. Lo que no podía imaginar era ... quién era yo.

Las imágenes y las palabras llegaban a mí con absoluta claridad. Escuchaba o sentía, no lo sé, como Dana, la hija de Amanda y Hugo, le hablaba a su madre desde la redondez abrigada de su vientre.

Era algo sobrenatural, era algo ... ¡mágico!

No me asustaba el hecho en sí, lo que me dejó totalmente aturdida fue tener la certeza de quién era yo y que papel jugaba en toda aquella historia.

Y todas las piezas encajaron ... mi infancia extraña recolectando hierbas para hacer pócmias con la abuela, los cánticos y bailes bajo la lluvia, aquella intuición mía que siempre se adelantaba a los acontecimientos, mi fascinación por la civilización celta y por los objetos mágicos. Todo aquello que siempre había querido ocultar en un mundo donde lo diferente siempre es rechazado. Siempre me había sentido fuera de lugar, desubicada, sola, y siempre me había esforzado por ser tan solo alguien más que encaja en su mundo.

Ahora entendía aquella sensación ... No encajaba en aquel mundo porque no era mi mundo.

Tenía una ventaja sobre Amanda; yo había conocido a su hija, a la gran Dana, madre de todos los dioses celtas, yo le había ayudado a deshacer los aros de la esfera cósmica de Taranis para salvar a su madre.

No había recordado nada de aquello hasta ese momento, pero ahora, Dana, protegida en el vientre de su madre, Amanda, había querido que yo también escuchara sus palabras.

Ahora sabía porqué Reyes me encontró, ahora sabía porqué era tan importante salvar a la hija de Amanda. Hugo tan solo era una pieza más, sin embargo, Amanda se negaría a vivir sin él y eso haría imposible el nacimiento de Dana.

Toda aquella información repentina mientras los truenos voceaban la ira de Taranis hizo que me arrodillara en el húmedo suelo de San Expédito preguntándome como iba a contarle a Poe todo aquello.

POE

Estaba tan absorto mirando el lugar por donde debía venir Hugo que apenas lo noté. Solo sé

que miré un segundo y la vi arrodillada en el suelo, llorando, con el cabello mojado por la lluvia, los gloriosos labios entreabiertos y con expresión de sorpresa.

Y, como ocurre siempre, todo sucede en ese segundo de desatención. Un minuto antes había visto a Roberto Hernán hablando por su móvil. Estaba seguro de que llamaba a los servicios de emergencias antes del impacto para que pudieran socorrer a tiempo a su hijo. Casi era capaz de adivinar lo que pensaba. ¿Qué iba a ocurrir si después de aquel despliegue el coche de Hugo no se accidentaba? ¿Cómo íbamos a explicar que tres personas estuviéramos allí esperando un accidente antes de que éste sucediera?

Tanta concentración, tanta cafeína para mantenerme alerta sin perderme ni un detalle que pudiera ser importante para salvar la vida de un hombre y justo cuando me agacho para socorrer a Iris y ayudarla, escuchó el ruido de un motor. Sólo por el sonido de los neumáticos sobre el asfalto ya podía adivinar que iba mucho más rápido que la velocidad permitida. Vi los ojos de Iris aterrorizados mirando hacia la calle. Me giré al tiempo que el coche de Hugo derrapaba intentando esquivar algo ¿qué era? ¿un gato? No pude fijar en mi retina que era lo que había hecho que tan imprudentemente diera aquel volantazo.

Se escuchó un crujido y el coche giró sobre sí mismo. Por momentos intenté fijarme en la cara del hombre que iba dentro pero todo se sucedía con demasiada rapidez. Noté el tirón de Iris que se levantaba del suelo y lanzaba un grito de espanto. Me pareció escuchar una frase sin sentido.

—Taranis quiere que muera para que la hija de Amanda no nazca.

Entendí lo de la hija de Amanda, aquella niña que era tan importante como para que el tiempo volviera atrás con el propósito de salvarla pero ¿qué tenía que ver el dios mitológico en el accidente?

No había tiempo de pedir explicaciones. Como si el cielo hubiera escuchado el lamento de Iris, la lluvia, ya de por sí recia, se enfureció y quebró el oscuro firmamento en un espectacular relámpago que cruzó la calle iluminando por segundos la cara descompuesta de Roberto Hernán. Vi el miedo y el horror en sus ojos. No era consciente de mi propio temblor pero sí del de mi novia, su mano helada agarraba mi brazo con fuerza y sentía sus pulsaciones enloquecidas por la imagen de aquel vehículo dando vueltas de campana.

¿Cómo íbamos a salvar a aquel hombre? Era imposible que pudiéramos hacer nada por evitar su muerte, dentro del coche su cuerpo debía estar golpeándose en cada giro brutal del auto. Escuché el sonido de una ambulancia. Miré al final de la calle. Los servicios de emergencia llegaban y Hugo aún no había impactado. ¿Cómo lo íbamos a explicar? ¿No les extrañaría recibir la llamada de un aviso de accidente cuando aún no se había producido?

Una vuelta de campana...dos...tres...y en la tercera el coche de Hugo tira una señal abajo mientras me parece ver dentro un hombre cuyo cuerpo se vapulea como un muñeco roto...la puerta del coche se abre al chocar contra la señal de tráfico y el auto sigue girando en su loco recorrido dirigiéndose hacia el escaparate de una tienda que exhibe varios maniqués vestidos de novia. Algo me hace levantar la vista, tal vez la asociación demencial de los trajes de novia con el grito desgarrado de Amanda Andrade al final de la calle.

La cosa se pone seria, muy seria...Amanda no debería estar ahí, ella debería de enterarse del accidente de Hugo una vez hubiera ocurrido, no antes, igual que la maldita ambulancia cuyos miembros habían bajado a toda prisa y miraban boquiabiertos lo que estaba ocurriendo.

El automóvil sigue su avance y después de la última vuelta de campana impacta contra el vidrio del escaparate, Hugo sale despedido por la puerta abierta y cae al suelo inconsciente. Una cortina de cristales rotos cae sobre su cuerpo. El coche da su último giro y avanza unos metros

más sobre el asfalto mojado de la calle. Detiene su implacable recorrido a unos metros de la ambulancia que espera el desenlace del accidente para poder actuar. El cuerpo del hombre queda justo debajo del escaparate. Suspiro aliviado...si el auto no llega a deslizarse con tanta rapidez del lugar del impacto gracias a las calles mojadas hubiera aplastado sin compasión el cuerpo de Hugo Hernán.

Amanda grita mientras llega al lado de Hugo:

—Estoy aquí, mi amor, estoy aquí.

Roberto se arrodilla ante el cuerpo lleno de sangre de su hijo. Iris y yo llegamos a su lado. Hugo abre los ojos en lo que parece un gesto titánico. Intenta decirle algo a Amanda pero los vuelve a cerrar contrayendo los ojos por el dolor para perder el conocimiento de nuevo.

Recuerdo como las voces de los médicos del servicio de emergencias le pidieron a Amanda que se retirara para poder ayudar a Hugo. Nosotros seguíamos allí pero nadie nos miraba ni decía nada, solo Amanda de vez en cuando nos echaba un vistazo.

—¿Se va a salvar? —preguntó con voz temblorosa.

—Es pronto para decirlo, señorita, está perdiendo mucha sangre —le respondió sin apenas mirarla. —Se volvió hacia uno de sus compañeros. —Hay que llevárselo ya, tiene un corte muy peligroso en la pierna que puede comprometerlo.

—Soy su padre —dijo Roberto Hernán mirando a uno de los médicos.

Nadie lo miró. Era normal, en ese momento estaban atendiendo a un hombre cuya vida estaba en peligro. No tenían tiempo de presentaciones.

—Soy su padre y tengo su mismo grupo sanguíneo —volvió a insistir —puedo ir en la ambulancia con ustedes por si necesitan más sangre de la que disponen para una transfusión.

Todos sabíamos que Hugo iba a morir en la ambulancia desangrado. A pesar de los esfuerzos de Roberto por adelantar la asistencia médica iba a ser un milagro que sobreviviera con ese feo corte en una de las principales venas de su pierna.

Volvieron a ignorar a Roberto. Él alargó la mano con desesperación para hacerse escuchar y entonces vio como su mano traspasaba el brazo del médico sin que este lo notara. Iris gimió al comprender que no podían vernos.

—Solo ven a Amanda.

Amanda nos miraba aterrorizada.

—¿Qué tengo que hacer para salvarlo, Iris? Dímelo, por dios, dímelo —gritó.

—Súbete a la ambulancia con ellos. En algún momento necesitarán más sangre para una transfusión. Solo espero que tu sangre sirva sino no tendremos nada que hacer.

Un hombre la agarró por los hombros.

—¿Es usted su mujer? —le preguntó —puede venir con nosotros.

La llevó casi a rastras al interior de la ambulancia. Antes de desaparecer de nuestra vista tocó con la mano derecha su vientre y nos sonrió con tristeza.

—Su hija vivirá —dijo Iris mientras las lágrimas asolaban su rostro —es lo que acaba de decirme.

## EPÍLOGO

IRIS.

Habíamos cambiado los hechos, éso era lo que acabábamos de hacer.

Veinte años atrás un joven de treinta y cinco años había muerto desangrado en una ambulancia camino al hospital de San Expédito y días después de la noticia de su muerte su novia había ingerido un frasco de tranquilizantes para quitarse la vida sobrepasada por el dolor de la pérdida de su amor.

Ahora no, ahora Hugo estaba en la misma ambulancia que Amanda, y lo más importante, Amanda sabía que esperaba un hijo de Hugo y estaba dispuesta a protegerlo a toda costa. No sabíamos que iba a pasar, ni siquiera sabíamos que era lo que teníamos que hacer, pero ahora estábamos seguros de que ese hijo iba a vivir.

Tuve que sentarme con Poe y pedirle toda la paciencia del mundo para contarle la historia... mi historia...la de una diosa mitológica llamada Dana y de cómo tuvimos que robar la esfera cósmica del dios Taranis para que no sometiera a su civilización.

Mientras yo tenía que tragar saliva al ver como los ojos de mi novio se abrían de par en par al escuchar cada detalle de lo sucedido siglos atrás, Roberto tuvo que marcar el teléfono de su casa para decirle a su esposa que el hijo de ambos estaba ingresado en el hospital debido a un accidente de tráfico.

Juntos ideamos una mentira difícil de creer pero la única posible para justificar lo que había pasado. La versión para la familia Hernán era que Roberto y su hijo habían tenido una fuerte discusión y que Hugo había cogido el coche en un estado alterado.

No teníamos ni idea de si Amanda iba a recordar lo sucedido. Poe aseguraba que una mañana se levantaría sin recordar nada e iría a visitar a su novio al hospital sin saber que la hija que ambos esperaban era una diosa mitológica.

Hugo estaba vivo pero en estado de coma. Sus constantes vitales eran estables. Los médicos habían asegurado que lo más probable era que despertara. El tiempo, una vez más, corría en nuestra contra. Según todos los estudios no había daños neurológicos pero ... seguía durmiendo.

En aquellos días todos arrastrábamos una cara que expresaba la pena, la incertidumbre, las noches sin dormir preguntándonos que iba a ocurrir.

Habíamos decidido llevar a Amanda a nuestro apartamento. Allí la podíamos vigilar de cerca. Estábamos convencidos de que sabiendo que estaba embarazada no atentaría contra su vida pero aún así todas las precauciones eran pocas.

Pensé mucho en Reyes, esa versión de Amanda Andrade que yo había conocido, la extrañaba y supongo que yo no era la única. Roberto había venido varias veces a casa a visitar a su nuera. Ya sabía la noticia, ya sabía que ella esperaba un hijo, pero decidimos no contarle nada acerca de Dana ni de quién era yo.

Amanda tenía terribles pesadillas que la levantaban en mitad de la noche. En ellas soñaba que alguien tenebroso y hambriento de poder intentaba llevar a Hugo a un lugar lleno de oscuridad. Era ya lo único que podía intentar Taranis, aquel dios ambicioso que quería la sumisión de toda su

civilización celta. Si no permitía que Hugo despertara aún podía llevar a Amanda al abismo, podía enloquecerla hasta hacerla atentar contra su vida.

Había seguido lloviendo sobre San Expédito. Todo el mundo comentaba en las calles de la ciudad que aquella lluvia no era normal en lugar tan cálido, sobre todo teniendo en cuenta que en todas las ciudades cercanas lucía el sol a pesar del invierno. Nosotros sabíamos que era Taranis luchando contra Hugo.

Y sin embargo, ocurrió ...

Una mañana nos despertó el suave arrullo de unas palomas en el alféizar de nuestra terraza. Los tres salimos a mirar como el cielo parecía despejarse. Ante nuestros ojos el cielo se abrió en cuestión de segundos y un esplendoroso sol se abrió paso entre las nubes que parecían tener prisa por irse. En apenas media hora todo San Expédito brillaba lleno de luz y calor.

Era la mañana del veinticuatro de diciembre. Hugo llevaba dos días durmiendo.

No pudimos evitar pensarlo. ¿Se habría dado por vencido Taranis y se habría retirado? Lo que estaba muy claro era que esa retirada solo sería para recuperar fuerzas y volverlo a intentar. Amanda llevaba en su cuello algo que le pertenecía... la esmeralda, aquel trozo de la esfera cósmica que él necesitaba para poder seguir ejerciendo su poder.

Y sonó el teléfono...

Amanda corría por el pasillo del hospital y nosotros intentábamos seguirla. Jadeaba como una niña pequeña cuando abrió la puerta. Un padre, una madre y una hermana le sonreían desde la ventana mientras miraban su expresión de felicidad, al fondo, sentado en la cama Hugo la esperaba.

Ella se arrojó en sus brazos.

—Mi princesa —dijo él mientras contenía el dolor que había sentido al recibirla entre sus brazos magullados —se me han hecho eternos los días sin ti.

Le acarició el rostro con la devoción de un niño y la besó.

—Amor, tengo que decirte algo...algo muy bueno...

Poe y yo contuvimos la respiración. Amanda no podía irse de la lengua, no sabíamos lo que Hugo recordaba y lo que no. Miré a Roberto. Él sí lo recordaba todo, lo veía en la expresión de sus ojos al mirar a su nuera. Al lado de él su esposa y su hija sonreían embobadas contemplando la bonita escena.

—No tienes que decirme nada, mi amor, lo sé todo...Amanda, perdóname, fui un idiota.

Ella lo abrazó y le susurró algo al oído. Él ensanchó su sonrisa y la abrazó más fuerte. Después miró a sus padres y a su hermana.

—Amanda y yo vamos a ser padres.

La habitación se llenó de frases y risas de júbilo. Amanda y Hugo parecían estar atados con cola, no se despegaban ni un momento mientras recibían las felicitaciones.

Poe tocó mi brazo con suavidad. Había llegado el momento de irnos. Ya no teníamos que hacer nada más allí. Los dos jóvenes amantes estaban a salvo y felices. Dana estaba protegida en el vientre de la dulce Amanda. Lo habíamos conseguido.

Miré a Roberto antes de salir con Poe. Se despidió con un ligero movimiento de cabeza. Su boca sonreía pero yo adiviné una cierta tristeza en sus ojos. Ahora ya no había vuelta atrás. Había perdido a Reyes para siempre...y yo también.

Antes de abrir la puerta de salida los miré por última vez.

La esmeralda centelleó en el breve espacio que separaba sus cuerpos pero esta vez no me preocupé.

Dana sonrió dentro del vientre de su madre.

FIN.



## NOTAS DE LA AUTORA.

La relatividad del tiempo es un tema que siempre me ha fascinado. He acudido a fuentes de la mitología celta para explicar el misterio de Amanda Andrade y Reyes Alonso.

Para los que se sientan intrigados el dios Taranis, la esfera cósmica, y la diosa Dana existen en esas fuentes mitológicas de la civilización celta.

He disfrutado en cada párrafo para transmitir esta historia.

Espero que os haya gustado tanto leerla como a mí escribirla.

Si disfrutasteis leyéndola dejadme un comentario, me hará mucha ilusión y me animará a seguir escribiendo.

Muchas gracias por vuestra atención.